

JULIÁN CARRÓN

UN BRILLO EN LOS OJOS

¿QUÉ NOS
ARRANCA DE
LA NADA?

JULIÁN CARRÓN

UN BRILLO EN LOS OJOS

¿QUÉ NOS ARRANCA
DE LA NADA?

INTRODUCCIÓN

«¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?»¹. ¡Qué potencia adquieren hoy estas palabras del Salmo, después de darnos cuenta con mayor lucidez de nuestra nada, de nuestra fragilidad e impotencia, a causa de un virus que ha puesto a todo el mundo contra las cuerdas! De hecho, ¡cuántos habrán sorprendido en sí mismos –cuando el miedo les atenazaba o al verse dominados por la falta de sentido– el deseo de que alguien se hiciese cargo de ellos hasta el fondo y les arrancara de la nada que acechaba amenazante!

«¿Qué nos arranca de la nada?». Esta es la pregunta que habría tenido que guiar los Ejercicios espirituales anuales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, el gesto más importante en la vida de la Fraternidad. Si la emergencia sanitaria nos ha impuesto renunciar a él –se tendrían que haber celebrado el pasado mes de abril, cuando estábamos en pleno confinamiento–, no ha eliminado sin embargo la pregunta que, antes bien, justamente a la luz de los acontecimientos recientes, ha asumido un peso específico todavía mayor. Enviada con antelación a los que iban a participar para favorecer una atención a la propia experiencia y la maduración de una contribución personal, se ha percibido que esta pregunta es pertinente a la experiencia de la vida –lo que ha suscitado inmediatamente una gratitud– y

¹ Sal 8,5.

que es a la vez un gran gesto de amistad. Esto también arroja luz sobre el sentido de la palabra amistad: somos amigos para ayudarnos a no tener miedo de las preguntas, incluso de aquellas que comprometen e inquietan, que hieren y sacuden. Nuestro estar juntos no sería amistad si, de algún modo, las dejásemos de lado.

Si hablamos de una «nada» es porque la existencia del hombre contemporáneo –es decir, nuestra existencia personal y social–, de forma cada vez más clara e imponente, sin clamores o proclamas particulares, y sin embargo no sin efectos visibles, aparece marcada por el nihilismo. No estamos aludiendo a una corriente cultural, sino a una situación existencial. Es esta situación lo que nos interesa mirar, aunque sea solo en sus rasgos esenciales, no por un gusto analítico o descriptivo, sino con la pasión de quien desea descubrir un camino que permita a la vida de cada uno de nosotros caminar hacia su cumplimiento en las circunstancias dadas, sean las que sean.

El texto se articula en seis capítulos y pretende trazar un recorrido que, justamente por estar arraigado en una experiencia y en una historia, se ofrece como contribución a lo que todos buscan y esperan.

EL NIHILISMO COMO SITUACIÓN EXISTENCIAL

¿Qué características tiene el nihilismo que, de forma más o menos explícita y consciente, se ha insinuado en nuestro modo de pensar y de vivir?

1. Una sospecha sobre la consistencia última de la realidad y sobre la positividad de la vida

Por un lado, el nihilismo del que estamos hablando se presenta como una sospecha sobre la consistencia última de la realidad: todo acaba en la nada, incluso nosotros mismos. «A partir de la percepción vertiginosa de la apariencia efímera que tienen las cosas se desarrolla, como cesión y negación engañosa, la tentación de pensar que las cosas son ilusión y por tanto nada»².

Por otro lado –en nexos con lo primero–, el nihilismo se presenta como una sospecha sobre la positividad de la vida, de la posibilidad de un sentido y de una utilidad de nuestra existencia, que se traduce normalmente en la percepción de un vacío que amenaza todo lo que ha-

² L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 13.

ceмос, determinando una sutil desesperación, incluso en vidas muy ocupadas y llenas de éxitos, con agendas abarrotadas de citas y de proyectos para el futuro.

Una conocida película de los años ochenta, *La historia interminable*, alude a esta situación de forma sugerente y eficaz. Se trata del diálogo entre Gmork, el «siervo del Poder que se esconde detrás de la Nada», y Atreyu, el joven héroe llamado a detener la Nada. «La gente ha renunciado a esperar. Y olvida sus propios sueños. Así se extiende la Nada», dice el primero. «¿Qué es esta Nada?!», le pregunta el segundo. «Es el vacío que nos rodea. Es la desesperación que destruye el mundo, y yo he colaborado para hacerlo [...]. Porque es más fácil dominar a quien no cree en nada. Y esta es la forma más segura de conquistar el poder»³.

En estas metáforas e imágenes se expresa algo de esa actitud a la que nos estamos refiriendo con la palabra «nihilismo». Todos podemos reconocerlo: la «nada que se extiende» en la vida, la «desesperación que destruye», «el vacío que nos rodea», es decir, que se vuelve fenómeno social.

Quizá el hecho de haber tenido que pararnos a causa del coronavirus nos ha permitido reflexionar, como hace tiempo que no lo hacíamos, sobre quiénes somos, sobre cómo y de qué vivimos, sobre qué conciencia tenemos de nosotros mismos y de las cosas. Como dice Tolstoi, «al hombre de hoy le bastaría pararse un instante en su actividad y reflexionar, comparar las exigencias de su razón y de su corazón con las condiciones actuales de la existencia, para darse cuenta de que

³ *La historia interminable* (*Die unendliche Geschichte*, RFT 1984), adaptada y dirigida por Wolfgang Petersen.

toda su vida, todas sus acciones están en contradicción continua y sorprendente con su conciencia, su razón y su corazón»⁴.

Una estudiante de bachillerato expresa de este modo cómo ha caído en la cuenta de sí misma al pararse a reflexionar. Me escribe: «Durante la primera semana de cuarentena he vivido, como muchas otras personas, momentos de gran desánimo. Me aterrorizaba la idea de estar encerrada en casa sin ver a mis amigos, a mi novio, o el hecho de no poder salir libremente. Pero he hecho algunas llamadas que me han animado. En especial, la llamada a un amigo que, ante mi “estoy bien, aunque no demasiado”, ha querido ir más a fondo. Hablando con él me he dado cuenta de que desde hacía tiempo no me hacía preguntas, dejaba que todo me resbalara, un poco por miedo, un poco porque no quería llegar a respuestas incómodas. Me he dado cuenta de lo estúpido que es no hacerme preguntas si luego veo que no soy feliz. Lo que más inquietud me produce es el silencio, porque me lleva a pensar, me pone delante de mis preguntas. Para evitar que esto me supere, dejo que, antes de irme a dormir, mi mente se vea invadida por pensamientos de todo tipo para no tener que hacer cuentas conmigo misma, hasta que me quedo dormida. Me preocupa la respuesta que ciertas preguntas puedan tener, temo que me obliguen a hacer cuentas con partes de mí misma que no quiero conocer, o que me hagan emprender un camino difícil. Como decía mi amigo, estoy prefiriendo vivir en una burbuja hecha de sonrisas, carcajadas, momentos de desesperación y de tristeza, todos tremendamente

⁴ L. Tolstoi, «Il non agire», en Id., *Il risveglio interiore*, Incontri, Sasuolo 2010; la traducción es nuestra.

desvitalizados, como si fuesen opacos. Vivo en un tiovivo de emociones que un día me lleva a lo alto y otro me hace caer en el malestar más oscuro; me entusiasmo durante el tiempo que experimento esa emoción, para después almacenarlo todo en la caja de las “experiencias bonitas”. Pero me doy cuenta de que esto no me basta, quiero mucho más, quiero algo que debe ser necesariamente grande porque –como dice Kierkegaard– “no hay nada finito, ni siquiera el mundo entero, que pueda satisfacer el alma humana que siente la necesidad de lo eterno”».

Hace tiempo, *Huellas* describía el nihilismo del que estamos hablando como «un enemigo sutil, difícil de percibir e identificar porque no siempre se presenta con rasgos claros [...], pero que suele ir acompañado de una sensación inasible de vacío y fracaso»⁵. Inasible y al mismo tiempo muy concreta, añado. Un amigo universitario la percibía en estos términos: «La nada es mucho más sutil e implacable de lo que habría podido imaginar, esa pequeña nada cotidiana que amenaza tantas veces con dominar el día a día».

Para centrar lo más posible el problema –que algunos quizá ni siquiera ven o se obstinan en no ver–, podemos decir que la sospecha sobre la falta de consistencia de la realidad y la desconfianza ante la posibilidad de significado y cumplimiento de la existencia se entrelazan y se sostienen recíprocamente en ese nihilismo que nos afecta a todos.

Podemos describir la forma actual del nihilismo como una sensación de vacío fuera (el contexto en

⁵ C. Esposito, *El nihilismo de la puerta de al lado*, entrevista de Davide Perillo, *Huellas-Litterae communionis*, noviembre 2019, p. 12.

el que vivimos, que puede traducirse a veces en «la burbuja hecha de sonrisas, carcajadas, momentos de desesperación y de tristeza, todos tremendamente desvitalizados, como si fuesen opacos») y dentro de nosotros («me doy cuenta de que esto no me basta, quiero mucho más»); una sensación de vacío cuya consecuencia es un debilitamiento de la relación con la realidad, con las circunstancias, que a la postre parecen todas insensatas, no merecedoras de obtener de nosotros un verdadero asentimiento. Se produce una especie de *torpor* del yo que frena la implicación con lo que sucede, incluso cuando estamos envueltos en una vorágine de actividades frenéticas: esas actividades que, de forma repentina, se han visto interrumpidas durante un cierto tiempo por el coronavirus de modo que, en mayor o menor medida, todos nos hemos visto “obligados” de algún modo a pensar hacia dónde vamos, qué es lo que queremos hacer con nuestra vida y qué puede sostenerla realmente.

Este frenesí ni siquiera se ha reducido, en algunos casos, durante el confinamiento. Para muchos simplemente ha cambiado su forma, su modalidad. Hemos descubierto así, como diría Lewis, que «la nada es muy fuerte: lo suficiente como para privarle a un hombre de sus mejores años, y no cometiendo dulces pecados, sino en una mortecina *vacilación de la mente* sobre no sabe qué ni por qué, en la satisfacción de curiosidades tan débiles que el hombre es solo medio consciente de ellas»⁶. Pienso en varios intentos puestos en marcha durante este tiempo para no pararse mucho ante inte-

⁶ C.S. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino*, Espasa-Calpe, Madrid 1977, p. 74; la cursiva es nuestra.

rrogantes demasiado inquietantes, buscando satisfacciones inmediatas mediante un tiovivo de solicitudes.

Torpor, vacilación de la mente y, como observa Orwell en su profética novela *1984*, *apatía*. «Le sorprendía que lo más característico de la vida moderna no fuera su crueldad ni su inseguridad, sino sencillamente su vaciedad, su apatía incolora»⁷. Es una «apatía incolora» que corroe lo más íntimo del yo y que excava una distancia, un foso entre nosotros y lo que sucede. «No había en mi entorno nada [...] que pudiera atraerme», escribe Dostoievski⁸.

Entonces, nada parece capaz de implicar verdaderamente al yo. Nos aburren las relaciones que tenemos, incluso las cosas que hacemos, también esas que durante un cierto tiempo nos han entusiasmado.

Este es el rostro que asume hoy el nihilismo: una asenia, una ausencia de tensión, de energía, una pérdida del gusto de vivir, íntimamente ligada a la ausencia de algo que de verdad nos atraiga. «Hoy hay más riquezas, pero menos fuerza. Ya no existe idea alguna que una los corazones: todo se ha ablandado y relajado, todo está lisiado y nosotros también. ¡Todo, todos!»⁹.

2. La pérdida de un sentido a la altura de la vida

En una poesía escrita cuando tenía tan solo diecisiete años, Cesare Pavese expresa un anhelo por la pérdida de un sentido proporcionado a lo que esperaba de la

⁷ G. Orwell, *1984*, Barcelona, Destino 2004, p. 85.

⁸ F. Dostoievski, *Apuntes del subsuelo*, Alianza, Madrid 2000, p. 65.

⁹ F. Dostoievski, *El idiota*, vol. 2, Iberia, Barcelona 1972, p. 66.

vida. «Recorrer las calles solitario / atormentado continuamente por el terror / de ver cómo se desvanecen ante mis ojos / las creaciones largamente contempladas; / sentir cómo se atenúan dentro del alma / el ardor, la esperanza... todo... todo / y quedarse así sin un amor, / [...] / condenado a la tristeza cotidiana»¹⁰.

Hace meses me escribía una joven universitaria: «En este último período, y nunca me había pasado hasta ahora, me he dado cuenta de que vivo momentos en los que parece imponerse la nada, momentos en los que el horizonte de mi vida está caracterizado por la disminución del deseo y entonces desaparezco, vivo a medias. La nada dentro de mí habla con una forma delicada, me induce a no desgastarme, a que ahorre mis energías, porque solo merece la pena hacer lo que yo tengo en la cabeza sin tomar siquiera en consideración otras propuestas; a que ahorre en las relaciones, porque no merece la pena compartir mis fatigas. En definitiva, me induce a lo mínimo indispensable, y yo me encuentro cada vez más árida y disgustada. También en estos últimos días de noviembre me parecía estar viviendo en una atmósfera sepulcral: frente a tantas ocasiones preciosas, desde la relación inesperada con los estudiantes de primero hasta la graduación de mis amigos mayores, me sorprendo con frecuencia encerrada en mis pensamientos y dificultades. Me doy cuenta de que estoy a merced de la nada, de un malestar que no sé explicar».

A la misma experiencia alude un fragmento de otra carta que he recibido recientemente: «Al estar en casa sin trabajo [a causa del aislamiento impuesto por la

¹⁰ C. Pavese, «A Mario Sturani», Monza – Turín, 13 de enero de 1926; la traducción es nuestra.

emergencia sanitaria], he empezado a experimentar en mis carnes qué es esta nada a la que te refieres. Si este tiempo no está lleno de algo que permanece, está completamente vacío y yo no soy nada».

Pero eso no es todo. A estas características que se han puesto de manifiesto acompaña también un sentimiento de impotencia para modificar la actitud que hemos asumido («la sensación inasible de vacío y fracaso», decíamos), impotencia para volver a levantarnos, como si no bastasen los esfuerzos y tampoco ciertos estímulos que nos llegan desde fuera para volver a ponernos en pie, para hacer que cambie nuestra mirada sobre nosotros mismos y sobre las cosas, para hacernos percibir el espesor de la realidad y para rescatarnos del vacío que experimentamos.

Es una experiencia dolorosa que comparten muchos de nuestros contemporáneos. «En realidad, no hay nada que impida el regreso, cada vez más frecuente, de esos momentos en los que tu absoluta soledad, la sensación de vacuidad universal, el presentimiento de que tu vida se acerca a un desastre doloroso y definitivo, se conjugan para hundirte en un estado de verdadero sufrimiento»¹¹. Por eso sostiene el papa Francisco que hoy «la grave amenaza [...] es la pérdida del sentido de vivir»¹².

Necesitamos algo que sea capaz de despertar nuevamente todo nuestro ser, que nos abra otra vez a la provocación de la realidad, de las circunstancias, con el fin de que podamos «vivir siempre intensamente lo

¹¹ M. Houellebecq, *Ampliación del campo de batalla*, Anagrama, Barcelona 1999, pp. 16-17.

¹² Francisco, *Audiencia general*, 27 de noviembre de 2019.

real»¹³. Nos damos cuenta de que no basta el simple suceder de las cosas, nos hallamos en la situación de quien trata de subir una cuesta y resbala una y otra vez, volviendo al punto de partida. Volvemos a caer en nuestra nada. No vemos qué puede oponerse a ella y no sabemos por dónde empezar. Nos sentimos profundamente a disgusto con nosotros mismos.

Es el malestar que identifica en los jóvenes –pero que se extiende a todos– el psicoanalista Umberto Galimberti: «Los jóvenes no están bien, y ni siquiera entienden por qué»¹⁴.

«Esta frase de Galimberti», me escribe un joven amigo, «me ha desgarrado el corazón, porque describe perfectamente mi vida en este período. Desde hace meses hay en mí una especie de insatisfacción y de tristeza en todo lo que hago. Veo que esta insatisfacción está por todas partes, como si bajo la máscara de las sonrisas y de los mil quehaceres reinase la nada, una ausencia de significado verdadero, una ausencia de alegría verdadera. Al faltar el significado solo queda el deber, un sentido del deber exasperado que es inútil, que todavía tira más de mí hacia abajo. Quizá sea esto el nihilismo del que nos hablas tan a menudo. Es un problema que afecta a mi existencia. De hecho, es como si ahora la vida fuese menos vida. Y la primera prueba de ello es que todo lo que no marcha según mis planes se convierte en una losa que me aplasta. Es suficiente con una minucia, con una menudencia que no funciona como

¹³ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 156.

¹⁴ U. Galimberti, «A 18 anni via da casa: ci vuole un servizio civile di 12 mesi», entrevista de S. Lorenzetto, *Corriere della Sera*, 15 de septiembre de 2019; la traducción es nuestra.

yo quisiera y me derrumbo, me rindo, tiro la toalla. Me veo resignado y triste ante la realidad. A pesar de las máscaras, de hacer como si nada, de esforzarme por seguir adelante, me doy cuenta de que, en el fondo, frente a todas las cosas que me suceden y que veo, estoy triste, pero no entiendo por qué. Hace algunos años era todo lo contrario, las dificultades eran trampolines, no losas; ahora trato de no mirar la necesidad que tengo en el corazón, hago como si no estuviera, finjo que estoy bien, ya nada me asombra. Necesito algo grande que venza la nada en la que he caído. Necesito comprender lo que me sucede a lo largo del día, porque no quiero permanecer en esta nada».

Nos dejamos llevar centrándonos en cosas banales, sin pretensiones, para llenar de algún modo el tiempo que pasa. «La nada no se elige, a la nada nos abandonamos»¹⁵ porque, como decía Malraux, «no existe un ideal por el que podamos sacrificarnos», con el que podamos comprometernos de verdad, «porque conocemos la mentira de todos ellos, nosotros que no sabemos qué es la verdad»¹⁶.

El nihilismo actual, en definitiva, ya no es el mismo de antes, que se lanzaba heroicamente contra los valores; el de hoy no es ambicioso: tiene el rostro de una vida “normal”, pero con una carcoma por dentro, porque nada parece valer la pena, nada atrae, nada aferra de verdad. Es un nihilismo que se sufre de forma pasiva, que penetra bajo la piel y lleva a un cansancio del

¹⁵ C. Fabro, *Libro dell'esistenza e della libertà vagabonda*, Piemme, Casale Monferrato (AL) 2000, p. 28; la traducción es nuestra.

¹⁶ A. Malraux, *La tentation de l'Occident*, Bernard Grasset, París 1926, p. 216; la traducción es nuestra.

deseo, como un maratonista que, nada más empezar la carrera, ya está agotado. Augusto del Noce hablaba de un «nihilismo festivo», «carente de inquietud», que querría ahogar el «*inquietum cor meum* agustiniano» en placeres superficiales¹⁷.

3. La libertad ante una alternativa

En este contexto, nuestra libertad se halla ante una alternativa. Preguntémosnos: ¿podemos limitarnos a observar desde lejos el espectáculo de la nada que avanza en nuestra vida, como escribe Houellebecq? «Apostado en el cruce del espacio y del tiempo, / observo con mirada fría el avance de la nada»¹⁸.

La libertad puede decidir también no mirar y escapar: «Vale, estamos a merced de la nada. ¡Bah, a quién le importa!», haciéndose la ilusión de que resuelve el problema apartando simplemente la mirada. Lo podemos hacer siempre. Edgar Morin, uno de los pensadores europeos vivos más conocidos, observa con agudeza: «Comprendí que la raíz del error y la ilusión es ocultar los hechos que nos molestan, anestesiarlos y borrarlos de nuestra mente»¹⁹. Que es como decir: muerto el perro, se acabó la rabia; ojos que no ven, co-

¹⁷ A. Del Noce, *Carta a Rodolfo Quadrelli*, Inédito, 1984. «El nihilismo corriente hoy en día es el nihilismo festivo, en el sentido de que carece de inquietud (quizá podría definirse por la supresión del *inquietum cor meum* agustiniano)»; la traducción es nuestra.

¹⁸ M. Houellebecq, *Cahier*, La nave di Teseo, Milán 2019, p. 23; la traducción es nuestra.

¹⁹ E. Morin, *Enseñar a vivir. Manifiesto para cambiar la educación*, Paidós, Barcelona 2016, p. 20.

razón que no siente. Hemos intentado hacer de todo en estos tiempos de coronavirus. Si Job hubiese vivido en nuestra época, su amigo Sofar le habría dicho para consolarlo de las desgracias que había sufrido: «En los momentos de aislamiento, ¡hay que distraerse! ¡No hay mejor analgésico que el placer!».

¿Pero es verdad? ¿Podemos realmente conseguir suprimir la inquietud del corazón, en ese intento que atribuye Del Noce al nihilismo festivo o, como dice Morin, eliminar de nuestra mente el avance de la nada? Que cada uno mire su experiencia y juzgue. ¿De verdad podemos resolver así el problema, mirando para otro lado?

Hay quien, como Andrea Momoitio, tiene la sinceridad de confesar que este camino es impracticable: «¿Tienes un día de tormenta? No te preocupes, que yo te mando chistes estúpidos de esos que no paramos de mandar por *WhatsApp*, aunque a mí no me hagan gracia, aunque me sienta una cínica tratando de sacarle una sonrisa a otras mientras lo único que quiero hacer es ver *Hospital Central*. Grabo vídeos con mi compañera Andrea Liba, pienso en *gifs* chorras para poner en Instagram y me derrumbo después porque no me creo nada. Necesito saber que mi mundo cabe aquí, pero no cabe. [...] No tengo nada más que contar más allá de que estoy desesperada, que me cuesta entender tanto buen rollo y tanto optimismo, tanta llamada por Zoom, tanto mensajito, tanto aplauso y tanta mierda. [...] Solo me queda aprender a vivir con esta rabia. Esta rabia que me invade y de la que no sé a quién culpar»²⁰. De modo igualmente sincero, Sol Aguirre confiesa que

²⁰ A. Momoitio, *Público*, 10 de abril de 2020.

ha elaborado una receta cuya inconsistencia reconoce ella misma: «Y ahí estoy, contando chorradas [...] por si alguna de ellas dispara una sonrisa donde antes se fruncía el ceño. La risa, de nuevo, como antídoto ante una realidad demasiado oscura. La risa, tan denostada a veces, siempre es mi remedio»²¹.

El hecho es que queremos vivir intensamente, como escribe Simone Weil, «nadie se siente satisfecho durante mucho tiempo del hecho puro y simple de vivir. Se pretende siempre algo más»²². De nuevo Dostoievski nos advierte: «Podemos equivocarnos con las ideas, pero no es posible equivocarse con el corazón o perder la propia conciencia por error»²³.

Si no es posible equivocarse con el corazón, ¿qué implicaciones tiene esto?

También podemos decidir no tomar en consideración, alejándolo, nuestro malestar, es decir, el problema de esa nada que corroe nuestras jornadas. Pero, y esta es la sorpresa, el dolor permanece, ¡y de qué manera! Podemos tapar la inquietud del corazón, pero no suprimirla; podemos disimular la insatisfacción, pero no eliminarla. En nosotros hay algo que, a fin de cuentas, no podemos callar. A pesar de las máscaras que nos ponemos y de intentar hacer como si nada, esforzándonos por seguir adelante, estamos tristes y todo se convierte en una losa que nos aplasta. ¡Todo menos «muerto el perro se acabó la rabia»! El dolor permanece. En nosotros hay algo que resiste y se hace notar.

²¹ S. Aguirre, *El Español*, 3 de abril de 2020.

²² S. Weil, *Escritos esenciales*, Santander, Sal Terrae 2000, p. 93.

²³ F. Dostoievski, *Lettere sulla creatività*, Feltrinelli, Milán 1991, p. 55; la traducción es nuestra.

«Había algo en mí, en el fondo de mi pensamiento, que se negaba a desaparecer y que se traducía en una extraña angustia»²⁴.

¿Qué es lo que resiste? Lo escribe Houellebecq en la carta a Bernard-Henri Lévy que he citado tantas veces y que creo que testimonia de forma ejemplar la dinámica humana que estamos describiendo. «Tuve cada vez más a menudo –me es penoso confesarlo– el *deseo de ser amado*. Un poco de reflexión me convencía cada vez [...] de que este sueño era absurdo [...]. Pero la reflexión era inútil, el deseo persistía; y debo confesar que persiste hasta la fecha»²⁵.

Entonces no nos engañemos ni dejemos que nadie lo haga diciendo que basta con mirar para otro lado para “resolver” el problema del vivir: el nihilismo encuentra un punto de resistencia sobre todo en nosotros mismos. Y hay que prestarle atención.

Frente al desafío del coronavirus Isabel Coixet debe admitir su impotencia: «Todo lo que dábamos por sentado ya no está ahí. Y lo que se abre ante nosotros es una niebla espesa, ajena a la luz. Reconozco que no sé habitar este ahora, estos minutos que se me hacen eternos»²⁶. La directora española reconoce que no es capaz de estar delante de lo que le está pasando, a ella al igual que a nosotros, y esto le produce un malestar que transforma los minutos que pasan en una pesadilla que parece no tener fin. Sol Aguirre, por su parte, describe la experiencia del aislamiento: «Durante la pri-

²⁴ F. Dostoievski, *Apuntes del subsuelo*, op. cit., p. 130.

²⁵ F. Sinisi, «Michel Houellebecq. “La vida es rara”», *Huellas-Litterae communionis*, junio 2019, p. 47.

²⁶ I. Coixet, *ABC*, 31 de marzo de 2020.

mera semana de confinamiento tuve miedo. No ya por el virus, que también, sino por la posibilidad de que la tristeza me visitara. Me refiero a esa tristeza insoponible, duradera, que te nubla la vista y la vida. No se lo confesé a nadie porque ya sé lo que me habrían dicho: eres alegre, tienes proyectos, generas soluciones»²⁷.

4. Un deseo inextirpable

¿Qué se pone de manifiesto en estas reacciones, en estas confesiones sinceras y desnudas? La permanencia de esa estructura original del ser humano a la que pertenece el deseo de cumplimiento, de amar y ser amado, de conocer el significado exhaustivo de la realidad y de uno mismo. Es asombroso verlo asomar en alguien como Houellebecq. No tenemos bajo control la dirección última de nuestro deseo, la tensión que atraviesa lo más profundo de nuestro ser. Es lo que expresaba de manera inolvidable san Agustín: «*Fecisti nos ad Te, Domine, et irrequietum est cor nostrum donec requiescat in Te*»²⁸. Es este tejido original lo que se anuncia, irreductible, quizás con otros nombres, en el fondo de ese nihilismo que se ha convertido hoy en hábito cultural y fenómeno social.

Entonces, ¿qué es lo primero que tiene que hacer quien no quiera vivir huyendo de un problema que no sabe resolver? Reconocer, justamente en este contexto de vacío de sentido, que hay algo irreductible, inextirpable, que

²⁷ S. Aguirre, *El Español*, 10 de abril de 2020.

²⁸ San Agustín, *Confesiones* I, 1. «Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

resiste al nihilismo, a cualquier cinismo racionalista. ¿Qué es lo que resiste? Mi yo, que es irreductible.

Si presto atención, tengo que reconocer que en mi yo persiste una estructura elemental, aunque sufra el vacío de sentido en el que me hallo inmerso, al haberse convertido este desde hace algún tiempo en “clima”, en “cultura”. Cuanto más se extiende la nada, más salen a relucir las heridas y la espera de nuestra humanidad con toda su potencia, no cubiertas ya por las dialécticas culturales y los proyectos colectivos que ya no nos convencen: son unas heridas y una espera que emergen con su rostro más elemental, sin la armadura de demasiados discursos. «Había algo que no moría dentro de mí», decía Dostoiévski. Y Chesterton apunta: «Solo cuando habéis naufragado en serio, encontráis en serio lo que necesitáis»²⁹.

Con la explosión de la epidemia del coronavirus lo hemos visto de forma sorprendente: despertados de nuestro torpor, han brotado las preguntas. «Estábamos en una época –afirma Maurizio Maggiani, en una entrevista en *Huellas*– que parecía acabar ahí, como si ya no pudiera suceder nada más, todo tenía su propia lógica, intacta. El sistema parecía intocable. [...] Y de pronto un movimiento telúrico ha sacudido esa explanada inmutable provocando un paisaje turbador». ¿Cuál ha sido el primer resultado de este terremoto? Las preguntas. «Es necesario que cada uno se haga esas preguntas, porque nos sitúan en un espacio menos restringido, nos quitan los barrotes de la prisión en la que estamos confinados. [...] En medio de nuestro caos podemos llegar a la razón, a la condición adulta. ¿Cómo?

²⁹ G.K. Chesterton, *Le avventure di un uomo vivo*, Mondadori, Milán 1981, p. 62; la traducción es nuestra.

Justamente preguntando. Haciendo preguntas». Delante de las preguntas se aplacan «nuestra protervia y soberbia»³⁰, que tan a menudo nos acompañan.

Desafiados por una circunstancia vertiginosa, las preguntas han abierto brecha en los muros de la zona de confort en la que nos habíamos refugiado. La burbuja ha estallado. «Llevábamos demasiado tiempo anestesiados», dice Nuria Labari, «formando parte de un sistema que se equivoca demasiado a menudo en lo fundamental»³¹. Hemos comprobado en nuestras carnes lo que afirma don Giussani en el capítulo décimo de *El sentido religioso*: «Un individuo que haya tenido en su vida un impacto débil con la realidad porque, por ejemplo, haya tenido que esforzarse muy poco, tendrá un sentido escaso de su propia conciencia, percibirá menos la energía y la vibración de su razón»³².

Hay momentos en los que la realidad nos golpea tan potentemente que es muy difícil atenuar su impacto, eludir o ignorar la provocación que supone. Lo que ha sucedido ha despertado –con el concurso de nuestra libertad– nuestra atención, poniendo nuevamente en movimiento nuestra razón, liberando las preguntas sobre el sentido propias de su naturaleza. Estoy hablando de esa urgencia de significado que nos constituye y que el impacto –aceptado– con la realidad pura y dura ha hecho salir a la luz de forma imponente. En este sentido hemos hablado de un «despertar de lo humano»³³.

³⁰ M. Maggiani, «Cambio de vida», entrevista de Alessandra Stoppa, *Huellas-Litterae communionis*, mayo 2020, pp. 11-12.

³¹ N. Labari, *El País*, 18 de marzo de 2020.

³² L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 145.

³³ Cf. J. Carrón, *El despertar de lo humano. Reflexiones de un tiempo vertiginoso* (clonline.org/publicaciones).

5. Un grito que implica la respuesta

Cuanto más avanza el nihilismo, más insoportable resulta vivir sin un sentido, más se abre paso el deseo indestructible de ser queridos, de ser amados.

Es lo que le sucede al «hijo pródigo»³⁴ del que habla el Evangelio: cuanto más bajo cae, más surge de forma sorprendente en él la nostalgia de su padre. Pero incluso quien cree que no tiene un padre se da cuenta de que el deseo de ser amado persiste, irreductible, como documentaba la carta de Houellebecq a Bernard-Henri Lévy. Este deseo no desaparece, no se apaga. «Nuestro tiempo es desconfiado con respecto a las palabras, huye de los dogmas. Y sin embargo, conoce el significado del deseo»³⁵. Chéjov señala a este respecto que el punto al que hay que mirar para conocer a la persona que se tiene delante es su deseo. «Antes, cuando pretendía comprender a otra persona o a mí mismo, no prestaba atención a los actos [como solemos vernos tentados de hacer, sobre todo con nosotros mismos: con ensañamiento moralista, centramos fácilmente la mirada sobre nuestros errores, para después poder castigarnos], en los que todo es relativo, sino a los deseos»³⁶. Es lo que hace Jesús: ¿qué es lo que mira en la Samaritana? Su deseo. Él se dirige a la sed de esa mujer: «Yo tengo un agua, un agua nueva, distinta, la única que satisface

³⁴ Lc 15,11-32.

³⁵ E. Varden, *La solitudine spezzata. Sulla memoria cristiana*, Ediciones Qiqajon - Comunidad de Bose, Magnano (Bi), 2019, p. 143; la traducción es nuestra.

³⁶ A. Chéjov, «Una storia noiosa» en Id., *Racconti*, Einaudi, Turín 1974, p. 201; la traducción es nuestra.

tu sed»³⁷. En este sentido, concluye Chéjov: «Dime lo que quieres y te diré quién eres»³⁸.

Nuestro deseo, lo que auténtica y profundamente queremos, es lo que identifica el rostro último de nuestro yo. Decía Giussani: «Creo que este continuo reclamo mío al deseo, que procede de la experiencia de mi vida, [...] es una de las cosas que hace más simpático [más interesante] lo que digo, porque es algo evidentemente humano, pero es lo que menos comprendemos»³⁹. Muchos querrían sofocarlo, mirar para otro lado, pisotearlo.

¿Cómo vivir en esta situación? ¿De dónde partir para volver a ganar la vida que corremos el riesgo de perder? Esta pregunta expresa una urgencia existencial, es como una espina en la carne. Con motivo de la irreductibilidad del deseo, que resiste a pesar de la propagación de la nada y que vuelve dramática la vida haciendo que urja todavía más la pregunta, nos hallamos ante una encrucijada: o resignarnos mirando hacia otro lado, haciendo como si nada y tomándonos el pelo a nosotros mismos, o bien secundar esa exigencia del corazón que nadie puede apagar, dejando que nuestro deseo grite. Podemos reconocer la realidad, empezando por nuestro malestar, y gritar nuestra sed de un significado exhaustivo, de una satisfacción total.

Pero... ¿es razonable gritar si, al final, no hay nada? A veces nos descubrimos desanimados, cansados de gritar. Otras veces prevalece la duda de que merezca la

³⁷ Cf. Jn 4,4-42.

³⁸ A. Chéjov, «Una storia noiosa» en Id., *Racconti*, op. cit., p. 201.

³⁹ Fraternidad de Comunión y Liberación (FCL), *Documentación audiovisual*, Jornada de meditación para matrimonios, Milán, 23 de enero de 1977.

pena gritar. La razón de este desánimo, de esta duda, es que damos por descontada la existencia del grito del corazón, de ese deseo que resiste a cualquier nihilismo. Pero la existencia del grito, de la pregunta, del deseo, es lo menos obvio que hay. En cuanto reflexionamos sobre ello, empezamos a maravillarnos por su existencia. Ahora bien, ¿qué implica la existencia del grito?

Si existe el grito, existe la respuesta. A veces nos resulta difícil entender y aceptar una afirmación de este tipo. El motivo es el que ya hemos dicho: damos por descontado el grito. Usando hasta el fondo la razón, fiel a lo que emerge en la experiencia, Giussani identifica una ley permanente: «La afirmación de que existe la respuesta» está «implicada en el hecho mismo de la pregunta»⁴⁰. Por misteriosa que sea, la respuesta existe. Está implicada en la pregunta (en esta dirección, Maggiani observa en la entrevista citada que la respuesta «está ya en la pregunta»⁴¹). De hecho, insiste Giussani, «se estaría suprimiendo esa pregunta si no se admitiera la existencia de una respuesta»⁴².

Nuestro yo «es hambre y sed y pasión de un objeto último que se asoma a su horizonte, pero que está siempre más allá de él»⁴³. La exigencia de significado, de amor, de cumplimiento, es afirmación implícita «de una respuesta última que está más allá de las modalidades existenciales que se pueden experimentar», pero que existe. ¿Por qué sé que existe? Porque –repito– su existencia está implicada en el dinamismo mismo de

⁴⁰ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 87.

⁴¹ M. Maggiani, *Cambio de vida*, cit., p. 11.

⁴² L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 86.

⁴³ *Ibidem*, p. 78.

mi persona, en la estructura de exigencia que tiene mi humanidad. «Si se elimina la hipótesis de un “más allá”, esas exigencias se ven sofocadas de forma anti-natural»⁴⁴.

La exigencia de significado exhaustivo, de explicación completa, es constitutiva de nuestra razón, es su expresión suprema. El hecho mismo de que se plantee nos “obliga” a afirmar la existencia de la respuesta, si bien más allá del horizonte de lo que podemos medir. «Esta explicación [la razón, el yo] no la puede encontrar dentro del horizonte de su experiencia vital [...]. Si se quiere salvar la razón, es decir, si queremos ser coherentes con esta energía que nos define, si no queremos negarla, su mismo dinamismo nos obliga a afirmar que la respuesta total y concluyente está *más allá* del horizonte de nuestra vida»⁴⁵. No coincide con nada que pueda aferrar, no sé lo que es pero sé que existe. De lo contrario no existiría el grito, no podríamos explicar la existencia de la pregunta.

Cuando abolimos la categoría de la posibilidad, que es el tejido mismo de la razón, cuando, por la dificultad de afirmar la respuesta, debido a la imposibilidad de reducirla al horizonte de lo que podemos aferrar, decimos: «No existe, no es posible que exista», renegamos de la razón en su misma esencia, degradamos su dinamismo vital. Si me encontrase perdido en un bosque, gritar «¡ayuda!» sería el gesto más razonable.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 166.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 167-168. Más adelante, en esta misma página, Giussani prosigue: «La cumbre que la razón puede conquistar es la percepción de que algo desconocido, inalcanzable, existe, y que hacia ello se dirigen todos los movimientos humanos, porque el propio hombre depende de ello. Es la idea de *misterio*».

Pero gritar implica la posibilidad de que exista alguien que escuche mi grito. De hecho, por remotísima que sea, no puedo excluir nunca de forma absoluta la posibilidad de que alguien me oiga –posibilidad que remite a la existencia de otro–. De no ser así, sería absurdo gritar.

En este sentido, no admitir la existencia de la respuesta significaría negar la pregunta –que sin embargo existe–, renegar del ímpetu de la razón, traicionar el impulso del deseo. El hombre contemporáneo, es decir cada uno de nosotros, se ve fuertemente tentado por esta «irracionalidad», por esta «desesperación»⁴⁶ a causa de las dificultades que encuentra a lo largo del camino.

6. Un «tú» que acoja el grito

El grito –como expresión de la urgencia de sentido de la razón, del deseo de cumplimiento del corazón– pertenece a la naturaleza del ser humano. Puede verse atenuado, debilitado, contrastado, pero no arrancado, ni en uno mismo ni en los demás. No tenemos el poder de hacerlo. Ese es «el mayor signo de grandeza y de nobleza que se pueda ver en la naturaleza humana»⁴⁷, escribe Leopardi. Nos vemos tentados de muchas maneras para no tomarlo en consideración y a menudo constatamos lo difícil que resulta abrirse y mantenerse fieles a toda su magnitud. En algunos momentos del

⁴⁶ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 106-110.

⁴⁷ G. Leopardi, *Pensamientos*, LXVIII en Id., *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1979, p. 466.

confinamiento, como muchos han testimoniado, lo hemos visto aflorar con más claridad, más inexorable. En otros momentos es como un hambre que tiende a replegarse por la dificultad de obtener el alimento que la sacie, o como una tensión que se desvanece porque no ve asomar indicios de lo que busca.

De hecho, ¿cuándo se despierta la pregunta en toda su magnitud? Cuando encontramos delante de nosotros una presencia que responde, una presencia a la altura de nuestra exigencia de totalidad. No nos cuesta mucho imaginar el grito fuerte e incontenible que lanzó el ciego Bartimeo cuando supo que se estaba acercando alguien de quien había oído decir que respondía a la exigencia profunda de vida de los hombres.

«Y llegan a Jericó. Y al salir él con sus discípulos y bastante gente, un mendigo ciego, Bartimeo (el hijo de Timeo), estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar [se grita delante de alguien. Mucha gente habría pasado junto a Bartimeo, pero solo cuando oyó hablar de ese hombre, alguien con nombre y apellido, empezó a gritar]: “Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí”. Muchos lo increpaban para que se callara. Pero él gritaba más: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”. Llamaron al ciego, diciéndole: “Ánimo, levántate, que te llaman”. Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: “¿Qué quieres que haga por ti?”»⁴⁸.

Desde entonces, desde que Jesús irrumpió en la historia, hay en el horizonte de la vida de los hombres una Presencia a la que gritar, Alguien que, ante el grito de

⁴⁸ Mc 10,46-51.

cada uno de nosotros, nos pregunta: «¿Qué quieres que haga por ti?». Hay Alguien que abraza nuestro grito, una Presencia que nadie puede eliminar, pues es un hecho que sucedió y que sucede, que permanece en la historia. A cada uno se nos da la posibilidad de encontrarnos con este hecho. Cualquiera que sea la situación en que nos hallamos, la aridez o el cansancio que experimentamos, la incapacidad de que las cosas dejen huella en nosotros o la nada que nos asalta, nada podrá evitar –sea cual sea la posición que decidamos tomar– que nos alcance, que escuchemos cómo resuena, cómo retumba la pregunta que Cristo nos dirige personalmente: «¿Qué quieres que haga por ti?». Y nada nos podrá impedir responder como el ciego Bartimeo: «*Rabbuni*, que vea»⁴⁹, que pueda ver, es decir, que pueda experimentar Tu atractivo que me saca de la nada.

La compañía cristiana está formada por aquellos que, como Bartimeo, han interceptado y aceptado esta Presencia capaz de acoger el grito de nuestra humanidad, despertando un amor último e irreductible por nosotros mismos, una ternura por nosotros de otro modo impensable, sosteniendo nuestro camino para que no nos deslicemos hacia la nada.

⁴⁹ Mc 10,51.

CAPÍTULO 2

«¿CÓMO COLMAR ESTE ABISMO DE LA VIDA?»

«¿Qué nos arranca de la nada?». Esta pregunta que hemos situado en el centro de nuestra atención es fundamental. En el inevitable drama de la vida, ¿cómo podemos no sucumbir a nuestra vulnerabilidad y a nuestra impotencia? ¿Qué puede responder al vacío de sentido? El impacto provocado por el coronavirus, que nos ha sacudido a todos haciéndonos temer por nuestras vidas, ha vuelto más aguda si cabe esta pregunta, poniéndonos en las mejores condiciones para examinar con mayor claridad los intentos de respuesta.

1. Intentos insuficientes

a) Argumentos que ya no convencen a nadie

Algunos creen que basta con *un discurso* para vencer el desafío de la nada que avanza. Pero tal como nos muestra nuestra experiencia, los meros discursos no bastan. Un pensamiento, una filosofía, un análisis psicológico o intelectual no son capaces de poner en marcha nuevamente lo humano, de volver a alentar el deseo, de regenerar el yo. Las bibliotecas están llenas de todo ello, y con internet todo está al alcance de la mano, pero la nada se extiende igualmente. De esta

insuficiencia llegamos a ser conscientes en la medida en que prestamos atención a lo que se agita en lo más íntimo de cada uno de nosotros. «En el ser humano está en juego algo que se oculta, se suprime, se ignora, se tergiversa. ¿Cómo penetrar en semejante coraza, y cómo saber si es esta su aspiración última? Implicados en el estudio del comportamiento humano, con demasiada frecuencia soslayamos el extravío humano»⁵⁰.

¡Qué inútiles son tantas de las palabras que escuchamos e incluso decimos! Lo denuncia Shakespeare con un estilo incisivo. «Sabe hablar sin parar sin decir nada. Su conversación se asemeja a los granos de trigo que se hubiesen perdido en dos fanegas de paja; buscaríais todo un día antes de hallarlos, y cuando los hubierais hallado, no valdrían el trabajo que os había costado vuestra rebusca»⁵¹. La razón puede divagar con argumentaciones carentes de contenido real. «La inteligencia [...] se ve siempre tentada de desviarse hacia un juego de conceptos por los que se deja fascinar sin darse cuenta de que, de este modo, ha roto el vínculo que la une con la realidad»⁵².

En resumen, no basta con proponer conceptos, por muy correctos y justos que sean; no es esto lo que puede conquistar la vida y colmar la sed que la caracteriza. Y tampoco es un «discurso religioso» –«una suma de diversas ideas desarticuladas que no terminarán de movilizar a los demás»⁵³– lo que puede cautivar al

⁵⁰ A.J. Heschel, *Chi è l'uomo?*, SE, Milán 2005, p. 18; la traducción es nuestra.

⁵¹ W. Shakespeare, *El mercader de Venecia*, Acto I, Escena 1.

⁵² F. Varillon, *L'umiltà di Dio*, Ediciones Qiqajon – Comunidad de Bose, Magnano (Bi), p. 30; la traducción es nuestra.

⁵³ Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 147.

hombre de hoy. No es suficiente con tener una visión religiosa, con hablar de Dios, de la trascendencia o de lo divino para salir del pantano del nihilismo. Podemos ser culturalmente religiosos o incluso cristianos, y experimentar el vacío de la existencia hasta llegar a la desesperación, más allá de las palabras que decimos o de los valores que proclamamos. No serán los discursos abstractos y moralistas –ya sean religiosos o laicos– lo que nos arrancará de la nada. Escribe Evdokimov: «Ya no bastan los discursos, el reloj de la historia marca la hora en la que ya no es solo cuestión de hablar de Cristo, sino sobre todo de *volverse Cristo*, lugar de su presencia y de sus palabras»⁵⁴. Los conceptos, incluso aunque sean perfectos, no consiguen producir ni siquiera una pizca de algo capaz de derrotar a la nada. La gnosis, en cualquiera de sus versiones, no puede competir contra el nihilismo existencial, concreto. Y no basta con cambiar los conceptos e incrementar nuestro conocimiento intelectual para conseguirlo.

Dostoievski expresa a su modo la impaciencia ante una forma de hablar vaciada de experiencia real. «Toda esta cháchara sin fundamento y todos estos tópicos permanentes [...] me ruborizo cuando alguien los saca a colación delante de mí»⁵⁵. Pero el motivo de tal impaciencia –que en nuestro tiempo se ha generalizado y que nosotros mismos experimentamos en primera persona– lo indica Von Balthasar. «En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido su

⁵⁴ P.N. Evdokimov, *L'amore folle di Dio*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2015, p. 63; la traducción es nuestra.

⁵⁵ F. Dostoievski, *Crimen y castigo*, Cátedra, Madrid 2003, p. 237.

contundencia, su fuerza de conclusión lógica. Los silogismos funcionan como es debido, al ritmo prefijado, a la manera de las rotativas o de las calculadoras electrónicas que escupen determinado número de resultados por minuto, pero el proceso que lleva a concluir [estos razonamientos, estos silogismos] es un mecanismo que a nadie interesa, y la conclusión misma ni siquiera concluye nada»⁵⁶. Podemos incluso decir cosas verdaderas pero, en la medida en que ellas no suceden ante nuestros ojos como una belleza concreta que atrae –«*pulchritudo est splendor veritatis*»⁵⁷, la belleza es el resplandor de la verdad, afirma santo Tomás–, ya no convencen a nadie, ni a nosotros ni a los demás. De hecho, continúa Von Balthasar, «si al *verum* le falta aquel *splendor* que, para Tomás, es el signo distintivo de lo bello, el conocimiento de la verdad permanecerá tan pragmático como formalista»⁵⁸.

b) Una multiplicación de reglas

Otras personas piensan que el antídoto al nihilismo existencial es una *ética*. Se multiplican así los llamamientos al deber, a lo que «hay que hacer», que pueden incluso obtener obediencia, respeto, de cara a la propia supervivencia y a las distintas conveniencias, pero no

⁵⁶ H.U. von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. Vol. 1. La percepción de la forma*, Encuentro, Madrid 1985, p. 23.

⁵⁷ «*Pulchritudo consistit in duobus, scilicet in splendore, et in partium proportione. Veritas autem habet splendoris rationem et acqualitas tenet locum proportionis*» (Santo Tomás, *Commentum in Primum Librum Sententiarum*, distinctio III, quaestio II, expositio primae partis).

⁵⁸ H.U. von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. Vol. 1. La percepción de la forma*, op. cit., p. 142.

responden mínimamente al malestar del yo, a su exigencia de sentido. «Al faltar el significado solo queda el deber, un sentido del deber exasperado que es inútil, que todavía tira más de mí hacia abajo»⁵⁹, decía el joven amigo citado anteriormente. Es una percepción que expresa muy bien Tolstoi. «Hecho eso, no dejaba nunca de imponerse reglas jurándose seguirlas. Escribía un diario, volvía a empezar una nueva vida: *turning a new leaf* [pasar página], como él decía. Pero [...] volvía otra vez al punto de partida, si no más abajo»⁶⁰. Pero, aun cuando se pueda compartir, la ética no es suficiente. Y es de nuevo Balthasar quien nos desvela la razón profunda de ello. «Si al *bonum* le falta aquella *voluptas* [esa fascinación que atrae a nuestra persona y que permite una experiencia de plenitud, de satisfacción] que para Agustín es el signo de su belleza, la referencia a lo bueno permanecerá tan utilitarista como hedonista»⁶¹.

Todos conocemos la fragilidad de cualquier intento de apoyar la respuesta a la sed de cumplimiento, de plenitud, en un esfuerzo moral, en la medida de nuestro propio compromiso. Sin embargo, si como adultos nos habituamos a convivir con la incapacidad que tienen proyectos, programas de vida y quehaceres para satisfacer esa exigencia que brota desde lo profundo de nuestra persona, en los jóvenes la percepción del vacío y del hambre de sentido es acuciante –aunque lo disimulen–, y buscan de cualquier manera, quizá de forma contradictoria, caminos para llegar a cierta sa-

⁵⁹ Ver aquí, p. 13.

⁶⁰ L. Tolstoi, *Resurrezione*, Sansoni, Florencia 1965, p. 136; la traducción es nuestra.

⁶¹ H.U. von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. Vol. 1. La percepción de la forma*, op. cit., p. 142.

tisfacción o para huir. En un artículo titulado «Fragiles y solos, así caen nuestros jóvenes» publicado hace algunos meses en el *Corriere della Sera*, Susanna Tamaro escribía: «No hay fin de semana que no nos traiga la triste crónica de grupos de amigos que pierden la vida en accidentes de coche al término de una noche de colocón en la discoteca. Para tratar de frenar esta trágica realidad, se sugieren nuevas estrategias: más controles, alcoholímetros a la salida de los locales, medios de transporte que puedan llevar a los jóvenes a casa sanos y salvos. Intervenciones seguramente necesarias y, en parte, salvadoras, pero que equivaldrían al intento de delimitar un precipicio con una alambrada. Seguramente algunos se salvarían, pero en cualquier caso el precipicio siempre seguiría allí [...]. Lo que más me asombra es que, ante la repetición de estos eventos, nadie se pare y diga: pero, ¿qué está pasando?»⁶².

Frente al precipicio existencial no se puede pensar que la solución es «una alambrada». Para preservar la vida del vacío no bastan reglas, normas y límites. Esta no puede ser la respuesta al misterio de nuestro ser, y la experiencia nos ofrece una continua confirmación de ello. Las cosas tampoco cambian si apelamos, con más refinamiento, a eso que los griegos llamaban «justa medida», una ética del límite que nos proteja de los impulsos, aspiraciones y deseos demasiado grandes. «Me gustaría –escribe Galimberti– que esta cultura del límite fuese recuperada por nuestra cultura, que no conoce límites al deseo»⁶³.

⁶² S. Tamaro, «Fragili e soli, così cadono i nostri ragazzi», *Corriere della Sera*, 18 de octubre de 2019; la traducción es nuestra.

⁶³ U. Galimberti, «Il greco senso della misura», *la Repubblica*, 16 de noviembre de 2019, p. 182; la traducción es nuestra.

Entonces, ¿sería el deseo un defecto que hay que corregir? Frente a su desmedida, su exceso que no nos da tregua, parece que la única estrategia, desde los griegos hasta nuestros días, es la de redimensionarlo. Pero esta lucha más o menos feroz por reducirlo dentro de límites aceptables es la confirmación más evidente de su inmensurabilidad estructural, de su inquietante exorbitancia. El fracaso de cualquier intento de embridar el deseo poniéndole límites, imponiéndole reglas, demuestra su irreductibilidad, hace visible la permanencia en el fondo de nuestro ser del *cor inquietum* agustiniano.

c) Bajar el listón del deseo

Los intentos de reducir y de enmascarar el deseo son continuos y capilares, señala Luisa Muraro. «La objeción y el engaño vienen con la automoderación: que nos conformamos con poco. El engaño comienza cuando empezamos a minusvalorar la enormidad de nuestras necesidades y nos ponemos a pensar que hay que adecuarlas a nuestras fuerzas, que son naturalmente limitadas». Por consiguiente, nos conformamos «con deseos ficticios como los de la publicidad, nos ponemos como meta cualquier resultado, no nos ocupamos ya de nuestros verdaderos intereses, ya no hacemos lo que nos interesa de verdad, ya no buscamos lo que nos conviene» de verdad; «en la práctica, acaba pasando que trabajamos más para ganar menos»⁶⁴. Bajamos el listón de nuestro deseo, tratando de engañar a nuestro corazón. Me escribía un joven: «Me cuesta vivir a la

⁶⁴ L. Muraro, *El Dios de las mujeres*, Horas y HORAS, Madrid 2006, pp. 42-43.

altura de mi deseo y a menudo le quito importancia, conformándome con mucho menos». Montale decía: «Se llena el vacío con lo inútil»⁶⁵. «No se puede matar el tiempo sin llenarlo de ocupaciones que llenen ese vacío. Y como son pocos los hombres capaces de mirar sin pestañear dentro de ese vacío, aparece la necesidad social de hacer algo, incluso aunque ese algo sirva a duras penas para anestesiar la vaga preocupación de que ese vacío vuelva a presentarse dentro de nosotros»⁶⁶.

¿Hay algo más decisivo hoy que descubrir el tejido original de nuestro deseo? «Pero lo que importa percibir –observa de Lubac– no es el tributo que cada uno, más o menos gravosamente, paga a la debilidad humana: es la naturaleza y la importancia de su deseo»⁶⁷. La amenaza más insidiosa de nuestro tiempo es justamente el desconocimiento de la auténtica estatura del deseo humano; un desconocimiento que puede seguir caminos distintos y verse incentivado de diversos modos por aquellos a quienes les interesa controlar la vida de los demás.

Lewis, con su habitual sagacidad, pone en boca del diablo este concepto: «Los gustos y las inclinaciones más profundas de un hombre constituyen la materia prima, el punto de partida que el Enemigo [Dios] le ha proporcionado. Alejar al hombre de ese punto de partida es siempre, pues, un tanto a nuestro favor; incluso en cuestiones indiferentes, siempre es conveniente sustituir los gustos y las aversiones auténticas de un

⁶⁵ E. Montale, *Nel nostro tempo*, Rizzoli, Milán 1972, p. 18; la traducción es nuestra.

⁶⁶ E. Montale, «Ammazzare il tempo», en Id., *Auto da fè*, Il Saggiatore, Milán 1966, p. 207; la traducción es nuestra.

⁶⁷ H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2008, p. 294.

humano por los patrones mundanos, la convención, o la moda»⁶⁸. Esta es la táctica diabólica: alejarnos de nuestras inclinaciones más profundas, de nuestros deseos constitutivos, distrayéndonos. Pero la distracción, utilizada por cualquier poder para separarnos de nosotros mismos, muestra su insuficiencia en cuanto la realidad vuelve a golpearnos, como hemos visto en estos tiempos de coronavirus, pinchando la burbuja de los engaños habituales. Con la distracción, por usar una frase del rapero Marracash que parece un epitafio, «lleno el tiempo, pero no el vacío»⁶⁹.

2. Nuestra humanidad

Si no sucede algo capaz de conquistar nuestro ser hasta el fondo, despertando nuevamente un interés por toda la realidad, todo se vuelve extraño, como dice Joseph Roth. «La extrañeza crecía alrededor de cada uno de ellos, cada uno se sentía como encerrado en una esfera de vidrio, miraba al otro y no lo alcanzaba»⁷⁰. Pero ni los meros discursos, ya sean laicos o religiosos, ni los llamamientos al deber, a lo que «hay que hacer», incluso en nombre de la religión, son capaces de rescatarnos hasta el fondo de esa astenia del deseo y de ese torpor del interés al que nos referimos en su momento.

Lo documenta la carta que me ha escrito un joven amigo. «Descubro dentro de mí que la mayor tentación

⁶⁸ C.S. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino*, op. cit., p. 77.

⁶⁹ «TUTTO QUESTO NIENTE - Gli occhi», de Marracash, 2019, © Universal Music.

⁷⁰ J. Roth, *Lo specchio cieco*, en Id., *Il mercante di coralli*, Adelphi, Milán 1981, p. 63; la traducción es nuestra.

es creer que ya conozco la respuesta a esta pregunta: “¿Qué nos arranca de la nada?”. Pero en los hechos estoy siempre al borde de la nada. Todas las cosas, incluso mi novia, el estudio o mi licenciatura, pueden volverse aburridas, todas iguales y en cierto modo distantes [insuficientes para colmar el deseo]. Solo después me doy cuenta de esta indiferencia [a la que ni siquiera escapan los afectos], y cuanto más la miro más me parece que entra en contradicción incluso con lo que ya creo saber. Me doy cuenta de que estoy rodeado por la nada, incluso cuando hablo sencillamente con mis compañeros de curso: la conversación que se da entre nosotros es un signo de la nada, pasamos de un tema a otro sin volver a recordar aquello de lo que habíamos hablado antes. Pero ante momentos de este tipo, hay algo que sí comprendo: que yo no estoy hecho para la nada. Necesito dejar de hablar de palabras vacías, necesito algo que me aferre y me arranque de la nada, pero tengo la impresión de que el mero hecho de darme cuenta de esto no es suficiente para interceptarlo».

Sin embargo, en el mismo hecho de darse cuenta de que no estamos hechos para la nada se da un elemento decisivo, indispensable en el camino para identificar qué nos arranca de la nada: el descubrimiento de nuestra propia aspiración humana, de nuestra propia humanidad.

¿Qué es esta humanidad nuestra que no se deja engañar, de la que no podemos burlarnos, a la cual no podemos dar una respuesta cualquiera, elegida arbitrariamente? El engaño y la distracción tapan el malestar, pero no nos arrancan de la nada. Aunque esté herida, maltrecha y confusa, nuestra humanidad no se deja confundir, no se deja tomar el pelo por el primero

que pasa, y este es el signo de que está menos confusa de lo que parece. Aunque a veces, por falta de lealtad, de atención o de moralidad última, secundemos lo que no es verdad y nos dejemos arrastrar por ello, antes o después la humanidad que hay en nosotros nos hace caer en la cuenta de que hemos seguido una gran ilusión, como decía el título de un libro de François Furet, *El pasado de una ilusión*, en referencia a la ilusión del comunismo.

Nuestra humanidad constituye un cauce crítico que es ineludible en última instancia, y esto lo descubrimos en la experiencia. «Lo que más me gusta de la experiencia –escribe Lewis– es que es algo honrado. Puedes dar unas cuantas vueltas erróneas, pero mantén los ojos abiertos y no llegarás demasiado lejos sin que aparezcan las señales de peligro. Puedes haberte engañado a ti mismo, pero la experiencia no te intenta engañar. El universo rodea a la verdad por dondequiera que tú la busques»⁷¹. Sin embargo, para que la experiencia sea tal –esta es la cuestión–, implica un juicio, una valoración, y por tanto un criterio en base al cual poder formular dicho juicio. ¿Cuál es el criterio? Nuestra humanidad. Esta no es simplemente algo que nos hace penar, un fardo que debemos cargar a nuestro pesar, un abismo que no somos capaces de colmar y que obstaculiza nuestra relación con la realidad. No, nuestra humanidad es precisamente nuestro criterio de juicio.

Recuerdo cómo exulté de alegría cuando sorprendí conscientemente en mí esa capacidad de juzgar que me permitía hacer experiencia al relacionarme con todo.

⁷¹ Cf. C.S. Lewis, *Cautivado por la alegría*, Encuentro, Madrid 2016, p. 159.

De hecho, la experiencia consiste en vivir juzgando todo con ese criterio que es nuestra humanidad: un conjunto de exigencias y evidencias originales que nos pertenece de forma estructural y que se activa al compararse con todo aquello que sale a nuestro encuentro. Descubrí que ese conjunto de exigencias y evidencias que tenía dentro de mí era el criterio último para juzgar lo que sucedía.

Es la conciencia del alcance cognoscitivo de nuestra humanidad lo que lleva a Giussani a decir: «Solo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer»⁷², para interceptar aquello por lo que merece la pena vivir. Deberíamos preguntarnos si esa misma pasión, atención y ternura caracterizan nuestra mirada sobre nosotros mismos: a veces parece casi que se trata de cosas de una galaxia distinta de la nuestra. Qué impresión escuchar a Giussani afirmar: «¡Qué humano es lo humano, qué humana es la humanidad!»⁷³. ¡Qué humana es mi humanidad! Con frecuencia tenemos miedo de nuestra humanidad, en vez de pasión por ella, y por eso nos encontramos confusos, incapaces de interceptar la verdad, y al final todo se disuelve en la abstracción. «Se sumió en una honda meditación, que más podría llamarse abstracción, y prosiguió su camino sin advertir ya nada de lo que le rodeaba ni querer advertirlo tampoco»⁷⁴.

⁷² L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2011, p. 9.

⁷³ L. Giussani, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 43.

⁷⁴ F. Dostoievski, *Crimen y castigo*, op. cit., p. 67.

Cuanto más ponemos entre paréntesis nuestra humanidad, más dudamos a la hora de reconocer el valor de lo que nos sucede, inseguros en cuanto a la dirección que debemos tomar. Es lo contrario de lo que el poeta español Jesús Montiel ha percibido con conmoción en sus hijos durante el coronavirus. «Mis hijos no dejan de sorprenderme. Durante el confinamiento no han pronunciado una sola queja; al contrario que nosotros, los adultos. Aceptan la situación porque la verdadera normalidad de un niño es su familia. He observado que un niño, mientras se desarrolla en un entorno amoroso –que no perfecto– no ambiciona mucho más. [...] Nos bastáis vosotros, dicen. [...] Los niños son, creo, la prueba de que no estamos hechos para los planes sino para vivir amando y siendo amados. Solo así la actualidad cobra sentido y el presente no se derrumba»⁷⁵.

Los niños interceptan con facilidad lo que necesitan para vivir: la presencia de sus padres. Sin embargo, a nosotros los adultos nos cuesta identificarlo y caemos con frecuencia en la queja. Obviamente, hay adultos que conservan y profundizan la humanidad sencilla de los niños. ETTY HILLESUM es un ejemplo luminoso de ello. Escribe en su *Diario*: «Señor mío, te agradezco que me hayas creado como soy. Te agradezco sentir una amplitud tan grande en mí, ya que esa amplitud no es otra cosa que estar colmada de ti»⁷⁶.

⁷⁵ J. Montiel, «De los que son como ellos», en *The Objective*, 2 de abril de 2020.

⁷⁶ E. Hillesum, *Diario. Una vida conmocionada*, Anthropos, Barcelona 2016, p. 71.

3. «El arte de “sentir” al ser humano en su totalidad»

¿Hay alguno entre nosotros que tenga cada día por lo menos un instante de verdadera ternura por sí mismo, por su propia humanidad? Muchas veces nos maltratamos, nos lanzamos con ira contra nuestra humanidad, que no se deja seducir por la mentira: querríamos huir de ella, pero por otro lado no somos capaces de borrarla. Lo expresa muy bien la frase que pone Nietzsche en boca del caminante en *La gaya ciencia*: «Este ardiente deseo de lo auténtico, de lo real, de lo no aparente, de lo seguro, ¡cómo lo odio!»⁷⁷.

Por eso siempre me ha impresionado la frase de Juan Pablo II: «*La ternura es el arte de “sentir” al ser humano en su totalidad*»⁷⁸. Este «sentir» al ser humano en su totalidad es esencial para vivir, y es lo contrario del sentimentalismo. Pero es «raro encontrar –dice Giussani– una persona que esté llena de ternura por sí misma»⁷⁹. Si hacemos la prueba de contar cuántas de estas personas conocemos, quizá nos sobren dedos de una mano. Hoy prevalecen demasiado a menudo la rabia y la violencia hacia uno mismo, hacia los demás y también hacia la realidad.

Sin embargo, todo hombre desea experimentar esa ternura por su propia humanidad, como escribe Camus en su *Calígula*. «Todo parece tan complicado. Sin

⁷⁷ «Dieser Hang und Drang zum Wahren, Wirklichen, Un-Scheinbaren, Gewissen! Wie bin ich ihm böse!» (Cf. F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, Adelphi, Milán 1995, p. 223; la traducción es nuestra).

⁷⁸ K. Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2015, p. 251.

⁷⁹ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, Edit-Il Sabato, Roma-Milán 1993, p. 457; la traducción es nuestra.

embargo, todo es tan sencillo. Si yo hubiera conseguido la luna, si el amor bastara, todo habría cambiado. Sabes, Calígula, que podrías ser tierno. ¡La ternura! ¿Pero dónde apagar esta sed? ¿Qué corazón, qué dios tendría para mí la profundidad de un lago? [...] Nada me va bien, ni en este mundo ni en el otro. Sin embargo sé, y tú también lo sabes [...], que bastaría que lo imposible fuera. ¡Lo imposible! Lo busqué en los límites del mundo, en los confines de mí mismo [es lo que todos buscamos]. [...] Tiendo mis manos y eres tú lo que encuentro, siempre frente a mí, como un escupitajo en mi rostro. Tú, en la claridad espléndida y dulce de las estrellas [...]; tú, que eres para mí como una herida que me gustaría arrancarme con las uñas»⁸⁰.

Si no encontramos “algo” que nos permita tener esta ternura por nuestra sed, por nuestra humanidad, terminamos mirándola como una herida que querríamos arrancarnos –exactamente lo contrario de un amor–. Pero ¿para qué querríamos arrancárnosla? Para no sentir el drama, para atenuarlo lo más posible, para no advertir la insuficiencia de todas las cosas en las que ponemos nuestra esperanza, para no tener que echar cuentas con la desproporción entre lo que deseamos y lo que somos capaces de obtener. Como dice Camus, «nada me va bien», o como canta Guccini refiriéndose a la relación amorosa, «lo ves querida, es difícil de explicar, / es difícil entender si no has entendido ya... // Tú eres mucho, aunque no es suficiente, / [...] eres todo, pero ese todo es todavía poco»⁸¹.

⁸⁰ Cf. A. Camus, *Calígula*, Andrés Bello, Santiago de Chile 1991, p. 460.

⁸¹ «Vedi cara», letra y música de F. Guccini, 1970, © EMI.

Se dibuja entonces la alternativa: la ternura («el arte de “sentir” al ser humano en su totalidad») o el odio hacia la propia humanidad («una herida que querría arrancarme»). Cuántas veces nos angustiamos porque no conseguimos mantener a raya nuestra humanidad, comprimirla: a pesar de todos los esfuerzos para acallarla, cuando menos lo esperamos explota, se deja sentir.

El *Miguel Mañara* de Milosz narra de forma ejemplar esta experiencia. Mañara se abandona a la decadencia, pero esto no consigue colmar el abismo de su humanidad, de su deseo. «He arrastrado el amor al fango y a la muerte [...]. Solo me queda la hierba amarga del aburrimiento. He servido a Venus con rabia; poco después con maldad y desagrado. [...] En mi juventud yo también he buscado, como vosotros, el gozo miserable, la extranjera inquieta que entrega su vida sin decir su nombre. Pero enseguida nació en mí el deseo de seguir lo que vosotros jamás conoceréis: el amor inmenso, tenebroso y dulce. [...] ¡Ay! ¿Cómo colmar este abismo de la vida? ¿Qué puedo hacer? El deseo está siempre presente, más fuerte, más angustioso que nunca. Es como un incendio marino que con su llama llega a alcanzar lo más negro y profundo de la nada universal»⁸². El deseo permanece, persiste, más fuerte que nunca, a pesar de todo. Esta es la sorpresa de la que hablábamos. No se apaga: cuanto más vive uno, cuanto más siente, cuanto más trata de apagarlo o de atontarlo, más crece.

Para Agustín, nada se puede comparar con la profundidad del corazón humano que vive en cada uno de

⁸² O. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 26-27.

nosotros. «Si la profundidad es un abismo, ¿no tendremos el corazón del hombre por un abismo? ¿Qué hay más profundo que este abismo? Los hombres pueden hablar, se les puede ver mientras mueven sus miembros, se pueden oír sus discursos. Pero ¿quién penetra su pensamiento? ¿Quién llega a ver su corazón? Todo lo que en su interior planea, aquello de lo que es capaz en su intimidad, lo que obra por dentro, lo que decide en su interior, lo que íntimamente quiere y no quiere, ¿quién logrará conocerlo? Creo, no sin razón, que podemos juzgar al hombre como un abismo, según se dice en aquella cita: “Se acerca el hombre al corazón profundo, y Dios será exaltado”»⁸³.

Pero entonces –repetimos nuevamente–, ¿qué nos arranca de la nada? ¿Qué puede colmar este abismo de la vida, este deseo irreductible, incómodo y sublime, «aún mayor que el mismo universo»⁸⁴, clave de lo humano que hay en nosotros, que desenmascara la parcialidad, la insuficiencia de nuestros intentos?

⁸³ Cf. San Agustín, *Comentarios a los Salmos*, 41, 13

⁸⁴ G. Leopardi, «Pensamientos», LXVIII, en Id., *Poesía y prosa*, op. cit., p. 466.

CAPÍTULO 3

«CARO CARDO SALUTIS»

«*Caro cardo salutis*». «La carne es el quicio de la salvación»⁸⁵. Es una frase de Tertuliano, un padre de la Iglesia. Puede parecer enigmática, pero su significado se aclara en cuanto miramos nuestra experiencia: ¿qué ha sido capaz –si nos ha pasado, cuando haya pasado– de arrancarnos de la nada?

1. Una presencia carnal

Como contribución personal para afrontar el tema que estamos desarrollando⁸⁶, una joven me ha enviado una carta que se caracteriza por centrar la atención de forma sencilla y clara en el punto que nos interesa. Por ello merece la pena proponerla aquí. Muchas personas, incluso las que viven situaciones diferentes, podrán reconocerse fácilmente en lo que cuenta.

«Cuando me pregunto qué es lo que me arranca de la nada, no puedo dejar de pensar en toda mi historia hasta hoy. Hay dos momentos que se me han quedado grabados y que me vienen a la cabeza cuando pienso en

⁸⁵ Tertuliano, *De carnis resurrectione*, 8,3: PL 2,806.

⁸⁶ Hace referencia a la invitación a enviar contribuciones personales escritas que respondan a la pregunta «¿Qué nos arranca de la nada?»; ver aquí, pp. 3-4.

esta nada. Uno es el recuerdo de cuando era niña, y de la inmensa desproporción que sentía cuando miraba las estrellas. Me impresionaba el pensamiento de que yo no era nada comparada con la inmensidad del universo, y algunas noches no conseguía dormir por este motivo, porque mi vida parecía un momento sin sentido dentro del discurrir del tiempo. Otro es lo que me pasó un día mientras volvía a casa con mi madre después de haber estado de compras (cosa que normalmente me gustaba muchísimo). Me subí al coche con una tristeza infinita (una cierta tristeza que he sentido siempre muy cercana) y le hablé de ella a mi madre: “Hay días en los que, sin que haya pasado nada especial, siento de repente una tristeza enorme y no sé por qué”. Nos quedamos calladas el resto del trayecto en coche, con la radio de fondo. Una tristeza infinita que terminaba en la nada. Conocí CL (y con él el cristianismo) cuando me cambié a un colegio nuevo que habían fundado algunas familias del movimiento. Un par de años después de la enfermedad y muerte de mi padre –yo tenía diecisiete años– decidí hacer la primera comunión y adherirme al movimiento. Durante mi primer año en la universidad conocí a un sacerdote. Al ver la dolorosa situación que estaba atravesando, me dio la carta que habías escrito sobre el tema de los abusos sexuales (una situación que no tenía nada que ver con la que yo estaba viviendo), “Heridos, volvemos a Cristo” (*la Repubblica*, 4 de abril de 2010). En ella hablabas de la sed de justicia, pero podías estar hablando de mi sed en general. Decías que esta sed “no tiene frontera”, “no tiene fondo”, es “tan infinita que no puede ser colmada”. “Si esta es la situación, la cuestión más candente –que nadie puede evitar– es tan simple como inexorable: ‘¿Quid animo satis?’”. ¿Por qué podías

plantear una pregunta como esta? ¿Por qué podías suponer que hubiera algo que la cumpliera, que la saciara? Léí la carta una y otra vez, mientras estaba sentada sola en mi salón, y rompí a llorar al pensar: “Pero ¿de verdad es posible que este dolor, este deseo de eternidad, esta herida, puedan ser colmados? ¿Es posible que exista algo en este mundo que pueda satisfacerlos?”. Fue la primera vez en mi vida que pensé que era posible que existiese algo real, carnal, concreto, que respondiese a mi sed. Era como si de repente todos los elementos se reordenasen: las personas a las que había conocido en aquel colegio, la mirada tan distinta de mis profesores, esos momentos en los campamentos cuando mi corazón se ensanchaba y, al vibrar, pensaba para mí que era como si toda la vida hubiese esperado escuchar lo que había escuchado. Todo aquello era un Tú concreto, a la altura de mi herida y de mi deseo de eternidad; “Alguien que hace presente el más allá aquí y ahora: Cristo, el Misterio hecho carne”. Estos años han sido la historia de un afecto a esa carne concreta, a un Tú concreto. En estas semanas de confinamiento me estoy dando cuenta de que Cristo me ha conquistado, y me ha permitido ver y experimentar que mi tristeza no está condenada a la nada».

Pero la partida no ha concluido una vez que hemos conocido esta presencia carnal que nos arranca de la nada. Debido a las muchas circunstancias de la vida, debido algunas veces a nuestra presunción o a nuestra debilidad, a causa de dificultades que surgen y que nos desorientan, podemos perder el camino, podemos alejarnos de la Presencia que hemos encontrado, podemos abandonarla. En estos casos será siempre y únicamente una carne lo que nos aferre de nuevo. En estos últimos meses me ha escrito una estudiante universitaria: «Hace un año, bajo

el peso de ciertas cosas que llevaba dentro, me alejé de esa compañía que, sin embargo, había reconocido como esencial para mi vida. Ya no me reconocía. Tenía la mirada apagada, vacía, y el corazón tan cansado que deseaba incluso desaparecer. Creía que ya no había nada que hacer conmigo, no tenía ninguna esperanza. Pensaba que no me recuperaría. Sin embargo, gracias a la compañía de algunos amigos que nunca me han dejado sola, que han cuidado mi persona y mi corazón, he intentado volver a empezar. He partido justamente de aquellos rostros que me miraban con una positividad y una ternura que yo no era capaz de sentir por mí misma en ese momento».

¡Qué bien funciona el detector que hay en nosotros!
¡Cuando una persona es mirada con esa ternura que abraza todo su yo, se da cuenta enseguida!

«Muchas veces –prosigue la carta– me preguntaba: si yo misma no consigo quererme, ¿cómo pueden hacerlo los demás, y por qué deberían hacerlo? ¿Qué corazón tienen estas personas? ¿Qué es lo que han visto? ¿Qué es lo que han encontrado para querer así a alguien como yo? Quería comprender. Entonces me propuse ahondar en ello. Fue un año pleno, intenso, agotador pero precioso. Fue un año que –puedo decirlo sin dudar– me cambió radicalmente y me llenó la vida; no porque yo fuese más capaz o porque ese dolor y esos miedos que tenía dentro se desvanecieran, sino porque experimenté a través de rostros precisos esa “correspondencia con el corazón impensable, nunca imaginada ni experimentada antes”⁸⁷. Desearía que todos pudiesen vivir la belleza de un encuentro y de una

⁸⁷ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 25.

amistad como los que yo he vivido. Es precioso vivir con la certeza de haber encontrado una gran compañía para mi corazón. Quiero tenerla cerca. Ya no puedo perderla para ir detrás de mis pensamientos, porque más que nunca reconozco ahora que solo en este lugar se acoge y se ama toda mi persona, mis fragilidades, mis miedos, mi dolor y mi necesidad; solo aquí puedo mirarme y tomarme en serio a mí misma sin omitir nada, sin dar nada por descontado. Reconozco que solo en esta compañía he encontrado amigos que estiman mi corazón. Me asombra estar tan segura de ello, porque normalmente no lo estoy».

Cuando nos topamos con una mirada llena de verdadera ternura por nosotros, nos damos cuenta de que existe una alternativa al odio y a la rabia hacia nosotros mismos.

Continúa la carta: «Por tanto, ¿qué me arranca de la nada? ¿Qué me ha arrancado de la nada de estos días? Esta compañía». Es decir, una compañía real, carnal, histórica. Esta es la carne que salva la vida. *Caro cardo salutis*: la carne, no nuestros pensamientos, no nuestras imágenes, no nuestras fantasías, no lo virtual, sino una carne, es decir –concluye la joven– «rostros precisos en donde encuentro esta mirada positiva y tierna que me reclaman a Otro, a un Tú vivo, presente aquí y ahora, y que me han devuelto a la vida».

«La carne es el quicio de la salvación». Es una carne que se puede reconocer por su diferencia, como cuenta el escritor Daniele Mencarelli en *La casa degli sguardi*, un conmovedor relato autobiográfico. «A la altura de la vidriera Liberty aparca una joven pareja. La madre lleva en brazos a un niño mientras el padre juega con él, le enseña la fuente del jardín interior y al mismo tiempo, haciendo muecas y sacando la lengua, hace

reír a su hijo. Cuando estoy a menos de un metro de ellos los padres se giran, y con ellos el niño. El paso pierde su cadencia, así como la respiración. El pequeño tendrá unos tres años; aparte de los ojos, su rostro no existe, en lugar de la nariz y de la boca hay agujeros de carne roja. Aprieto la mirada sobre el mármol del suelo y paso a su lado ya sin mirarlos. [...] Dejo pasar tiempo esperando a que esos dos jóvenes y su hijo desfigurado se hayan marchado. Enseguida me llegan las risas del niño. Todavía están ahí. Pero ahora no están solos. Delante de ellos hay una monja; es anciana, está inclinada hacia delante, su rostro roza el rostro tremendo del niño. “Tú eres lo más bonito de papá y mamá, ¿verdad?”. Toma una manita y la besa, y quizá por las cosquillas el niño empieza a reír. La monja tendrá no menos de ochenta años, tiene el rostro mofletudo, blanco como la leche. “Entonces no solo eres precioso, sino que también eres simpático, ¿te gusta así?”. Y vuelve a pasar la manita por su boca, por su barbilla, para darle gusto. Después la monja se endereza, mira al padre y a la madre. “Pero ¿no escucháis sus carcajadas? Este niño no tiene dentro plata, sino oro, oro vivo”. Lo besa, sin importarle su cara, sin importarle nada. Estoy alucinado, no consigo entender, descifrar. He visto algo humano y al mismo tiempo extraño, como un rito procedente de una tierra lejanísima, no consigo encontrar dentro de mí instrumentos para traducirlo a mi lengua [...] He intentado todos los métodos posibles, he tratado de liquidar lo que he visto como el delirio de una vieja vestida de gris, después como el fanatismo de una monja sorda y ciega al dolor que quería por todos los medios demostrar la supremacía de su Dios, incluso frente a semejante deformidad, o como el espectá-

culo de una actriz estupenda que quizá un segundo después, en la soledad de un váter, se habrá lavado la boca por el beso que ha dado a ese rostro informe. Pero ninguna lectura consigue colmar la distancia entre lo que he visto y mi lógica»⁸⁸.

El escritor trataba de explicar, de reconducir a lo conocido, a lo previsible, a lo comprensible, la excepcionalidad que había visto, que había invadido sus ojos («algo humano y al mismo tiempo extraño»), que le había atraído y, en cierto sentido, atrapado. ¡Cuántas veces tratamos obstinadamente de reducir a nuestra medida la diferencia que vemos! «El hombre es tan aficionado a los sistemas y a las deducciones abstractas que está dispuesto a falsear deliberadamente la verdad, a negar la evidencia de sus sentidos con el fin de justificar su lógica»⁸⁹.

¿Qué es lo que atrae a Mencarelli? Lo mismo que ha atraído a las jóvenes de las cartas que hemos citado: una diferencia humana. Frente al rostro completamente desfigurado de ese niño, la monja no solo no se echa para atrás, sino que siente por él una ternura, una simpatía profunda, vertiginosa, carnal, una simpatía en el sentido intenso del término, un torbellino de afectos, que tiene algo tan profundamente humano que parece «más» que humano, «extraño» –divino–.

Solo una carne, solo una presencia carnal es capaz de arrancarnos de la nada; una Presencia que todas nuestras interpretaciones no consiguen eliminar, hasta tal punto nos imanta, nos aferra, nos atrae hasta las entrañas, suscitando todo nuestro deseo en el momento mismo en que

⁸⁸ D. Mencarelli, *La casa degli sguardi*, Mondadori, Milán 2020, pp. 183-185; la traducción es nuestra.

⁸⁹ F. Dostoievski, *Apuntes del subsuelo*, op. cit., p. 45.

nos permite experimentar una correspondencia inimaginable. ¿A quién no le gustaría ser mirado con esa ternura con la que se han sentido miradas esas amigas nuestras o con la que la monja miraba a aquel niño?

Toparse con una mirada así, encarnada en alguien, es lo único que puede colmar el «abismo de la vida» del que habla Milosz. Solo una carne puede vencer la nada. No cualquier carne, no cualquier presencia carnal, sino una Presencia que porte consigo algo que corresponda a toda nuestra espera y sea, por tanto, capaz de atraer todo nuestro ser. De hecho, existe una carne que nos deja un gusto amargo en la boca, que termina en el aburrimiento de una vida llena de soledad, como le sucedía a Miguel Mañara antes de su encuentro con Jerónima y con la novedad que ella había introducido en su vida. Como escribe De Lubac: «Nada de lo que crea el hombre o de lo que permanece en el plano del hombre arrancará al hombre de su soledad. Esta se irá profundizando en la medida en que él se descubre a sí mismo. Porque ella no es otra cosa que el reverso de la comunión a la que él está llamado»⁹⁰.

2. El judío Jesús de Nazaret

¿Qué puede vencer el nihilismo en nosotros? Ser atraídos por una presencia, por una carne que porta consigo, en sí misma, algo que corresponde a toda nuestra espera, a todo nuestro deseo, a toda nuestra exigencia de sentido y de afecto, de plenitud y de estima. Solo puede arrancarnos de la nada «esa» carne que es capaz

⁹⁰ H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, op. cit., p. 260.

de colmar «el abismo de la vida», el «deseo angustioso» de cumplimiento que hay en nosotros, por usar de nuevo las expresiones de Milosz.

Si no se produce esta experiencia no salimos de nuestro nihilismo, aunque estemos formados culturalmente en los discursos religiosos y lo intentemos por todos los medios, porque «los argumentos demostrativos de la verdad», de los que hablaba Balthasar, y las «cosas que hay que hacer» no son capaces de aferrarnos, de arrastrar toda nuestra persona; y antes o después –habitualmente antes que después– acaban por aburrirnos.

Ahora bien, esta mirada llena de ternura por nuestra humanidad entró en el mundo hace dos mil años a través de la carne de un hombre, el judío Jesús de Nazaret. «En la encarnación el Logos eterno se ha ligado de tal modo a Jesús que [...] no se puede ya pensar en el Logos sin tener en cuenta su conexión con el hombre Jesús. [...] Quienquiera que entre en contacto con el Logos está tocando también a Jesús de Nazaret. [...] Es el Logos mismo, que en el hombre Jesús se hace sujeto histórico. Sin duda, Dios toca al hombre de muchas maneras fuera de los sacramentos. Pero lo toca siempre por medio del hombre Jesús, que es su mediación en la historia y nuestra mediación en la eternidad»⁹¹.

Este acontecimiento –la encarnación– es una línea divisoria en la historia del hombre y nadie lo podrá arrancar de ella. Por eso, afirma Giussani, «solo podemos reconocer la Presencia del Verbo hecho carne en una carne; si el Verbo se ha hecho carne, es *en una carne* igualmente

⁹¹ J. Ratzinger, «Cristo, la fe y el reto de las culturas», en *Communio* 18 (marzo-abril 1996), pp. 152-170.

donde nos lo encontramos»⁹². Quien lo intercepta percibe que está frente al evento más decisivo de su vida. Lo vemos claramente cuando sucede. Volvamos entonces a uno de los episodios del Evangelio más significativos desde este punto de vista, tratando de identificarnos con aquella mujer que llega delante de Jesús con una conciencia de sí misma llena de dolor, con la conciencia de su necesidad, con un gusto amargo en la boca por todo su mal, con su incapacidad para encontrar paz, con una falta de ternura por sí misma, quizá con el impulso de quitarse de encima esa humanidad suya, ese deseo suyo que había tratado torpemente de satisfacer. Y sin embargo es justamente esa humanidad, esa necesidad de ser amada, de ser mirada con verdad, lo que le permite sorprender el imprevisto, es decir, la presencia de Jesús.

«Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: “Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora”. Jesús respondió y le dijo: “Simón, tengo algo que decirte”. Él contestó: “Dímelo, maestro”. “Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el

⁹² L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 140. Cf. Constitución dogmática sobre la Divina Revelación *Dei Verbum*, 4.

otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?”. Respondió Simón y dijo: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”. Y él le dijo: “Has juzgado rectamente”. Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco”»⁹³.

Aquí nos hallamos frente a ese «realismo inaudito» del que hablaba Benedicto XVI cuando afirmaba que «la verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos»⁹⁴. Creo que cada uno de nosotros desearía ser alcanzado por una mirada así, independientemente de lo que haya hecho, de cómo haya conducido su vida.

¿Qué necesitó esa mujer para verse «aferrada» por la mirada de Cristo? Únicamente su humanidad, por muy herida y maltrecha que estuviera –como lo está, en el fondo, la de todos–. Cuando se encontró con ese Hombre, su humanidad, incluso con todos los errores que había cometido, se vio completamente imantada, hasta el punto de que no hubo forma de pararla: la mujer atravesó la hostilidad y la desaprobación de los

⁹³ Lc 7,36-47.

⁹⁴ Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, 12.

demás, fue hasta donde estaba Jesús y le lavó los pies con sus lágrimas. La identificación con el Evangelio es una de las cosas más bellas que nos ha comunicado Giussani. De hecho, muchas veces leemos estos relatos dándolos por descontados, privándolos de su espesor fáctico, histórico, vital. En cambio, al volver una y otra vez a los episodios del Evangelio, al identificarse con los acontecimientos en ellos descritos, Giussani nos ha hecho «ver» en ellos cómo se dirigía Jesús a la humanidad herida y llena de límites de aquellos con los que se encontraba. Nada se lo impedía. Y nada se lo impide ahora. Lo que Cristo toma hasta el fondo es justamente nuestra humanidad –que nosotros vivimos muchas veces con fastidio porque no nos salen las cuentas, porque no nos gusta, porque reconocemos muchos límites en nosotros–; a ella se dirige Cristo, y sin ella no tendría forma de entrar en tu vida y en la mía, no encontraría un punto de agarre. «Solo Dios percibe el punto profundo de la conciencia en el que el hombre, a pesar de su propia vida, de sus pecados, es verdaderamente humano y humaniza. En el fondo, la redención es Cristo que alcanza aquello que es más profundo en el hombre, que vale más que su pecado»⁹⁵, escribe François Varillon.

La mirada de Cristo es una mirada que lee dentro de nosotros, en las profundidades de nuestro deseo de plenitud. Lo recordaba recientemente el papa Francisco: «Nacimos con una *semilla de inquietud*. Dios lo quiso así: inquietud por encontrar la plenitud, inquietud por encontrar a Dios, muchas veces incluso sin saber que

⁹⁵ F. Varillon, *Traversate di un credente*, Jaca Book, Milán 2008, p. 98; la traducción es nuestra.

tenemos esta inquietud. Nuestro corazón está inquieto, nuestro corazón está sediento: sed de encuentro con Dios. Lo busca, muchas veces por caminos equivocados: se pierde, luego vuelve, lo busca... Por la otra parte, Dios tiene sed de encuentro, hasta tal punto que envió a Jesús a nuestro encuentro, para venir al encuentro de esta inquietud»⁹⁶.

Ningún ser humano se ha sentido nunca afirmado de forma tan radical como con la mirada que ha introducido en la historia este hombre, Jesús de Nazaret; ninguna mujer ha escuchado nunca a nadie hablar de su hijo con semejante ternura original, con semejante afirmación totalmente positiva de su destino, más allá de cualquier logro concebible o de cualquier fracaso. Con esta mirada extraordinariamente afirmativa Jesús le dice a la mujer que ha lavado sus pies con sus lágrimas: «Han quedado perdonados tus pecados». Los demás convidados empezaron a decir entre ellos [es la rebelión frente a una novedad que cuestiona]: «¿Quién es este, que hasta perdona pecados?» [no lo dicen con asombro, sino rechazándolo, como diciendo: es un blasfemo]. Pero él dijo a la mujer [nadie consigue apartarlo de su actitud hacia ella]: «Tu fe te ha salvado, vete en paz»⁹⁷. Esta mirada jamás podrá ser arrancada de la faz de la tierra. Por eso lo que decimos sobre nosotros mismos, lo que dices sobre ti mismo o sobre ti misma ya no es la última palabra.

Lo que arranca de la nada a la pecadora del Evangelio no son sus pensamientos, sus propósitos, sus esfuerzos, sino una Presencia que tenía tal pasión, tal preferencia

⁹⁶ Francisco, *Homilía en Santa Marta*, 26 de abril de 2020.

⁹⁷ Lc 7,48-50.

por su persona, por su yo, que se vio conquistada por ella. Todo el curso de su vida se vio trastocado, revolucionado por aquel encuentro: ya no le importaban las miradas de los demás, porque estaba completamente definida por Jesús, por su mirada, por aquella presencia de carne y hueso. Nadie le había mirado en su vida como aquel hombre. De otro modo, no habría entrado en esa casa, no le habría lavado los pies con sus lágrimas, no se los habría enjugado con sus cabellos. ¡Qué experiencia habría vivido, qué certeza tendría esa mujer para desafiar de ese modo a los fariseos sentados a esa mesa y a la ciudad entera! Sin una certeza como esa, al final estamos a merced de nuestros comentarios o de los de los demás. En cambio, todos nuestros pensamientos y los de los demás se ven superados por esa mirada que ningún poder de este mundo puede borrar: no es que se eliminen, sino que queda inhibida su capacidad de bloquearnos.

Podemos decir con Von Balthasar que se trata de «una certidumbre que no se apoya en la propia evidencia de la razón humana, sino en la evidencia de la verdad divina revelada: no en un haber-aprehendido, sino en un haber-sido-aprehendido». Esta, insiste el teólogo de Basilea, «es una cuestión vital para la cristiandad actual». Porque la fe solo puede ser creíble para el mundo que nos rodea «si se entiende a sí misma como creíble; o sea, si la fe no se reduce en primera y última instancia a “obtener por verdaderos ciertos enunciados” que se dicen incomprensibles para la razón humana y no hay más remedio que aceptar por pura obediencia a la autoridad cuando, en rigor, la fe conduce al hombre (dejando a salvo la trascendencia de la revelación divina o, más aún, partiendo de ella) a la comprensión

de lo que Dios es realmente y, a través de ella, a su autocomprensión»⁹⁸.

La certeza y la fe de aquella mujer se apoyaban «en la evidencia de la verdad divina revelada» que se manifestaba en la mirada incomparable de Jesús, a través de la cual se sintió afirmada y aferrada totalmente, y en la experiencia de una correspondencia a sus exigencias constitutivas que no había experimentado nunca. Es tan potente esta evidencia de la verdad, resplandece tanto esta «revelación de la gloria divina», insiste Balthasar, que «no necesita de ninguna justificación exterior a sí misma»⁹⁹. La misma conciencia de lo decisiva que es hoy esta evidencia para la credibilidad de la fe caracterizó desde el principio el compromiso educativo de Giussani. «Me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»¹⁰⁰.

3. Un acontecimiento

En Jesús de Nazaret, Dios se ha convertido en uno de nosotros. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»¹⁰¹. Pero para comprender de qué estamos hablando, tenemos que volver necesariamente al inicio y mirar con atención

⁹⁸ H.U. von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. Vol. 1. La percepción de la forma*, op. cit., pp. 126. 130-131.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 131. Cf. DS 3008.

¹⁰⁰ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19.

¹⁰¹ Jn 1,14.

lo que sucedió. Creer que «ya lo sabemos» altera con frecuencia nuestra comprensión. «Porque –pongámonos en los tiempos de entonces–, Jesucristo no era especialmente conocido, no era un nombre que se hubiera vuelto habitual: ¡lo que veían era un hombre!» que caminaba por los caminos, con el que uno se podía encontrar, con el que se podía hablar. Jesús era una presencia contemporánea de la vida de Pedro, de Zaqueo, de la Magdalena. «Al escuchar a aquel hombre se producía un presentimiento nuevo de vida; uno ni siquiera se lo decía a sí mismo, sino que lo sentía». Pues bien, «para Pedro, para Zaqueo o para la Magdalena, hubo una tarde, un día en que aconteció algo que era toda su vida, que fue toda su vida»: se habían topado con aquel hombre y se habían visto aferrados, atraídos por él. Aquel fue el acontecimiento decisivo para ellos. De hecho, en ese hombre «se hace presente lo eterno, la consistencia, el ser, el significado, aquello que merece la pena; se hace presente por fin el objeto para el que está hecha la razón, para el que está hecho el conocimiento, para el que está hecho el yo. ¡Lo que tiene consistencia, lo permanente, la totalidad es un hombre!»¹⁰².

¿Y para nosotros, que venimos dos mil años después? Para nosotros sucede de igual modo, de forma idéntica. Afirmo Giussani dirigiéndose a unos universitarios: «Puede haber sido un instante brevísimo, sutil, el presentimiento de una promesa para la vida, lo que nos haya traído hasta aquí, sin una autoconciencia clamorosa, sin crítica clamorosa. Pero hay un día en nuestra vida en el que tuvo lugar un encuentro que contenía todo el significado, todo el valor, todo lo deseable, todo lo justo,

¹⁰² L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, BUR, Milán 2009, pp. 425-427; la traducción es nuestra.

todo lo bello y todo lo amable. Porque Dios hecho hombre es esto. Y Dios hecho hombre te alcanza con manos, con ojos, con bocas, con la realidad física de una humanidad»¹⁰³. ¿Qué realidad? La de la compañía de los que creen en Él, su cuerpo misterioso. El hombre que dijo: «Yo soy el camino y la verdad y la vida»¹⁰⁴ ha resucitado, es decir, es contemporáneo de cada momento de la historia. «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»¹⁰⁵. ¿Dónde podemos verle? ¿Dónde podemos escucharle? Su presencia aquí y ahora coincide con un fenómeno visible, tangible, concreto, hecho de la gente que ha sido alcanzada por su iniciativa y que lo ha reconocido: es la realidad de la Iglesia. «*La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia*»¹⁰⁶.

«Incluso cuando Jesús estaba en plena actividad terrena, el acontecimiento cristiano asumía una forma que no se identificaba solo con la fisonomía física de su persona sino también con la fisonomía de la presencia de los que creían en él, hasta el punto de que eran enviados por él a llevar sus palabras y su mensaje, a repetir sus gestos portentosos, es decir, a llevar la salvación que era *su* persona»¹⁰⁷.

Cristo es una presencia contemporánea. Darse cuenta de ello implica exactamente la misma experiencia de hace dos mil años –como testimonian las dos cartas citadas y el pasaje de Mencarelli–, es decir, el impacto con la presencia de una humanidad distinta que despierta

¹⁰³ *Ibidem*, p. 426.

¹⁰⁴ Jn 14,6.

¹⁰⁵ Mt 28,21.

¹⁰⁶ Juan Pablo II, Carta encíclica *Veritatis splendor*, 25.

¹⁰⁷ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 43.

un presentimiento nuevo de vida, que impresiona porque corresponde como ninguna otra cosa a la sed estructural de sentido y de plenitud que hay en nosotros. También hoy se trata de la experiencia de un encuentro en el que, como decíamos antes, «se contenía todo significado, todo el valor, todo lo deseable, todo lo justo, todo lo bello y todo lo amable». Así es como nos vemos alcanzados por su Presencia ahora: nos topamos con «algo distinto que atrae porque corresponde al corazón, pasa en consecuencia por la comparación y el juicio de la razón, que suscita el afecto de la libertad»¹⁰⁸.

Para caracterizar la presencia de esta humanidad distinta, Giussani utiliza la palabra «excepcional». Con ella no se refiere a la superioridad de una actuación individual, a algo extraño o a una excentricidad, sino precisamente a la correspondencia a la que nos hemos referido. Algo puede definirse como excepcional cuando corresponde de forma adecuada a la espera original del corazón, por mucho que una persona pueda no tener una clara conciencia de ella. Pero ¿por qué lo «que corresponde» debería llamarse «excepcional»? Porque la correspondencia a nuestras exigencias originales, que debería ser normal, habitualmente no se produce. Hoy podemos entenderlo mejor que nunca: lo tenemos todo, podemos tener acceso a todo, en todos los sentidos, mucho más que antes, incomparablemente más, tanto en términos de relaciones y de cosas como de experiencias, pero no hay nada de todo esto que sea capaz de aferrarnos hasta el fondo, de hacernos experimentar la correspondencia de la que tiene sed nuestro corazón. Por ello,

¹⁰⁸ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 39.

cuando en un determinado encuentro se produce esta correspondencia, ella se presenta como algo excepcional. La presencia, el rostro a través del cual experimentamos esa correspondencia se distingue de los demás justamente por esto. Y decimos: «¡Es excepcional!».

Ahora bien, lo único que puede arrancarnos de la nada es la contemporaneidad de Cristo. La única respuesta adecuada al nihilismo, al vacío de sentido es su Presencia aquí y ahora: una presencia entendida no en términos espiritualistas, abstractamente «ideales», sino carnales, históricos. Cristo no es una idea, un pensamiento, sino un acontecimiento real que irrumpe en mi vida: me encuentro con «algo en cuyo interior hay algo»¹⁰⁹ y que atrae todo mi ser: «Jesucristo, aquel hombre de hace dos mil años, se oculta –o se presenta– bajo el aspecto de una humanidad diferente»¹¹⁰.

Otra carta nos ofrece un vivo testimonio de ello: «No creía que en el umbral de los cincuenta años se pudiese renacer. He vivido cuarenta y siete años convencido de que Jesucristo no era “algo” indispensable para mí. He perseguido durante todos estos años objetivos que no resistían el embate del tiempo: la universidad, mi profesión, la familia. Cada vez que alcanzaba lo que me había propuesto me sentía insatisfecho, y una y otra vez buscaba nuevos objetivos. A pesar de que para la mayoría mi vida parecía bonita, yo tenía la sensación de que me alimentaba de algo que no me saciaba. Todo eso generó en mí una crisis profunda. Me sentía inútil; incluso las relaciones con los

¹⁰⁹ Cf. L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, p. 110.

¹¹⁰ L. Giussani, «Algo que se da antes», en *Huellas-Litterae communionis*, 10/2008, p. 1.

amigos, los compañeros o mis seres queridos empezaban a ser difíciles. Quería estar solo. Un día, en el ámbito del colegio de mis hijos, conocí a una persona que tenía un brillo en los ojos. Él también estaba viviendo un momento complicado por problemas de trabajo, pero tenía un aspecto sereno, seguro de sí mismo, en una palabra, alegre. No sabía qué era lo que le permitía ser así, como tampoco que fuera de CL. Nació entre nosotros una fuerte amistad que me llevaba a desear su compañía. Fuimos juntos de vacaciones con nuestras respectivas familias, y mi curiosidad con respecto a él crecía. Empecé a frecuentar a sus amigos, que también se hicieron amigos míos. Empecé a participar en gestos propuestos por el movimiento. Volví a rezar, a ir a misa, a confesarme. A veces me preguntaba a mí mismo: “¿Por qué lo haces?”, y me respondía: “Porque estoy mejor”. Todavía hoy me sorprendo de esta amistad cuyo origen es el amor por Jesucristo. Antes solo tenía amigos unidos por el trabajo, por la pasión por el mismo deporte o por la conveniencia. Estos tres años me han cambiado, me han mejorado. Las personas que me conocen desde hace tiempo, mis antiguos amigos, mis familiares, mis compañeros, han notado algo distinto en mí. Quizá no es la misma luz que tiene mi amigo en los ojos, pero creo que esporádicamente en mis ojos aparece también algún que otro destello. Quiero estar más en contacto con estos amigos para “recordarnos que Cristo es todo” –como decía don Giussani–, para reconocer a “Aquel que está entre nosotros” y para “ayudarnos a vivir esta conciencia, recordándonosla hasta que sea habitual”¹¹¹».

¹¹¹ L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, p. 209.

Este es el método a través del cual se ha comunicado y siempre podrá comunicarse la fe: un encuentro imprevisible que suscita el deseo y mueve a la persona a verificar la promesa que encierra participando en la vida de la comunidad cristiana. «La Iglesia antigua, después del tiempo de los apóstoles, desarrolló como Iglesia una actividad misionera relativamente reducida, no tenía estrategia alguna para el anuncio de la fe a los paganos y, sin embargo, ese tiempo fue un período de gran éxito misionero. La conversión del mundo antiguo al cristianismo no fue el resultado de una actividad planificada, sino el fruto de la prueba de la fe en el mundo tal como se podía ver en la vida de los cristianos y en la comunidad de la Iglesia. La invitación real de experiencia a experiencia, y no otra cosa, fue, humanamente hablando, la fuerza misionera de la antigua Iglesia. La comunidad de vida de la Iglesia invitaba a la participación en esa vida, en la que se descubría la verdad de la que derivaba esa vida. [...] Solo la relación entre una verdad consecuente consigo misma y la garantía en la vida de esta verdad puede hacer brillar esa evidencia de la fe que espera el corazón humano; solo a través de esta puerta entra el Espíritu en el mundo»¹¹².

Nihilismo / carnalidad: estos son los términos que definen nuestra situación actual; y no solo la de hoy, sino la de siempre, porque el nihilismo del que hablamos no es un fenómeno contingente, es una posibilidad permanente del alma humana, aunque en otras épocas se hayan usado palabras distintas para indicarlo. La respuesta al nihilismo, es decir, a la nada que nos invade y ante la que siempre tenemos la tentación de

¹¹² J. Ratzinger, *Mirar a Cristo*, Encuentro, Madrid 2018, pp. 35-36.

ceder, no viene de meros discursos, de reglas o distracciones, porque no son capaces de atraernos, de conquistar realmente nuestra humanidad. Esto explica la insistencia del papa Francisco sobre el peligro de reducir el cristianismo a gnosticismo o a pelagianismo¹¹³. Al nihilismo, al vacío de sentido, solo puede responder una carne, una mirada encarnada en una monja de ochenta años o en un amigo, ayer igual que hoy. «Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio»¹¹⁴. O experimento hoy una presencia que se tome toda mi humanidad en serio o en el fondo no hay escapatoria, porque ni los discursos, ni la ética ni las distracciones de las que sin embargo disponemos pueden generar esa plenitud que espero desde el fondo de mi ser.

Sin la experiencia de un yo que se ve «aferrado» no hay cristianismo; no hay cristianismo como acontecimiento, es decir, según su naturaleza original, y por tanto no hay posibilidad de que cambie el modo de concebir y de tratar a personas y cosas, no existe *metanoia* ni afecto verdadero. «Para que se le pudiera reconocer Dios entró en la vida del hombre como un hombre, en forma humana, de modo tal que el pensamiento y la capacidad imaginativa y afectiva del hombre se vieron como “atrapados”, imantados por Él. El acontecimiento cristiano tiene la forma de un “encuentro”: un encuentro humano que tiene lugar dentro de la banal realidad cotidiana»¹¹⁵. No hay nada más inteligible para el hombre, nada más fácil de comprender que

¹¹³ Cf. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 94.

¹¹⁴ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 14.

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 37.

un acontecimiento que tiene la forma de un encuentro. Se entiende perfectamente por qué el papa Francisco propone una y otra vez la frase de la *Deus caritas est*: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹¹⁶. Este es el método de Dios, el método que Dios ha elegido para arrancar al hombre –a mí, a ti, a cada uno de nosotros– de la nada, de la imposibilidad de que se cumpla la vida, de la sospecha de que todo termine en la nada, de la desilusión llena de melancolía por uno mismo, de la facilidad para la resignación y la desesperación. «Todo en nuestra vida, hoy como en tiempos de Jesús, comienza con un encuentro»¹¹⁷.

Dios se ha hecho carne y habita en medio de nosotros: esto es el cristianismo. No es ante todo una doctrina, una moral, sino Alguien que está presente aquí y ahora. Lo demás –la doctrina, la moral– viene después. «Aquel que hizo todas las cosas se identificó con la precariedad de una carne, sigue identificándose con ella [todavía], se hace ver y tocar en la precariedad de una carne humana»¹¹⁸, la de gente como tú y como yo; una carne frágil, llena de límites, pero que ha sido aferrada y cambiada. Si el cristianismo nos ha fascinado, si nos hemos vinculado a una cierta realidad, es porque hemos visto personas comprometidas de forma distinta con las cosas de todos, con una alegría y una paz –in-

¹¹⁶ Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 7.

¹¹⁷ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, Plaza de San Pedro, 7 de marzo de 2015.

¹¹⁸ L. Giussani, *La verdad nace de la carne*, Encuentro, Madrid 2020, p. 99.

cluso en el dolor y la dificultad– que hemos deseado para nosotros, con una gratitud y una positividad en la mirada, incluso frente a las circunstancias más difíciles y contradictorias, que nos hemos sorprendido «envidiando»; personas «aferradas», cambiadas por el acontecimiento cristiano –que también para ellos ha tenido la forma de un encuentro–, testigos de una novedad de vida que perturba en sentido humano el ambiente a su alrededor. El origen de tal perturbación se describe en la liturgia ambrosiana: «Haré evidente mi presencia en la alegría de sus corazones»¹¹⁹.

Entonces, observa Giussani, si en Jesús Dios se ha hecho carne, «es necesario vivir en la carne para comprender a Jesús. Es una experiencia lo que nos permite comprender a Jesús. Si Dios, el Misterio, se ha hecho carne, ha nacido de las entrañas de una mujer, no se puede entender nada de este Misterio más que partiendo de experiencias materiales. Si para hacerse entender se ha hecho carne, es necesario partir de la carne». Y también: «Si abandonas la carne, se destruye la paradoja: esta fe ya no interesa a nadie»¹²⁰, se convierte en un discurso, se vuelve abstracta, se convierte en ética, en instrucciones de uso, y deja de atraernos. Solo una experiencia humana te permite descubrir la presencia de Cristo, comprender en qué consiste tu relación con Él.

¹¹⁹ «*Populus Sion, ecce Dominus veniet ad salvandas gentes: et audiat faciet Dominus gloriam laudis suae in laetitia cordis vestri*» (partición del Pan del IV domingo de Adviento, en *Messale ambrosiano. Dall'Avvento al Sabato Santo*, Milán 1942, p. 78).

¹²⁰ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, BUR, Milán 2011, pp. 481, 207; la traducción es nuestra.

4. Para interceptar la verdad basta con una atención sincera

Interceptar la presencia contemporánea de Cristo es fácil. Las presencias que nos atraen, que nos hacen experimentar la correspondencia de la que hemos hablado, son infrecuentes, y por eso es fácil interceptarlas: para Pedro, Zaqueo, la Samaritana o la Magdalena fue fácil. Es fácil, pero no es obvio. También pasaba en tiempos de Jesús. Pensemos en el escándalo, y en la consiguiente repulsa, de los que lo veían ir a casa de Zaqueo.

¿Qué sucedería en Pedro, en Zaqueo, en la Samaritana, en la Magdalena y en los demás que se encontraron con Él para que interceptasen su novedad, su diferencia, su singularidad? Una atención sincera, una mirada abierta. De hecho, «la verdad última es como encontrar una cosa bella en nuestro camino: se la ve y se la reconoce, si se está atento. El problema, por tanto, es de atención»¹²¹. Está al alcance de todos, y eso es liberador, porque despeja el campo de una objeción recurrente que esconde una falta de compromiso con la realidad de la vida: «Yo no soy capaz, no soy inteligente, me faltan los medios para comprender». Para interceptar la verdad basta la atención.

Es verdad que nunca es fácil prestar atención, como escribe Simone Weil: «Hay algo en nuestra alma que rechaza la verdadera atención mucho más violentamente de lo que la carne rechaza el cansancio. [...] La atención consiste en suspender el pensamiento, en dejarlo disponible, vacío y penetrable al objeto»¹²².

¹²¹ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 57.

¹²² S. Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993, p. 70

Pero para dejar que nuestro pensamiento sea penetrable al objeto, para no encerrarnos en nuestra propia medida, para «abrirnos conscientemente a la totalidad de los factores en juego»¹²³, necesitamos una pizca de afecto por nosotros mismos, de interés por el destino de nuestra existencia; es esta pizca, aunque esté en el fondo del alma, lo que nos permite aceptar que somos amados, lo que nos permite «reaccionar» a una presencia que afirma nuestro ser y prestarle atención. Pedro, Zaqueo, la Samaritana, la Magdalena no habían puesto una sordina a su humanidad: en su mirada había una sed, una espera inquieta, incluso sufriente, que la presencia de aquel Hombre había evocado, había hecho resonar abrazándola, correspondiendo a ella.

Ciertamente, esa mirada abierta fue suscitada, provocada en ellos por la presencia excepcional de Jesús, pero ellos tuvieron que secundar esa provocación, esa invitación; en ellos nada sucedió de forma mágica o mecánica (lo que se produce de ese modo es extraño a lo humano).

Para darse cuenta de las presencias que portan una novedad de vida, para interceptarlas, se necesita por tanto una atención, una razón afectivamente comprometida, una humanidad viva. No puede existir atención, apertura de la razón, sin vibración afectiva,

¹²³ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 182. El autor observa: «Por consiguiente, una educación de la libertad para que esté atenta, o sea, para que se abra conscientemente a la totalidad de los factores en juego, y para que sepa aceptar, es decir, para que abraze con franqueza lo que se presenta delante de nuestros ojos, es la cuestión fundamental para poder seguir en la vida un camino humano». Él plantea también el problema esencial de una *educación* de la libertad en la atención.

sin interés. Una mirada atenta es siempre una mirada interesada. «Si una cosa determinada no me interesa, no la miro, y si no la miro, no la puedo conocer. Para conocerla es necesario que ponga mi atención en ella. Atención quiere decir, conforme a su origen latino, “tender a...”. Si algo me interesa, si me impresiona, tenderé hacia ello»¹²⁴.

5. Un reconocimiento que se llama fe

Esta atención es, por tanto, el comienzo del reconocimiento de la naturaleza de lo que tenemos ante nosotros. De hecho, cuando interceptamos la presencia de una humanidad distinta –dondequiera y cuandoquiera que suceda–, es difícil suprimir una pregunta acerca de la naturaleza de lo que vemos. Frente a la presencia de Jesús, en las personas que lo escuchaban hablar o que lo veían actuar, nacía la pregunta: «¿Quién es este?» . Una pregunta extraña. Lo que la suscitaba era su diferencia irreductible. «Saben de dónde viene, conocen a su madre y a sus parientes, lo saben todo de Él y, sin embargo, es tan desproporcionado el poder que aquel hombre demuestra, es tan grande y tan diferente en su personalidad, que también aquella pregunta tiene un sentido distinto: ¿Quién es este, entonces?»¹²⁵.

La misma pregunta nace hoy en nosotros frente a la presencia de personas con las que nos hemos topado, a las que hemos conocido y frecuentado, con las que ha na-

¹²⁴ *Ibidem*, p. 39.

¹²⁵ Cristo, la compañía de Dios al hombre – Cartel de Pascua, 1982, Comunión y Liberación.

cido una amistad: «¿Quién eres? ¿Por qué eres así?». Estas preguntas surgen por la excepcionalidad de su presencia, una excepcionalidad que se vuelve evidente en nuestra experiencia. Es así como se comunica el cristianismo, ahora al igual que entonces. Lo expresaba muy bien la última carta que hemos citado. De hecho, el surgimiento de la pregunta es sintomática del mismo «problema exorbitante» que se les planteó a las personas que tuvieron que ver con Jesús. Como observa el papa Francisco, «el testimonio suscita admiración, y la admiración suscita preguntas en quien lo ve. Los demás se preguntan: ¿por qué es así esta persona? ¿De dónde le viene el don de esperar y de tratar a los demás según la caridad?»¹²⁶.

¿Te miran todos con la misma ternura? ¿Te miran todos con la misma gratuidad? ¿Te miran todos con la misma pasión por tu destino? ¿Da todo igual? Por ello, cuando uno se encuentra delante de una diferencia incomparable –como se ha encontrado el escritor Mencairelli delante de la monja– no puede dejar de preguntarse: «Pero ¿quién es este?». A partir de aquí, de este impacto que provoca asombro, que suscita una pregunta que no se puede eliminar, empieza ese recorrido de conocimiento, de reconocimiento, que se llama fe.

Contemplemos cómo se despliega este recorrido en los primeros que conocieron a Jesús. Tratemos de identificarnos con una de las muchas escenas del Evangelio, para medirnos con la dinámica cognoscitiva que brota de ese relato. Jesús se marcha con sus discípulos a la región de Cesarea. En un momento dado, mientras van por el camino, se detiene y les pregunta: «¿Quién dice

¹²⁶ Francisco, *Senza di Lui non possiamo far nulla*, LEV, Ciudad del Vaticano 2019, p. 37; la traducción es nuestra.

la gente que es el Hijo del hombre?». Pillados un poco por sorpresa, tratan de dar alguna respuesta: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». En ese momento, la pregunta se torna directa y personal: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». El primero en responder es Pedro, con esa forma impulsiva de reaccionar tan suya: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo»¹²⁷. ¿Cómo puede pronunciar esas palabras? Pedro no dice algo que ha pensado él, algo a lo que ha llegado él con la capacidad de su razón; repite lo que ha escuchado decir al mismo Jesús. No son palabras suyas, conquistas suyas. ¿Cómo puede repetirlas? ¿Qué es lo que hace que sea plenamente razonable repetirlas, aunque no posea completamente su significado? La certeza que Pedro ha alcanzado sobre ese hombre, la experiencia que tiene de la relación con él, hasta el punto de que le resulta evidente que «si no puedo fiarme de este hombre, ¡no puedo fiarme ni de mí mismo!».

6. Libertad y confianza

¿Por qué podía Pedro fiarse de Jesús («si no creemos a este hombre no podemos fiarnos ni siquiera de nuestros ojos»)? ¿Por qué debía hacerlo? Es preciso subrayar que estamos más capacitados para tener certeza sobre otro cuanto más atentos estamos a su vida. ¿Quién pudo comprender que había que confiar en Jesús? Las personas que le siguieron y estuvieron con Él, no la muchedumbre que iba para ser curada pero que no asumía una implicación vital. Solo en la convivencia

¹²⁷ Cf. Mt 16,13-19.

y la compartición se pueden acumular los signos necesarios para alcanzar certeza sobre otro, hasta el punto de llegar a decir de forma plenamente razonable: «Me puedo fiar de él».

Pero la inteligencia de los signos, su interpretación, exige la libertad. Los signos no «imponen» la conclusión a la que, sin embargo, conducen. «La libertad se pone en juego a sí misma en ese terreno que llamamos signo. [...] El signo es un acontecimiento que hay que *interpretar*»¹²⁸. Por ello, frente a la misma persona de Jesús, se daban entre la gente distintas interpretaciones. Frente a los signos sale a la luz la libertad¹²⁹.

Para muchas personas, la presencia de la libertad representa una objeción, se percibe como algo que lastra la vida o que debilita la verdad de la conclusión a la que se llega.

En el intento de aclarar a un joven amigo mío que no solo no nos podemos ahorrar la libertad, sino que constituye un bien para nosotros, le propuse un ejemplo. «Imagínate –le dije– que, después de unos años de relación con tu novia y de muchos signos del bien que sois uno para otro, tú decides preguntarle explícitamente si quiere casarse contigo. Al hacerlo, seguramente sentirás una gran inquietud, ¿no?». Me respondió: «Creo que sí ». «¿Cómo es posible –replico yo– si para ti ya está todo claro?». «Porque me puede decir que no», afirmó enseguida. «Por tanto, tú estarías inquieto porque no sabes si todos esos signos le bastan a tu novia para decirte que sí, porque estás expuesto a “su” interpretación de los signos, es decir, a su libertad. ¿Es así?». «Sí», me confirmó. En ese momento le pregunté:

¹²⁸ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 177.

¹²⁹ Sobre la libertad en el acto de fe, cf. DS 3035.

«¿Preferirías que fuese todo mecánico, automático, de modo que no tuvieras que correr el riesgo de su libertad, que pudieras ahorrarte la inquietud, o te gustaría, corriendo el riesgo, que te dijese que sí libremente?». Y él: «Sin duda, preferiría que me lo dijese libremente». Añadí: «¿Y tú crees que Dios tiene un gusto distinto del tuyo? También Dios prefiere que uno le diga que sí libremente». Nos lo recordaba el papa Francisco: «¿Cómo actúa Jesús? [...] Él respeta, respeta nuestra propia situación, no se adelanta. [...] El Señor no acelera el paso, siempre va a nuestro ritmo [...] espera a que demos el primer paso»¹³⁰. Esto no significa que Él no nos dé signos, todos los signos que necesitamos, pero seguimos siendo libres frente a ellos. Dios nos ha creado libres y se ha sometido de algún modo a la decisión de nuestra libertad, porque no hay comparación entre un «sí» pronunciado libremente por el hombre y una aquiescencia carente del ejercicio consciente de la libertad. Y concluía mi conversación con este joven: «Si no fuese el fruto de su libertad, su “sí” no provocaría en ti explosión alguna de alegría».

¡Qué decisivo es darnos cuenta de que nuestra libertad no es una complicación, sino un don!

La libertad está implicada por tanto en esa interpretación de los signos que nos permite alcanzar con plena razonabilidad la certeza de que me puedo fiar de otro. Gracias a esta confianza Pedro hizo suyas las palabras que había escuchado decir a Jesús. La fe no es lanzarse al vacío, no es un acto realizado de forma irracional. «La fe es reconocer como verdadero lo que una Presencia histórica dice de sí misma». «Un Hombre dijo de sí una

¹³⁰ Francisco, *Homilía en Santa Marta*, 26 de abril de 2020.

cosa que otros aceptaron como verdadera y que ahora, por el modo excepcional en que me alcanza todavía a mí aquel Hecho, acepto yo también. Jesús es un hombre que dijo: “Yo soy el camino y la verdad y la vida” [...] Estar atentos a lo que hacía y decía aquel hombre, tanto como para llegar a decir: “Yo creo a este», unirse a su Presencia afirmando que es verdad lo que decía: esto es la fe. La fe es un acto de la razón movida por el carácter excepcional de una Presencia que lleva al hombre a decir: “Este que habla es veraz, no dice mentiras, acepto lo que dice”¹³¹. Como dice el Catecismo, «“creer” entraña, pues, una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que la atestigua»¹³².

La fe es el reconocimiento de «algo» –la presencia de lo divino en lo humano– que va más allá de la capacidad que tiene la razón de aferrarlo, que la razón por sí sola no podría definir, y sin embargo es un reconocimiento plenamente razonable, que explica lo que tengo delante de mis ojos, la experiencia que vivo. Observa Balthasar que existe una «unión entre la fe y la experiencia del cumplimiento»¹³³.

«Tener la sinceridad de reconocer, la sencillez de aceptar y el afecto para apegarse a semejante Presencia: eso es la fe. Sinceridad y sencillez son palabras análogas. Ser “sencillos” quiere decir mirar a las cosas de cara, sin introducir factores extraños tomados de fuera. [...] Es necesario [...] mirar al acontecimiento, a los hechos, con sencillez; es decir, hay que mirar un

¹³¹ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 36.

¹³² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 177.

¹³³ H.U. von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. Vol. 1. La percepción de la forma*, op. cit., p. 125.

acontecimiento por lo que dice, por lo que comunica a la razón, al corazón, sin introducir para valorarlo factores extraños que no tienen nada que ver con él»¹³⁴. Puede decirse que la sencillez es someter la razón a la experiencia sin introducir nada extraño a ella. Tenemos grabado en la memoria el modo con el que Giussani habló de ello delante del Papa en la plaza de San Pedro en 1998: «Era una sencillez de corazón lo que me hacía sentir y reconocer como algo excepcional a Cristo, con esa certeza inmediata que produce la evidencia indiscutible e indestructible de ciertos factores y momentos de la realidad que, cuando entran en el horizonte de nuestra persona, nos golpean hasta el fondo de nuestro corazón»¹³⁵.

¹³⁴ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 42.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 14.

CAPÍTULO 4

UN CAMINO QUE DURA TODA LA VIDA

Una vez que se ha producido el encuentro, después de haber tenido la experiencia de ser atraídos, «atrapados» por una presencia con una humanidad distinta en la que hemos reconocido –cada uno según sus tiempos y su historia– la presencia de Cristo aquí y ahora, al haber empezado a ver sus frutos en nuestra vida, nos puede parecer que hemos llegado y que entonces podemos dejar de caminar.

Debemos rendirnos al hecho de que las cosas no son así. El encuentro, que se renueva y sucede una y otra vez, abre continuamente un camino que no podemos dejar de recorrer. «Este “dato” que de algún modo ha irrumpido, se convierte en el punto de partida de un *camino* [...]. Lo que se nos ha dado se convierte en el punto de partida de una búsqueda, de una labor continua que no es en absoluto una dinámica de posesión, sino el trabajo fatigoso de un deseo que nunca dejará de aprender»¹³⁶.

1. La necesidad de un camino

En cuanto nos detenemos creyendo que poseemos lo que se nos ha dado, el peso y la aridez invaden nuestros

¹³⁶ M. De Certeau, *Mai senza l'altro*, Qiqajon - Comunidad de Bose, Magnano (Bi) 1993, pp. 26-27; la traducción es nuestra.

días. En lugar de un florecimiento, sorprendemos en nuestras manos hierba seca. Vemos de nuevo la nada infiltrarse en el tejido de nuestro tiempo y nos quedamos sorprendidos, desilusionados. ¿Cómo es posible semejante aridez? En esos momentos sentimos más nuestras que nunca las palabras de Ety Hillesum: «Mi corazón estaba como atascado, no fluía nada, todos los canales de desagüe estaban otra vez anegados, y mi cerebro se encontraba atorado como una pesada tuerca»¹³⁷.

¿Qué nos sucede? Lo que Ratzinger dice de san Agustín: «Cuando se convirtió en el jardín cerca de Cassiciaco, Agustín comprendía la conversión todavía según el esquema del venerado maestro Plotino y de los filósofos neoplatónicos. Creía que la vida pasada de pecado ya estaba definitivamente superada; el converso sería de ahora en adelante una persona completamente nueva y distinta, y su camino posterior consistiría en una subida continua hacia las alturas cada vez más puras de la cercanía de Dios, algo como lo que describía Gregorio de Nisa en *De vita Moysis*: “Al igual que los cuerpos, que en cuanto reciben el primer impulso hacia abajo, incluso sin empujes posteriores, se hunden por sí mismos... Así pero en sentido contrario, el alma que se ha liberado de las pasiones terrenas se eleva constantemente por encima de sí misma con un veloz movimiento ascensional... En un vuelo que apunta siempre hacia lo alto”»¹³⁸. Incluso sin haber usado nunca estas palabras, también nosotros, quizá sin prestar

¹³⁷ E. Hillesum, *Diario. Una vida conmocionada*, op. cit., p. 42.

¹³⁸ J. Ratzinger, *Discurso del card. Joseph Ratzinger con motivo del centenario de la muerte del card. John Henry Newman*, Roma, 28 de abril de 1990; la traducción es nuestra.

mucha atención, concebimos lo que nos ha sucedido –el encuentro, la «conversión»– según esquemas que hemos tomado prestados de otros sitios que están lejos de lo que vivimos. «Pero la experiencia real de Agustín era bien distinta: él tuvo que aprender que ser cristiano significa ante todo recorrer un camino cada vez más trabajoso lleno de altibajos. La imagen de la ascensión fue sustituida por la del *iter*, un camino de cuyas asperezas y dificultades nos consuelan y sostienen los momentos de luz que podemos recibir de vez en cuando. La conversión es un camino, un recorrido que dura toda la vida. Por eso la fe es siempre *desarrollo*, y por eso mismo maduración del alma hacia la Verdad, que “es más íntima que nuestra propia intimidad”»¹³⁹.

Ratzinger formula estas observaciones con motivo del centenario de la muerte de John Henry Newman, para subrayar esa concepción distinta y más verdadera de la conversión propia del cardenal inglés, ahora santo: «Newman expuso en la idea del desarrollo su propia experiencia personal de una conversión nunca acabada, y de este modo nos ofreció la interpretación no solo del camino de la doctrina cristiana, sino también de la vida cristiana. Creo que el signo característico de un gran doctor de la Iglesia es lo que enseña no solo con su pensamiento y sus discursos, sino también con su vida, ya que en él pensamiento y vida se compenetran y se determinan recíprocamente. Si esto es verdad, entonces Newman pertenece verdaderamente a los grandes doctores de la Iglesia, porque él, al mismo tiempo, toca nuestro corazón e ilumina nuestro pensamiento»¹⁴⁰.

¹³⁹ *Ibidem.*

¹⁴⁰ *Ibidem.*

Tenemos que conservar y hacer que fructifique la preciosa contribución contenida en este pasaje de Ratzinger: «La conversión es un camino, un recorrido que dura toda la vida»; «la fe es siempre *desarrollo*». Estas palabras resuenan en Péguy, con su prosa apremiante: «Nada de lo que adquirimos lo adquirimos para siempre. Y esta es la condición misma del hombre. Y es la condición más profunda del cristiano. La idea de una adquisición eterna, la idea de una adquisición definitiva y que ya nunca será contestada es lo más contrario que puede haber al pensamiento cristiano. La idea de un dominio eterno y definitivo y que ya no será puesto nunca en discusión es lo más contrario que hay al destino del hombre en el sistema del pensamiento cristiano»¹⁴¹. Incluso el bautismo, que introduce algo definitiva e irreductiblemente nuevo en nosotros, marcando una línea divisoria entre lo de antes y lo de después, no es sino un inicio: el inicio de la lucha que Cristo realiza para conquistar, como *vir pugnator*, nuestra existencia, para «impregnarla» y de este modo cumplirla. Con el bautismo, «que llama al hombre a comprender y aceptar que forma parte del acontecimiento de Cristo» –el bautismo, en la Iglesia, «aparece siempre ligado a la fe: [...] los Apóstoles y sus colaboradores» lo ofrecen «a quien crea en Jesús»¹⁴²–, «nace un hombre distinto, un pueblo diferente»¹⁴³.

Pero este «inicio, fechado en el tiempo, puede verse sepultado bajo una espesa capa de tierra o enterrado

¹⁴¹ Ch. Péguy, «Nota congiunta su Cartesio e sulla filosofia cartesiana», en Id., *Cartesio e Bergson*, Milella, Lecce 1977, pp. 254-255; la traducción es nuestra.

¹⁴² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1226.

¹⁴³ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 76.

en una tumba de olvido e ignorancia», como les pasa a muchas personas. Al encontrar «una compañía cristiana viva»¹⁴⁴ tomamos conciencia del alcance del bautismo, sorprendemos sus frutos en nuestra vida. Y al pertenecer a la vida de esta compañía se desarrolla en nosotros la gracia bautismal.

De nuevo, esto implica un camino. De hecho, incluso quien ha sido elegido, aferrado a través del gesto del bautismo puede «hundirse en el océano fangoso del mundo: cediendo a la desmemoria, no viviendo esa memoria que es la conciencia de la presencia de Cristo»¹⁴⁵.

Por tanto, un camino que no se interrumpe. Pero la evidencia de que la conversión es un camino que dura toda la vida, de que la fe es siempre un desarrollo, puede inducirnos a ceder a una tentación, casi sin darnos cuenta: la de cambiar de método, es decir –frente a la vida, a sus exigencias, a sus desafíos personales y sociales– sustituir el encuentro por otra cosa. Es decir, la tentación es dar por descontado el acontecimiento, dar por descontada la fe y centrarnos en otra cosa: buscamos el cumplimiento de nuestra vida en otro sitio y no en el acontecimiento que nos ha atraído. Por eso escribe Giussani: «“Acontecimiento” es [...] la palabra más difícilmente comprendida y aceptada por la mentalidad moderna y, en consecuencia, también por todos y cada uno de nosotros. [...] Lo más difícil de aceptar es que sea un acontecimiento lo que nos desvela a nosotros mismos, la verdad de nuestra vida, nuestro destino, lo que

¹⁴⁴ *Ibidem*, pp. 76-77.

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 79.

despierta en nosotros la esperanza y la moralidad»¹⁴⁶. Terminamos así buscando refugio y apoyo en algo que hemos pensado y hecho nosotros, que en nuestra opinión –aunque se mantenga implícito– sería más capaz de atacar la nada que nos rodea y que se insinúa en nosotros. Pero ¿por qué decaemos y, después de la fascinación inicial, nos vemos envueltos en una lucha que a veces nos agota? ¿Por qué cambiamos de método? Hay que hacer una primera observación. La decisión de centrarnos en lo que nos parece más controlable por nosotros y también más capaz de realizarnos, en vez de en el encuentro, es fuertemente promovida y facilitada, aunque casi siempre de forma no manifiesta, por la mentalidad que nos rodea y nos impregna. «Estamos inmersos en una realidad “mundana”, contraria a lo que nos ha sucedido: esa realidad necesita el advenimiento de Cristo, necesita que se dé testimonio y se viva ese acontecimiento ante ella, pero su conciencia y su afecto son radicalmente extraños y están en oposición con la nueva personalidad, con la “criatura nueva” a la que Cristo da comienzo»¹⁴⁷. La contradicción entre la novedad introducida por el acontecimiento de Cristo y el contexto histórico en el que nos hallamos desafía continuamente al cristiano, al bautizado. ¿Cómo se puede no sucumbir? Solo gracias a la presencia concreta y continua del Misterio hecho carne, que se hace experimentable a través de una realidad cristiana viva.

Lejos de esta presencia concreta y continua de Cristo, que nos implica mediante una preferencia humana («Zaqueo, baja enseguida del árbol que tengo que ir a

¹⁴⁶ *Ibidem*, 32-33.

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 79.

tu casa»), cada uno de nosotros, aunque haya recibido el bautismo y se haya topado en un momento determinado con la compañía de la Iglesia, se queda solo frente a sus antojos, a merced de las fuerzas y de los halagos del poder, de las imágenes de cumplimiento que le suministra cada día el ambiente y que consciente o inconscientemente hace suyas.

Sin embargo, prestemos atención: aunque es verdad que sin un vínculo presente con la compañía constante de Cristo a través de los rostros humanos de los que se sirve, es difícil, si no imposible, no sucumbir a la mentalidad que nos rodea, es igualmente verdad que estar inmersos en una compañía cristiana viva no nos previene automáticamente del riesgo de ceder a la tentación de sustituir el acontecimiento que hemos encontrado por otra cosa, de poner nuestra esperanza en otra cosa, de volver a imaginar el camino de la plenitud a partir de nuestros propios recursos. Se trata de una tentación que está presente hoy al igual que lo estaba al inicio, y lo estará durante toda la historia, y en el fondo el «pecado» consiste en ceder a ella. Lo observa a su manera María Zambrano, volviendo su mirada al origen: «Si nos atenemos al relato sacro del Génesis, [Adán] sucumbió a la seducción prometedora del futuro: “Seréis como dioses”, no en apetencia de felicidad, sino saliendo por el contrario de la felicidad que le inundaba para ir a buscar una creación propia, de algo que él hiciera, y no tener que contemplar lo que se le ofrecía, para huir de la pura presencia de los seres cuyo nombre conocía, mas no su secreto»¹⁴⁸.

¹⁴⁸ M. Zambrano, *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona 2002, pp. 66-67.

Cada uno estamos llamados a ver lo que sucede en la vida personal o comunitaria cuando secundamos la tentación de sustituir la novedad que ha generado el Misterio que se ha hecho carne por una creación que es solo nuestra, por algo que hemos hecho nosotros.

2. La tentación de la afirmación de uno mismo

Una mirada a la historia que ha surgido del carisma donado a don Giussani puede resultar muy valiosa para comprender los factores que entran en juego en el camino cristiano.

En determinado momento histórico, en los años posteriores a 1968, en medio de las continuas presiones procedentes del contexto cultural, social y político que, en algunos aspectos, son similares a las que se producen hoy, Giussani describió de forma precisa la tentación de la que estamos hablando. Nos hallamos en 1975, pero las observaciones que él dirige a un grupo de adultos de Milán reunidos en la sala del Conservatorio para la acostumbrada Jornada de apertura de curso¹⁴⁹ sirven tal cual para la situación actual. Giussani denuncia en la realidad del movimiento de CL un «decaimiento» – un empobrecimiento de la experiencia, una confusión, una pesadumbre– y lo atribuye a «una carencia de método, una carencia de atención». ¿Cómo entender esta carencia de método y de atención? «Es como si se diera

¹⁴⁹ Se refiere al tradicional encuentro de apertura de curso de los seguidores del movimiento de Comunión y Liberación después de la pausa estival.

por descontado el fondo de la cuestión, la raíz de la que crece todo, la fuente de la energía y de la inteligencia; ya no es alimentada, no es cuidada, ya no es ayudada con atención y voluntad, y por ello es como si lentamente tendiese a desvanecerse, a volverse abstracta. En una vida como la cristiana, ¡ay de quien da por descontado, del modo que sea, aquello que es el origen continuo de nuestro rostro, de nuestra personalidad, de nuestra luz y nuestra fuerza!»¹⁵⁰. Cuando damos por descontada la fuente, es decir, el acontecimiento que nos ha sucedido, este se transforma en un *a priori* que se guarda en un cajón; se presupone el acontecimiento y después se afronta la realidad partiendo de nuestros propios proyectos y de nuestras interpretaciones. El acontecimiento sobrevive como categoría conocida e incluso usada, pero no como raíz vital de conocimiento y de acción. Nuestros movimientos no toman su origen del acontecimiento cristiano, ni buscamos en él la satisfacción, es decir, la correspondencia a las exigencias originales del corazón; esta correspondencia la buscamos en nuestras realizaciones, en nuestra capacidad de construir, en la afirmación de nosotros mismos. Así se produce –insensiblemente– el cambio de método a que nos referíamos más arriba.

Por ello, Giussani identifica la carencia de método y de atención en el «grave predominio de la expresividad, de la búsqueda de esa expresividad tanto personal como colectiva», en perseguir «una expresividad entendida de forma instintiva. Sentimos la exigencia de que se vean satisfechos los instintos, exigencias, necesidades que abarrotan nuestra vida personal y que se reflejan en la vida colecti-

¹⁵⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975; la traducción es nuestra.

va, privilegiando esto de forma peligrosa sobre el punto que constituye el continuo alimento de nuestro camino humano cristiano». Prevalece en definitiva la búsqueda de una expresividad propia en detrimento de ese acontecimiento que ha entrado en la vida y que, sin embargo, se ha revelado como origen de una novedad humana, de una inteligencia y una afectividad nuevas.

¿Cuál es la raíz del problema? Giussani responde sin dudar: la afirmación de uno mismo como finalidad y horizonte último de la acción. «El valor que perseguimos al ir a la iglesia o a luchar en una fábrica, en la escuela o la universidad, cuando estamos solos o cuando estamos juntos, es la afirmación de nosotros mismos según un cierto aspecto que nos interesa (ya sea la afectividad, el gusto y la curiosidad cultural, una habilidad propia que se quiere expresar o la pasión social y política). Este es el punto central de la cuestión: creo que el valor que estamos persiguiendo, individualmente y juntos, se define principalmente por la necesidad de afirmarnos, por la pretensión y el ansia de afirmarnos en lo que nos interesa, en lo que sentimos como interesante para nosotros»¹⁵¹. Giussani, es preciso señalarlo, no está hablando a personas que hayan decidido seguir otros caminos, sino a personas que se han implicado con la experiencia cristiana que él mismo ha suscitado y que invierten tiempo y energías de forma generosa en los distintos

¹⁵¹ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975. En este sentido, Tolstoi nos brinda una ingeniosa paráfrasis del Evangelio: «*Buscad [...] en primer lugar el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura*. Y nosotros, en cambio, vamos buscando todo *lo demás* y, claramente, no lo encontramos» (L. Tolstoi, *Resurrezione*, op. cit., p. 573; la traducción es nuestra).

ámbitos de su compromiso. Esto es lo que hace todavía más interesante su observación, ya que no se refiere a «los demás», sino a «nosotros», es decir, a personas que viven la propuesta cristiana que les ha atraído.

En su último libro recién publicado, Giussani aclara cuál es el punto crítico en el marco de una alternativa: «En vez de afirmar el ser, la realidad en su verdad íntegra, completa, en su destino total, exhaustivo, estamos determinados por la preocupación de afirmarnos a nosotros mismos». Y prosigue: «Ponemos la esperanza en un proyecto nuestro: esto es el pecado, poner la esperanza en un proyecto nuestro»¹⁵². Y esta es nuestra tentación permanente. Debido a una extraña y profunda debilidad, y a la vez a una presunción a la que cede, el hombre, es decir, cada uno de nosotros, se separa de lo que le permite vivir, lo da por descontado –que es una forma de negarlo– y se afirma a sí mismo. Se centra en sí mismo y «pone su atención y su deseo en aspectos particulares y limitados. El plan original, aquello para lo que ha sido creado el hombre, se ha visto alterado por el uso arbitrario de la libertad: los hombres tienden así a cosas parciales que, desconectadas de la totalidad, se identifican con la finalidad de la vida. La experiencia que tenemos diariamente es que los hombres tienden a identificar la totalidad de la vida con cosas parciales y limitadas. Y salir de esta parcialidad no está en nuestras manos: ninguno de nosotros logra por sí solo recuperar una mirada verdadera sobre la realidad»¹⁵³.

¹⁵² L. Giussani, *Un avvenimento nella vita dell'uomo*, BUR, Milán 2020, pp. 187, 27; la traducción es nuestra.

¹⁵³ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 33-34.

Sin embargo, perseguir la afirmación de nosotros mismos no conduce a la plenitud y a la satisfacción que parece prometernos, no nos libera de la nada. Nuestros discursos y esfuerzos son intentos insuficientes, estériles, como hemos observado. Más aún, a pesar de todo nuestro empeño, «aumenta la insatisfacción de forma desmedida»¹⁵⁴. En el pecado está la penitencia, esa que Dante denomina «pena del contrapaso», por la que «uno es castigado precisamente a través del error que comete». De hecho, la «búsqueda de la afirmación de uno mismo, en uno u otro aspecto particular que más nos interese, siempre da como resultado un malestar mayor. Y esta actitud, que privilegia la afirmación de uno mismo, el gusto de sentirse expresado, el gusto de la propia expresividad, lo arruina todo»¹⁵⁵.

Nunca como en estos tiempos del coronavirus hemos visto el límite de un cierto modo de estar en la realidad y lo patético que es poner la esperanza en nuestra propia expresividad. Escribe Graham Greene: «La autoexpresión es algo cruel y egoísta. Lo devora todo, también al Yo. Al final uno descubre que ni siquiera tiene un Yo que expresar. Ya no hay nada que me interese»¹⁵⁶. «Quien está centrado en sí mismo, en

¹⁵⁴ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975. Escribe Dostoievski en *Los hermanos Karamazov*: «Ahora cada individuo quiere experimentar en sí mismo la plenitud de la vida, aunque lo único que alcanza con todos sus esfuerzos, en vez de su plenitud, es un suicidio, porque cae en un aislamiento absoluto en lugar de procurarse la total definición de su ser» (F. Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, Cátedra, Madrid 2001, p. 476).

¹⁵⁵ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

¹⁵⁶ G. Greene, *Un caso bruciato*, Mondadori, Milán 1984, p. 78; la traducción es nuestra.

su bondad o inteligencia, en su ansia o convencimiento de tener razón, termina por no percibir ya la realidad en su inagotable y misteriosa alteridad. De este modo, el único entusiasmo que se puede experimentar en la vida es el de tener razón, el de quedar satisfecho; ciertamente no es la sorpresa por lo que sucede, por la realidad que habla a la persona, por la gracia del ser»¹⁵⁷. Estar centrados en nosotros mismos nos vuelve sordos a la realidad, a su inagotable y misteriosa alteridad, transforma la vida en una burbuja asfixiante.

Aquello de lo que creemos que vamos obtener la satisfacción nos lleva al nihilismo; privilegiar el gusto por la propia expresividad lo arruina todo, es decir, lo reduce a cero. ¿Por qué? Porque va contra la ley del cumplimiento humano. «La ley de la vida es la que dijo el Señor: “Quien se busca a sí mismo se pierde y quien acepta perderse se encuentra. Quien acepta perderse por Mí se encuentra”. Este es el concepto de “conversión”»¹⁵⁸.

3. Conversión. Recuperar continuamente la fe

He aquí entonces la alternativa que indica Giussani: «No expresión de uno mismo, sino conversión de uno mismo. No expresión pública, cultural o política del mo-

¹⁵⁷ L. Giussani, *Un avvenimento nella vita dell'uomo*, op. cit., p. 139. En la misma línea, escribe De Lubac: «Se cree uno lúcido, y no discierne ya lo esencial. No sabemos descubrir las mil invenciones, recientemente nacidas quizá muy cerca de uno mismo, del Espíritu, siempre semejante a sí mismo y siempre nuevo» (H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, op. cit., p. 309)

¹⁵⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

vimiento, sino conversión del movimiento. ¡Esta es la palabra! Esta es la conversión a la que, dentro del diseño de Dios y según sus tiempos, se le asegura también el premio de Dios en este mundo –como proclamaron para Israel todos los profetas, a condición de que permaneciera fiel–: “Todos los pueblos vendrán a ti”¹⁵⁹.

Es la «conversión» al acontecimiento de Cristo lo que asegura el «premio», el ciento por uno aquí –en todos los sentidos, también como incidencia histórica–, no la pretensión de un proyecto propio, la búsqueda afanosa de una expresividad propia, de la afirmación de uno mismo. Pero este es precisamente el punto en el que resbalamos: como la fe, el encuentro, nos parece muchas veces demasiado frágil y no nos parece suficiente para poder obtener la satisfacción y la incidencia que deseamos, a la que aspiramos, tal como la imaginamos, entonces dejamos atrás el acontecimiento y nos centramos en nuestra iniciativa. Tolstoi percibe esta actitud y sus consecuencias: «Pensaba [...] que creía, pero mientras, con todo su ser [...] tenía conciencia de que esta fe era algo absolutamente “inadecuado”. Y esto era lo que hacía que sus ojos estuvieran siempre tristes»¹⁶⁰.

Ahora bien, si Dios, el significado de todo, se ha hecho hombre, y si este acontecimiento permanece en la historia y sigue siendo contemporáneo de la vida de

¹⁵⁹ *Ibidem*. A propósito de esto observa De Lubac: «Cuando solo se ven en la Iglesia sus méritos humanos, cuando no se ve en ella más que un medio, por muy noble que se lo conciba, con vistas a un fin temporal, cuando no se sabe ya descubrir, aunque se siga siendo vagamente creyente, en primer lugar un misterio de fe, no se la comprende ya de ninguna manera» (H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, op. cit., pp. 238-239).

¹⁶⁰ L. Tolstoi, *Resurrezione*, op. cit., pp. 368-369; la traducción es nuestra.

cada uno de nosotros, para el hombre que lo reconoce todo debería girar en torno a él. «El encuentro con el que empezó nuestro camino tiene las mismas características: es definitivo y totalizador, de modo que todos los aspectos particulares de la historia que vivimos forman parte de él». Cristo tiene que ver con toda la vida y con todas sus implicaciones concretas. «El contenido de la fe –Dios hecho hombre, Jesucristo muerto y resucitado– que aparece en el encuentro y, por tanto, en un punto de la historia que cada uno de nosotros vive, abarca y abraza todos sus momentos y aspectos, que se ven metidos como por un torbellino dentro de ese encuentro y afrontados necesariamente desde su punto de vista, conforme al amor que brota de él, de acuerdo con su posible utilidad para nuestro destino y para el destino del hombre que nos surge»¹⁶¹.

Para recalcar este carácter totalizador Giussani se sirve de la diferencia entre ámbito y forma.

«El encuentro que tuvimos, por su propia naturaleza totalizador, se convierte con el tiempo en la forma que adquieren todas mis relaciones, la forma verdadera en que miro la naturaleza, en que me miro a mí mismo, a los demás, todas las cosas. Un encuentro, si es totalizador, se traduce en una forma y no solamente en un ámbito nuevo de relaciones: no provoca simplemente una compañía entendida como lugar de relaciones, sino que establece la forma en que estas se conciben y se viven»¹⁶². Esto significa que la mirada hacia cualquier aspecto particular de la realidad, hacia cualquier plie-

¹⁶¹ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 41.

¹⁶² *Ibidem*.

que de la existencia, se ve plasmada por ese encuentro. Se puede vivir todo con una intensidad y una dignidad inesperadas, incluso cuando uno se encuentra en una situación de opresión. No es «literatura», es experiencia vivida. Escribe Etty Hillesum, sentada en un banco de madera en el campo de concentración de Westerbork: «Aquí se aprende muchísimo. Por ejemplo, que la vida es bastante distinta de como se la describe en los libros de historia, y que vivir es un bien en cualquier sitio, incluso detrás de la alambrada y dentro de cabañas por las que se cuele el aire, con tal de que se viva con el amor necesario a los demás y a la vida»¹⁶³.

En el fondo muchas veces, casi sin confesárnoslo a nosotros mismos, el pensamiento que domina en nosotros es un escepticismo en cuanto a la incidencia del encuentro y de la fe, en cuanto a la eficacia de la iniciativa del Misterio en el mundo. El método «discreto» de Dios, como lo define Benedicto XVI, nos parece demasiado discreto. «Es propio del misterio de Dios actuar de manera discreta. Solo poco a poco va construyendo *su* historia en la gran historia de la humanidad. Se hace hombre, pero de tal modo que puede ser ignorado por sus contemporáneos, por las fuerzas de renombre en la historia. Padece y muere y, como Resucitado, quiere llegar a la humanidad solamente mediante la fe de los suyos, a los que se manifiesta. No cesa de llamar con suavidad a las puertas de nuestro corazón y, si le abrimos, nos hace lentamente capaces de “ver”. Pero ¿no es este el estilo divino? No arrollar con el poder

¹⁶³ E. Hillesum, *Lettere*, Adelphi, Milán 2013, pp. 182-183; la traducción es nuestra.

exterior, sino dar libertad, ofrecer y suscitar amor»¹⁶⁴. Por ese escepticismo preferimos, aunque no lo declaremos –pero que se manifiesta por el modo en que nos movemos–, sustituir o «socorrer» al acontecimiento, al modo de revelarse y de actuar de Dios, a su estilo, con nuestros proyectos, con nuestra actividad. No negamos explícitamente a Cristo, sino que lo dejamos en el sagrario, en el nicho de las premisas demostradas: damos por descontada la fuente, la desencarnamos y la transformamos en una inspiración que justifica lo que pensamos y queremos nosotros, la afirmación de nosotros mismos¹⁶⁵. Por eso Giussani nos invita a una conversión personal y colectiva.

¡Conversión! ¿De qué se trata y por qué es esta la cuestión? «Convertirse es recuperar continuamente la fe, y la fe es reconocer un hecho, el hecho que ha sucedido, el gran acontecimiento que permanece entre nosotros. ¿Quién tenía fe hace dos mil años? Aquellos pocos o muchos que reconocían en ese Hombre la presencia de Algo grande, sobrenatural. Algo que no se veía como se le veía a Él, pero que estaba de forma evidente en Él, porque “nadie sabe hablar y hacer las cosas que tú dices y haces si Dios no está con él”, como le decía Nicodemo a Jesús. Por tanto, recuperar la fe significa recuperar continuamente la conciencia y la adhesión al Misterio que está entre nosotros, al acontecimiento que está en nosotros y entre nosotros, en cada uno de nosotros por el bautismo y por tanto entre nosotros como parte de

¹⁶⁴ J. Ratzinger - Benedetto XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Encuentro, Madrid 2011, p. 321.

¹⁶⁵ Cf. a propósito Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta Placuit Deo* a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana, 2.

la Iglesia de Dios». Si esta conversión llega a ser realmente «el proyecto de nuestra vida, entonces estaremos mucho más preparados, disponibles y capacitados para afrontar todos los compromisos que la historia nos pida día tras día»¹⁶⁶. Giussani prosigue y detalla: recuperar continuamente la fe significa «recuperar la fe como inteligencia y como obediencia». Se presentan aquí dos dimensiones de la fe –inteligencia y obediencia– que debemos mirar con atención.

Empecemos por la primera. «Es una inteligencia la que percibe el acontecimiento que hay dentro de mí y entre vosotros, entre nosotros. De hecho, la fe es un gesto de la inteligencia», pero de una inteligencia «más profunda y mayor que la inteligencia habitual de la razón natural, porque penetra el nivel de las cosas en el que las cosas asumen su consistencia y su significado. Recuperar la fe como inteligencia significa reconocer continuamente el hecho que se da entre nosotros: “Todos los que comemos de ese pan somos una sola cosa. Sois miembros unos de los otros, por tanto, llevad los unos las cargas de los otros”»¹⁶⁷.

Yo me pregunto: ¿cómo podemos hablar nosotros en este mundo en que vivimos, con todas las conquistas y los desarrollos que lo caracterizan, con todos los escepticismos y los prejuicios que lo atenazan, de las cosas a las que nos estamos refiriendo? ¿Con qué autoridad podemos hablar de ellas? Solo con la autoridad de la vida, de una experiencia, es decir, solo si crece en nosotros una autoconciencia nueva y por tanto un

¹⁶⁶ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

¹⁶⁷ *Ibidem*.

modo nuevo, más humano, de estar dentro de las situaciones de todos. Como subraya Berdiaev, «la liberación espiritual viene acompañada no de una vuelta a la abstracción, sino a la concreción [...], es la victoria sobre el poder de la extrañeza»¹⁶⁸. Y nuevamente, ¿cómo podemos decir, con las palabras de Giussani: «Nosotros constituimos el lugar en donde el noble esfuerzo del hombre por la liberación encuentra un cumplimiento mayor»? ¿Cómo podemos decir estas cosas, «si no tenemos presente la realidad divina, el misterio de Cristo que está entre nosotros y en nosotros, si esto no es el contenido de una autoconciencia nueva»? La autoconciencia nueva «es realmente un modo distinto de percibirse a uno mismo, un modo distinto de percibir la presencia del otro, quién es el otro y cuál es mi relación con él. “Todos nosotros somos una sola cosa, de modo que sois miembros los unos de los otros, por tanto llevad los unos las cargas de los otros”. Mientras que esto no se convierta en proyecto de cada mañana, en programa de cada día, ¿cuál es nuestra tarea [en el mundo]? Nuestra posición frente al mundo se reduce enseguida a un discurso entre otros, a una ideología entre otras y a la enésima ilusión que se arroja a la cara del hombre»¹⁶⁹.

La segunda palabra que usa Giussani para indicar la conversión, la recuperación continua de la fe, es «obediencia». Por tanto, se trata no solo de la fe como inteligencia, como «percepción de la novedad que hay

¹⁶⁸ N. Berdjaev, *Schiavitù e libertà dell'uomo*, Bompiani, Milán 2010, p. 627; la traducción es nuestra.

¹⁶⁹ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

dentro de nosotros y entre nosotros, sino también como obediencia a esta realidad reconocida, percibida en nosotros y entre nosotros, a esta unidad con el misterio de Cristo que soy yo y sois vosotros, a esta unidad entre vosotros y yo. La unidad de la sangre que una madre asegura es menos profunda y definitiva que esta, como dijo el Señor aquella vez en que, abriéndose paso entre la muchedumbre, alguien le dijo: “Maestro, tu madre y tus hermanos están aquí”. “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos y mis parientes? El que hace la voluntad del Padre, ese es mi madre, mi hermano y mi hermana”¹⁷⁰.

Retomaremos la palabra obediencia de forma más extensa al final de nuestro recorrido.

Preguntémonos ahora: ¿cuál es la verificación de que es real en ti y en mí la *fe* como *reconocimiento*, como inteligencia de la novedad que hay en nosotros y entre nosotros, y como *obediencia* a esta realidad reconocida, «*nuestra unidad con ese hombre, Jesucristo*»¹⁷¹? ¿Cuál es la verificación de la conversión? Esta verificación es una humanidad nueva, anticipo de la felicidad final.

Es la experiencia que testimonia san Pablo en sus cartas. «Y si alguno piensa que puede hacerlo, yo mucho más: circuncidado a los ocho días, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable. Sin embargo, todo eso que para mí era ganancia, lo consideré pérdida a causa de Cristo. Más aún: todo

¹⁷⁰ *Ibidem*.

¹⁷¹ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, pp. 33.

lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él, no con una justicia mía, la de la ley, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe. Todo para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos. No es que ya lo haya conseguido o que ya sea perfecto: yo lo persigo, a ver si lo alcanzo como yo he sido alcanzado por Cristo. Hermanos, yo no pienso haber conseguido el premio. Solo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús»¹⁷².

Entonces, ¿qué significa correr hacia el premio? ¿Se trata solo de un aplazamiento para el futuro? Para aclarar la experiencia que subyace en este lanzarse, Giussani se detiene en la palabra que san Pablo, y por tanto la liturgia, adoptan para indicarla. Por tanto, se trata de una observación que es capital para nosotros, por nuestra experiencia –la tuya y la mía– de hombres que desean el cumplimiento. «El premio empieza aquí, es la humanidad nueva que se nos ha prometido. San Pablo y la liturgia usan un término muy claro, “prenda”, la prenda del Espíritu. “Prenda” quiere decir “anticipo”, anticipo de la felicidad final aquí. Estamos llamados a experimentarlo y a vivirlo para ofrecérselo a los demás, al mundo, a los hombres, porque este ofrecimiento de una humanidad nueva es el

¹⁷² Flp 3,4-14.

mejor consejo para que los esfuerzos del hombre no se vean falseados y acaben en la desilusión»¹⁷³.

Una humanidad nueva, distinta, más verdadera, más cumplida, más deseable, es el único «consejo» que puede abrir brecha en nuestra conciencia de hombres, y de hombres contemporáneos, el único que puede ser percibido como una invitación que fascina y libera. La definición de estas cosas las mantiene necesariamente en un nivel genérico, pero lo que hemos dicho «vale para tu vida familiar, con tu mujer, con tu marido, con tus hijos, vale para las relaciones con la gente con la que trabajas, vale para las relaciones que debes tener con cada hombre con el que te encuentres, para cada acontecimiento que sucede en la prosperidad o en la adversidad, con el fin de que seamos humildes en la prosperidad y en la adversidad estemos seguros igualmente»¹⁷⁴.

Una humanidad nueva, un anticipo de la felicidad final, por ello una forma distinta de concebir las cosas, un conocimiento nuevo, *una mirada verdadera sobre la realidad*. Este es el premio, aquello a lo que nos conduce la conversión de la que hemos hablado.

¹⁷³ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

¹⁷⁴ *Ibidem*.

LA RELACIÓN CON EL PADRE

¿En qué consiste una mirada verdadera sobre la realidad? ¿Quién la ha vivido? ¿Quién la ha introducido en la historia y puede ayudarnos a tenerla?

Jesús vivió sobre la tierra como cualquiera de nosotros. Como verdadero hombre tuvo que ocuparse de cosas concretas, finitas, fugaces, padeció pruebas y sufrimientos hasta llegar al extremo de la cruz. ¿Qué le permitió no sucumbir a la parcialidad, al nihilismo o a la desesperación ante la prueba suprema? ¿Cómo nos ayuda Cristo a no ser arrollados por la parcialidad de las cosas y de las situaciones, por la angustia de nuestros intentos de autoafirmación, por el vacío de sentido, por la desesperación?

1. Nuestra vida depende de Otro

En *La conveniencia humana de la fe*¹⁷⁵, Giussani retoma y comenta un pasaje de Ratzinger, que escribe en *Introducción al cristianismo*: «¿Qué sucede cuando me hago cristiano, cuando me someto al hombre Cristo a quien confieso como hombre normativo, como norma de lo humano? ¿Qué cambio del ser tiene lugar ahí, qué

¹⁷⁵ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, Encuentro, Madrid 2019.

actitud tomo respecto al ser humano? ¿Qué profundidad tiene ese acontecimiento? ¿Qué valor adquiere ahí lo real?»¹⁷⁶.

Después de proponer este texto, Giussani retoma algunas frases y desarrolla sus implicaciones: «Ratzinger empieza diciendo que ser cristianos quiere decir someterse al nombre de Cristo –“nombre” en sentido hebraico–, a esta Presencia, a la forma de esta Presencia, “a quien confieso [a quien reconozco] como hombre normativo [como modelo que debe dar forma a mi vida], como norma de lo humano”. Debería tratar de actuar como actúa él»¹⁷⁷.

¿Cuál es entonces el primer cambio que se produce en nosotros, la primera novedad que se introduce cuando nos «sometemos» al nombre de Cristo, aprobándolo como el parámetro normativo de cualquier acción nuestra? Ante todo, «la conciencia de que nuestra vida depende de Otro y está en función de Otro. Cuando nos levantamos por la mañana y nos sentamos a desayunar; cuando nos remangamos para hacer las faenas de la casa; cuando vamos a trabajar, sea cual sea nuestro cometido no hay ninguna diferencia, nuestra vida depende de algo distinto de lo que hacemos, está en función de algo más grande, irremediamente grande»¹⁷⁸.

Según afirma Giussani, esta es la primera cosa fundamental que Cristo como hombre, Cristo como modelo de vida, como parámetro, como criterio de la ac-

¹⁷⁶ J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 79.

¹⁷⁷ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, op. cit., p. 107.

¹⁷⁸ *Ibídem*.

ción, hace suceder, debe hacer suceder en nosotros: «la conciencia de que somos “de” Otro, de Alguien más grande, somos “del” Padre. Esto se entiende bien cuando comprendemos que toda la existencia de Cristo está “en función” del Padre, es “propiedad” del Padre, es “del” Padre»¹⁷⁹. «Padre», esta es la gran palabra.

En el momento que estamos viviendo actualmente, después de que el coronavirus nos ha hecho a todos conscientes de lo frágiles y vulnerables que somos, de cuánto dependemos de lo que sucede, estas palabras destacan con una evidencia renovada y dramática debido a su alcance.

Es justamente el carácter decisivo de la referencia al “Padre” «lo que intuyó confusamente el apóstol Felipe cuando, horas antes de que prendieran a Jesús, le preguntó: “Hablas todo el rato del Padre, muéstranos de una vez a este Padre para que nos quedemos a gusto...”. Comprendía que esta era la palabra que ponía patas arriba el modo normal con que los hombres se perciben a sí mismos, la que iba a la raíz de todo, la que abrazaba el horizonte total. Porque el Padre es la raíz y el horizonte de todo de un modo infinitamente más profundo que lo que indica la comparación más cercana que podamos hacer, la del niño recién concebido; para él la raíz y el horizonte de todo es el útero de su madre (y, en este sentido, madre y padre comparten un mismo significado)». De hecho, aquí se trata de una paternidad última, radical y continua. «*Tam pater nemo*, nadie es tan padre como él. Él es el único Padre de todos, toda nuestra vida está en función de él, le pertenece. “Felipe, ¿llevas tanto tiempo a mi lado y todavía no

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 108.

has entendido? Quien me ve a mí, ve al Padre”. Este es el origen de la ternura y el asombro sin fondo que Dostoievski profesa por Cristo, porque en el Hijo se revela el misterio del Padre al que pertenecemos; en el Hijo el Padre se hace familiar a nosotros»¹⁸⁰.

Para indicar esa familiaridad del Misterio, de esa fuente inefable de la que brotan a cada instante el cosmos, mi yo y el yo de cada uno, a la que pertenece en última instancia todo el ser, «la palabra “padre” es la menos lejana que podemos utilizar: padre y madre son los símbolos más cercanos, las señales más próximas de esta familiaridad. Ahora bien, Dios se ha hecho uno de nosotros, pero lo que Cristo, como modelo de humanidad, como norma, alienta en nosotros es la conciencia profunda y cada vez más patente de que pertenecemos a algo más grande a lo que podemos llamar “Padre”. Estamos llamados a reconocer al Padre en nuestro trabajo y en nuestras relaciones, de modo que lo primero adquiera intensidad y sea ofrecido y las relaciones ganen en capacidad de misericordia y caridad»¹⁸¹.

¿Qué camino ha elegido el Padre para introducirnos en la relación profunda y familiar con él? Ha enviado a su Hijo, haciendo de él una presencia que podamos interceptar, con el fin de que en el Hijo hecho hombre por obra del Espíritu Santo¹⁸² pudiésemos «ver» a qué relación de intimidad con Él estamos llamados y qué novedad insinúa esto en la forma de mirar y tratar todas las cosas.

¹⁸⁰ *Ibidem*, p. 108.

¹⁸¹ *Ibidem* pp. 108-109

¹⁸² «Lo que [Jesús] dice del Padre y de sí como Hijo brota de la plenitud del Espíritu que está en él y que se derrama en su corazón, penetra su mismo “yo”, inspira y vivifica profundamente su acción» (Juan Pablo II, Carta encíclica *Dominum et vivificantem*, 21).

¿Cómo introduce el hombre Cristo en la conciencia de pertenencia al Padre a aquellos que le han escuchado hablar y le han visto actuar? Cada gesto, cada palabra, cada mirada suya estaba impregnada, plasmada por la conciencia del Padre, testimoniaba la conciencia del Padre. «Como hombre, Cristo estaba verdaderamente dominado por la conciencia del Padre, tanto que pudo decir: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30). Cualquiera que le parara por la calle, le viera hablar con sus discípulos o comer con ellos y le preguntara: “¿De qué está llena tu conciencia como hombre en este momento?”, escucharía como respuesta: “Del Padre”. “Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis. Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra” (Jn 4,32-34). Llevar a cabo su obra, esta es la tarea de la vida». Giussani nos apremia hablando de sí y de nosotros, independientemente de lo que hagamos o del camino por el que vayamos: «Mi vida es cumplir su obra. Y no porque sea cura; vale también para ti, que trabajas como secretaria»¹⁸³.

Estamos llamados a compararnos con la experiencia de Cristo, a identificarnos con ella; debemos mirar su experiencia. Si alguien se parase ahora por la calle mientras caminamos y nos preguntase: «¿De qué está llena tu conciencia en este momento?», ¿qué responderíamos? Está claro que no se trata de repetir ciertas palabras, sino de sorprender de qué está llena realmente nuestra conciencia mientras vivimos.

¿Qué quiere decir tener conciencia del Padre? ¿Quién es el Padre? El Padre es el origen de todas las cosas, del que provienen y derivan en última instancia todas

¹⁸³ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, op. cit., pp. 108-109.

las cosas, tanto la flor del campo como el rostro de la persona amada. Y ¿qué nexos existen entre la conciencia que tiene Cristo del Padre y la relación que tiene con la realidad? ¿Qué interés tiene para nosotros esta forma de vivir su vida de hombre en relación con el Padre?

En Cristo se ha vuelto familiar esa forma de relacionarse con el ser que corresponde al corazón, que satisface, que cumple, que no decepciona. Es aquello para lo que estamos hechos. «Reconocer lo real como procedente del Misterio es algo que debería ser familiar para la razón, ya que precisamente en el reconocimiento de lo real, tal cual es –es decir, tal como Dios lo ha querido y no reducido, aplanado, sin profundidad–, encuentran correspondencia las exigencias del “corazón” y se realiza hasta el fondo la posibilidad de razón y afecto que somos nosotros. En efecto, la razón, por su mismo dinamismo original, no puede satisfacerse más que reconociendo cómo la realidad hunde sus raíces en el Misterio. La razón humana toca su cima y, por tanto, es verdaderamente razón, cuando reconoce las cosas tal cual son, y las cosas son porque proceden de Otro»¹⁸⁴.

Reconocer la realidad como procedente del Misterio no es una ilusión propia de visionarios, un autoconvencimiento, sino el culmen de un uso verdadero de la razón y del afecto. ¿En qué medida nos es familiar el Misterio? ¿Cuántas veces hemos reconocido al Misterio mirando las cosas corrientes? No es cuestión de dotes. Reconocer la realidad como signo del Misterio está al alcance de todos, como afirma san Pablo en su carta a los Romanos: «Porque lo que de Dios puede conocer-

¹⁸⁴ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 33.

se les resulta manifiesto, pues Dios mismo se lo manifestó. Pues lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras»¹⁸⁵. Sin embargo, aunque está al alcance de todos no hay que darlo por descontado. Todo lo contrario. Lo que debería resultar tan familiar a nuestra razón –hecha estructuralmente para captar el significado de la realidad– como conforme a nuestra libertad, históricamente se nos presenta lejano, desenfocado, no conseguimos verlo y afirmarlo. Hasta el punto de que cuando, en un momento dado, reconocemos lo real como signo del Misterio nos quedamos estupefactos. Quiere decir que para nosotros no se trata de una experiencia habitual. Lo habitual en todo caso es una forma de relacionarnos con la realidad que considera obvia su existencia.

¿Cuál es la experiencia cotidiana que tiene Jesús de la relación con las personas, con las cosas, con los eventos, tal como la documentan los Evangelios? Jesús percibe toda la realidad como acontecimiento. «El dinamismo del acontecimiento describe cada instante de la vida. Los lirios del campo que “ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos” son un acontecimiento; los pájaros del cielo –“vuestro Padre celestial los alimenta”– son un acontecimiento; “los cabellos contados de la cabeza” son un acontecimiento. También los cielos y la tierra que están ahí desde hace millones de siglos son un acontecimiento, un acontecimiento que todavía hoy está sucediendo de nuevo, en cuanto su explicación no puede alcanzarse hasta el fondo. Entrever en la relación con cada cosa

¹⁸⁵ Rm 1,19-20.

algo diferente significa que la misma relación es un acontecimiento»¹⁸⁶.

Es difícil no vernos sorprendidos y atraídos por la mirada de Jesús sobre la realidad que describen los Evangelios. Él testimonia un modo de vivir la realidad que no la aplasta, no la reduce; encarna y testimonia una relación verdadera, completa, con cada aspecto de la realidad. Al testimoniarnos cómo lo mira todo –la flor del campo, el pajarillo que cae, la persona que sufre–, Jesús nos introduce en una familiaridad con el Misterio que está sucediendo ahora: todo puede ser vivido como acontecimiento, es decir, en cuanto que procede ahora –en última instancia– del Misterio.

¿Qué le permitía vivir la realidad con esta intensidad? Su relación con el Padre. Por retomar los términos que hemos utilizado antes, Jesús no ponía su esperanza en una afirmación de su persona, en su propia expresividad, sino en la relación con el Padre (los milagros no son un alarde de capacidad, sino que remiten siempre al Padre, son realizados para que todos se den cuenta del Padre y reconozcan que el Padre le ha enviado). Su forma de vivir como hombre no era una afirmación de sí mismo, sino una obediencia a la voluntad del Padre. Su constante relación con el Padre, de la que su conciencia estaba llena en todo momento, le permitía vivir todo con una intensidad y una densidad incomparables. En el hombre Cristo vemos reflejado en plenitud el contenido de la frase de Romano Guardini: «En la

¹⁸⁶ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 30-31.

experiencia de un gran amor, [...] todo se convierte en un acontecimiento en su ámbito»¹⁸⁷.

Nada lo atraía como el Padre: «Yo y el Padre somos uno»¹⁸⁸. Ni siquiera el mal que sufría conseguía separarlo del Padre. Es más, precisamente ahí se veía toda la densidad de su relación con el Padre, que le lleva a fiarse más allá de cualquier medida. «Esta confianza primordial en el Padre, no perturbada ni ofuscada por ninguna desconfianza, se funda en la comunión del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo: en el Hijo el Espíritu recibe y conserva viva la confianza inquebrantable en que toda disposición del Padre –incluso si esta fuera la transformación de la distancia personal en abandono– siempre será una disposición del amor, a la que ahora, ya que el Hijo es hombre, se ha de responder con obediencia humana»¹⁸⁹. Aquí se encuentra la raíz de la victoria de Cristo sobre la nada. El modo de vivir del Hijo es la victoria sobre la nada.

En todo lo que hace, Cristo testimonia su relación con el Padre. «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el Padre que me ha enviado»¹⁹⁰. Todo, cada gesto o palabra suya, remite al Padre, al Misterio. Cada mirada o acción suyas están invadidas por esta Presencia. Como dice Giussani, con esa frase que me he propuesto repetirme siempre que pueda: «Y al hombre Jesús de Nazaret –investido del misterio del

¹⁸⁷ R. Guardini, *La esencia del cristianismo*, Cristianidad, Madrid 1982, p. 12.

¹⁸⁸ Jn 10,30.

¹⁸⁹ H.U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño*, Fundación San Juan, Rafaela 2006, p. 44

¹⁹⁰ Cf. Jn 12,44.

Verbo y, por tanto, asumido en la naturaleza misma de Dios (aunque su apariencia era completamente igual a la de todos los hombres)–, a este hombre no lo veían hacer un solo gesto sin que su forma demostrase la conciencia que tenía, la conciencia del Padre»¹⁹¹. Insistiendo en lo que caracterizaba la autoconciencia del hombre Jesús, Giussani retoma las palabras del Evangelio de Juan: «“Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra”. O también: “Mi Padre sigue obrando y yo también obro”. La vida de Cristo es como una mimesis, un espejo, una imitación continua; su conciencia era constantemente reflejo del Padre. “Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”»¹⁹².

Jesús vivía con la conciencia de que todo su valor dependía de la relación con el Padre. Fuera de esta relación nada habría durado, nada habría tenido consistencia. El Padre, la relación con él, daba espesor y significado a cada cosa. «Jesús se maravilla de todas las cosas: [...] desde la flor más pequeña hasta el cielo infinito. Pero este maravillarse proviene del maravillarse mucho más profundo del Hijo eterno, que en el Espíritu absoluto del Amor se maravilla por el Amor mismo que penetra, anima y excede todas las cosas. “El Padre es más grande”»¹⁹³.

¹⁹¹ L. Giussani, «Un hombre nuevo», *Huellas-Litterae communionis*, n. 3/1999, pp. VII-IX.

¹⁹² L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, op. cit., p. 109.

¹⁹³ H.U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño*, op. cit., p. 67.

2. Seguir a Jesús: ser hijos

¿Cómo puede llegar a ser familiar, históricamente hablando, para cada uno de nosotros esta mirada hacia el mundo y a nosotros mismos? En compañía de Jesús. Nos conviene aprender la mirada de Cristo hacia la realidad, porque «si el hombre no mira el mundo como “dato”, como acontecimiento, es decir, a partir del gesto contemporáneo de Dios que se lo da, el mundo pierde toda su fuerza de atracción, de sorpresa y de sugerencia moral, esto es, su capacidad de sugerir la adhesión al orden y al destino que tienen las cosas»¹⁹⁴. En cambio, cuando reconocemos lo real como acontecimiento, como originado por el Misterio, se produce en nuestra vida una intensidad incomparable. «¡Qué intensidad le está prometida a la vida de quien capte, instante tras instante, la relación que tiene todo con el origen! Cada instante tiene una relación definitiva con el Misterio, y por eso nada se pierde: por esto existimos, y en esto reside nuestra felicidad»¹⁹⁵.

Es la relación con el Padre lo que llena de significado y de positividad cada instante, incluso el más efímero. Y debemos ser conscientes de ello. «No hay momento / que no pese sobre nosotros con la potencia / de los siglos; y la vida tiene en cada latido / la tremenda medida de lo eterno»¹⁹⁶. De otro modo, todo se disgrega y vence el vacío de sentido. Por eso seguir a Jesús es lo más conveniente para nosotros. Al seguirlo, pode-

¹⁹⁴ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 31.

¹⁹⁵ *Ibidem*, p. 33.

¹⁹⁶ A. Negri, «Tempo», en Id., *Mia giovinezza*, BUR, Milán 2010, p. 75; la traducción es nuestra.

mos ver cómo se realiza su promesa: «El que me sigue tendrá el ciento por uno aquí». En compañía de Jesús puede llegar a ser experiencia estable en nosotros la relación verdadera con la realidad; la religiosidad –es decir, la relación reconocida y vivida con el Misterio dentro de todo, en relación con todo– puede llegar a ser experiencia de cada instante, y con ello puede llegar a ser continua la vida diferente que deriva de ella.

Con Cristo nada se pierde, porque Cristo nos permite entrar en una familiaridad con el Padre. «Después de tanto conversar y de tanta compañía, ¡podemos empezar a sentir qué clase de intensidad, de nobleza, de suavidad, qué clase de vida distinta introduce esto! [...] “He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio”. ¡Que no pierda nada! Jesús se refería a los apóstoles, a sus discípulos, pero podemos dilatar el sentido de esta afirmación. El Padre quiere que yo no pierda nada de lo que él me ha dado: cada momento, cada circunstancia de la vida, cada provocación, todo lo que me toca hacer. Se trata de una intensidad creciente, espontánea, no de una fijación»¹⁹⁷.

Es la intensidad que testimonia Bonhoeffer en una de las cartas escritas desde la prisión en la que acabó muriendo a causa de su oposición al régimen nacionalsocialista. «Dejad marchar, queridos hermanos / lo que os atormenta / lo que os falta / yo os devuelvo todo”. ¿Qué significa este “yo os devuelvo todo”? Que nada se pierde, que en Cristo todo se recupera, todo se conserva, obviamente de forma distinta, transparen-

¹⁹⁷ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, op. cit., pp. 109-110.

te, clara [...]. Cristo devuelve [...] todo esto y lo hace precisamente en el modo en que había sido concebido originalmente por Dios, libre de la deformación de nuestro pecado»¹⁹⁸.

Toda circunstancia es susceptible de portar esa novedad que Cristo ha introducido en el mundo. Pero para que esto suceda no es suficiente con nuestro esfuerzo –aunque esto no significa que no haga falta nuestra libertad–. Observemos con atención qué quiere decir seguir a Jesús. ¿Cuál es el camino que Jesús nos testimonia? No el esfuerzo, sino la filiación. El ser hijos. Jesús nos enseña qué quiere decir ser hijos mostrándonos cómo es hijo Él. El camino de la plenitud que Él muestra no es el de ser capaces, sino el de ser hijos.

San Pablo recuerda a los cristianos de la Iglesia naciente la fuente de esta familiaridad: «Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: “¡*Abba, Padre!*”»¹⁹⁹. Y también: «Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: “¡*Abba, Padre!*”»²⁰⁰. Comenta Benedicto XVI: «Al hacerse un ser humano como nosotros, con la encarnación, la muerte y la resurrección, Jesús [...] nos acoge en su humanidad y en su mismo ser Hijo, de modo que también nosotros podemos entrar en su pertenencia específica a Dios. Ciertamente, nuestro ser hijos de Dios no tiene

¹⁹⁸ D. Bonhoeffer, *Resistenza e resa. Lettere e scritti dal carcere*, Paoline 1988, Cinisello Balsamo (MI), pp. 238-239; la traducción es nuestra.

¹⁹⁹ Ga 4,6.

²⁰⁰ Rm 8,15.

la plenitud de Jesús: nosotros debemos llegar a serlo cada vez más, a lo largo del camino de toda nuestra existencia cristiana, creciendo en el seguimiento de Cristo, en la comunión con él para entrar cada vez más íntimamente en la relación de amor con Dios Padre, que sostiene la nuestra. Esta realidad fundamental se nos revela cuando nos abrimos al Espíritu Santo y él nos hace dirigirnos a Dios diciéndole: “¡*Abba*, Padre!”. Realmente, más allá de la creación, hemos entrado en la adopción con Jesús; unidos, estamos realmente en Dios, somos hijos de un modo nuevo, en una nueva dimensión»²⁰¹. Como subraya H. Schlier, el ser en Cristo Jesús «se nos manifiesta, se vuelve accesible y presente para nosotros, se vuelve experiencia histórica nuestra en el “ser en el Espíritu” [...]. De hecho, en el Espíritu Jesucristo se manifiesta y se ofrece a la experiencia»²⁰².

A este llegar a ser hijos se refiere de forma sugerente Isaac de la Estrella en sus *Sermones*: «¿Qué más desea el siervo que llegar a ser hijo? Más aún, ¿quién, hermanos míos, se atrevería a creer esto aunque fuera débilmente, si la misma bondad de Dios no lo permitiese y lo prometiese?»²⁰³. Y un poco más adelante: «*Como tú y yo somos una sola cosa, de igual modo ellos son una sola cosa con nosotros. He aquí hacia dónde se dirige el siervo, dónde se reconcilia el enemigo para que de enemigo se vuelva siervo, de siervo se vuelva amigo, de amigo se vuelva hijo, de hijo se vuelva heredero, de*

²⁰¹ Benedicto XVI, *Audiencia general*, 23 de mayo de 2012.

²⁰² H. Schlier, *Linee fondamentali di una teologia paolina*, Queriniana, Brescia 2008, p. 156; la traducción es nuestra.

²⁰³ Isaac de la Estrella, «Sermone V», en *Pensieri d'amore*, a cargo de M.A. Chirico, Piemme, Casale Monferrato (AL) 2000, p. 102; la traducción es nuestra.

heredero se vuelva uno, más aún, se vuelva uno con la fuente misma de la heredad; y así como no podrá ser privado de sí mismo, del mismo modo no podrá ser privado de la heredad que es Dios mismo»²⁰⁴.

Nuestro error es pensar que la diferencia de Jesús reside en una capacidad superior que le permitiría hacer lo que nosotros no somos capaces de hacer, es decir, vivir sin ceder a la nada. En cambio, Jesús no desfallece y no cae en la aridez, no es víctima de la nada, porque vive por el Padre. Esta es su única fuerza: «Yo vivo por el Padre»²⁰⁵. Su diferencia no estriba en la capacidad de ser Él mismo de forma autónoma. Su diferencia consiste en ser Hijo. Aquí radica toda la diferencia cualitativa de Cristo.

El contenido de su autoconciencia es la relación con el Padre. «“Quien habla en su propio nombre busca su propia gloria [la afirmación de sí mismo] –y esto nos descabeza; basta pensar en cuando nos ponemos a discutir–; en cambio, el que busca la gloria del que lo ha enviado, ese es veraz y en él no hay injusticia”; no se intenta imponer el propio punto de vista, sino la defensa prudente y humilde de la verdad, buscando el “parecer” de Aquel que nos ha enviado»²⁰⁶.

¿Qué quiere decir no buscar la imposición de nuestros puntos de vista? Es una actitud distinta de la conciencia. «La palabra “conciencia” tiene un significado totalmente contrario al que tiene en labios de la modernidad. En labios del hombre moderno la palabra conciencia (“yo sigo mi conciencia”) indica el lugar donde uno genera

²⁰⁴ *Ibidem*, p. 110.

²⁰⁵ Jn 6,57.

²⁰⁶ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, op. cit., p. 110.

pareceres y pensamientos propios y tiene el derecho de afirmarlos porque se considera a sí mismo la fuente de todo; la conciencia se concibe como la fuente de los criterios, del juicio y los pareceres». En cambio, para el hombre cristiano la conciencia «es el lugar íntimo donde uno busca y escucha la verdad que le viene de Otro; por lo tanto, el cristiano es por su naturaleza humilde. Y cuando un asunto está claro, está seguro y sin temor, humildísimamente cierto y dispuesto a emplear todas sus energías para buscar, para “sentir” con la verdad, como decía antes el evangelio de Juan: “El que me ha enviado es veraz, y yo digo al mundo lo que de él he oído”. Decimos lo que hemos oído»²⁰⁷.

Escuchar la verdad de Otro, decir lo que se ha escuchado a Otro, ¿es acaso una actitud ardua o extraña? No, responde Giussani refiriéndose a los adultos a los que estaba hablando: «Es lo que vosotros hacéis siempre, *pardon*, lo que hacéis a menudo», solo hay que ser conscientes de ello. «¡Qué gran cosa es ser conscientes de hacerlo! Qué gran cosa es que os sorprendáis pensando, mientras habláis con vuestros hijos o con vuestros amigos: “Aquel que me hace hablar así es veraz, y yo les digo lo que de Él he oído; le estoy diciendo a mi hijo lo que de Él he oído”»²⁰⁸. Cuando en la relación con los hijos obra esta conciencia nueva, «¡qué sosiego, paz y seguridad, tiene uno entonces! Se siente libre, incluso ante la respuesta que le pueda dar su hijo. Cuando, en cambio, lo que cuenta es nuestro parecer, queremos a toda costa que sea aceptado, acabamos dominando»²⁰⁹. Estos son

²⁰⁷ *Ibidem*, pp. 110-111.

²⁰⁸ *Ibidem*, p. 111.

²⁰⁹ *Ibidem*.

los signos concretísimos para verificar si la conciencia nueva generada por Cristo empieza a penetrar o no en nuestras entrañas.

Por tanto, la clave es que la conciencia del Padre se vuelva cada vez más familiar, con el fin de que cada uno pueda decir, como Jesús: «El que me ha enviado está conmigo». Es una experiencia que madura con el tiempo si seguimos caminando, si no dejamos de recorrer el camino que el encuentro abre una y otra vez, como decíamos. «Probemos a imaginar a una persona que diez, cien, mil veces al día tome conciencia de que Aquel que le ha enviado está con él, el Misterio mismo que lo hace está con él, Dios está con él; pues bien, el rostro sereno de ciertos monjes y monjas tiene aquí su raíz. Y en esto mismo radica la serenidad impresionante de muchos amigos nuestros, porque también entre nosotros se dan estos casos»²¹⁰.

Una toma de conciencia semejante plasma cada instante, cada gesto, cada mirada, el modo en que lo afrontamos todo, paso tras paso. «¡De Dios vengo, no he venido por mi cuenta!». No os lo estoy diciendo a vosotros, me lo estoy diciendo a mí mismo», subraya Giussani mientras se refiere a ello, y «cada uno tiene que decírselo a sí mismo: no vengo de mí mismo, vengo de Otro y, por tanto, debo hacer las obras de Aquel de quien vengo, debo escuchar a Otro, mirarle, imitarle. Si alguien se hubiera acercado a aquel joven, o a aquel hombre, Jesús de Nazaret, y le hubiese preguntado: “¿En qué estás pensando?”, habría contestado: “En el Padre”. Pero el suyo no era un pensar en el Padre de manera abstracta». De hecho, no había diferencia entre pensar en el Padre y

²¹⁰ *Ibidem*, p. 111.

pensar o interesarse por las cosas. «Pensar en el Padre de un modo verdadero es pensar en las cosas con verdad, en las relaciones con verdad; es un modo distinto de mirar a tu mujer y a tus hijos, a ti mismo, a tu trabajo y a los amigos, a la circunstancia próspera y a la adversa, a lo que te toca vivir ahora»²¹¹.

Jesús nos revela al Misterio como Padre. Es Él quien nos enseña a decir: «Padre nuestro». Captar en cada momento la relación que tiene todo con el origen significa entonces captar la relación que tiene todo con el Padre. Y esto nos permite ver todas las cosas en su verdad, en su totalidad, en su posibilidad de ser construidas. «¿Creéis que la relación con el Misterio, con el Padre, como lo llamaba Jesús –y, por tanto, la imitación de Cristo–, nos impide mirar al hombre, a la mujer, a los hijos, a las flores o a las cosas? No. Nos hace mirarlas de manera cien veces más intensa y verdadera. De modo que, aunque balbuciendo, comprendemos que la verdad está de su parte; seguimos farfullando, pero comprendemos que la verdad nos viene de allí»²¹².

3. El mal y el olvido

La relación con el Padre no separa de las cosas, no las elimina, sino que las llena de significado. Pensar en el Padre es la forma verdadera de pensar en las cosas. Es una mirada por fin verdadera. Entonces todo adquiere una densidad, una intensidad única: por fin se afirma el valor del instante, de las relaciones, del trabajo, de la

²¹¹ *Ibidem*, p. 111-112.

²¹² *Ibidem*, p. 116.

realidad, de las circunstancias, del sufrimiento de uno mismo y de los demás.

Existen signos de este modo verdadero de tratar a todos: libertad, paz, certeza imperturbable, confianza, abandono («A tus manos confío, encomiendo mi espíritu»). La inquietud no vence en nosotros, ya no estamos determinados por el resultado de nuestra expresividad, ya no dominan el miedo y la incertidumbre. «¿Y por qué atormentarse cuando es tan simple obedecer?»²¹³, dice Claudel poniendo estas palabras en boca de Anne Vercors en *La anunciación a María*.

Y sin embargo, ¡cuánta mentira y parcialidad en nuestro modo de pensar y de tratarnos a nosotros mismos, a los demás, a las cosas! ¿Cuál es el origen de esto –nos preguntamos con frecuencia–? Y respondemos enseguida: el pecado, pero sin saber muy bien en qué consiste verdaderamente el pecado. Nos viene enseguida a la cabeza nuestra falta de energía, de fuerza de voluntad, de coherencia. Es el síntoma de la tendencia al moralismo que acompaña como una sombra lo que vivimos y que vuelve opacos muchos de nuestros días.

Tratemos entonces de mirar la cosa más a fondo, sin dejarnos despistar enseguida por el moralismo. La experiencia del pecado es, «literalmente, perder la conciencia del Padre, suspender la tensión por mantener viva esta conciencia». De hecho, «si yo estoy unido a esta realidad “más grande que yo” [...] y mi naturaleza es vivir conscientemente, entonces mi pecado es abandonar la conciencia de esta relación que me constituye; esto es el mal. El pecado es

²¹³ P. Claudel, *La anunciación a María*, Encuentro, Madrid 2020, p. 151.

obrar abandonando la conciencia de esta relación. [...] El origen de todo mal, la raíz de toda acción mala es el olvido de esta relación. ¡Qué importancia tienen entonces las oraciones de la mañana y de la noche! ¡Qué importancia tiene decir: Padre nuestro! Obliguémonos a decirlo despacio, pesando las palabras, para que por lo menos un instante en las veinticuatro horas del día yo sea un hombre consciente, porque luego esto influye en todo»²¹⁴.

El verdadero problema no es, ante todo, la falta de energía, de fuerza de voluntad, de coherencia, sino el olvido, la falta de familiaridad con el Padre. Y no se trata de un problema de capacidad. Cuando falta la conciencia del Padre, es decir, la conciencia de que somos hijos, se reduce la finalidad de la vida; esta se convierte en la pura afirmación de nosotros mismos, es decir, lo hacemos todo «por una finalidad efímera que todo lo tira al vacío, a la nada. Si lo hacemos todo por nosotros mismos, lo echamos todo a perder, tiramos todo a la nada. El noventa por ciento, más aún, todas nuestras acciones, tienen este destino terrible y debemos ir contra él, caminar en dirección opuesta». Por ello, en la medida en que no crece en nosotros la conciencia de que nuestra vida está en función de algo más grande y, con el tiempo, «no subyace a todo lo que hacemos, nosotros lo echamos todo al traste, a la nada»²¹⁵.

Actuar por nosotros mismos equivale a tirar todo al vacío, a la nada, todo se vuelve efímero por falta de profundidad, de significado. Falta la finalidad adecuada de la acción, de aquello que debemos hacer. La vida queda reducida a apariencia, se vuelve plana: comer,

²¹⁴ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, op. cit., p. 113-114.

²¹⁵ *Ibidem*, p. 114.

beber, construir una familia, trabajar, el tiempo libre, etc. En última instancia, no queda nada por lo que merezca la pena vivir, nadie que pueda atraernos y volver significativas las cosas. De hecho, el valor de las cosas depende del significado que tienen y de la intensidad de la conciencia con que las vivimos.

Giussani narra un episodio significativo que le sucedió en sus primeros años de profesor. «Me acuerdo –se lo contaba a mis alumnos en los primeros tiempos cuando daba clase de religión– de que justo después de acabar la guerra, cuando se circulaba en los trenes hacinados como en carros de ganado, volvía una vez de San Remo donde había estado por cuenta de Cáritas de Milán (dirigida entonces por monseñor Bicchierai). Viajaba en primera clase, pero también allí se viajaba uno encima de otro. Había a mi lado un señor muy distinguido, ya entrado en años, tendría unos setenta. Me contó que había ido a San Remo para entregar un donativo a un convento, una gran suma de dinero. Luego, añade: “Mire, yo”, no me dijo su nombre, “he obtenido todo lo que quería en la vida, porque soy propietario de varias empresas”, en fin, era un gran empresario, “pero llegado a los setenta, me pregunto si no he perdido la vida”»²¹⁶.

¿Cómo podemos aprender hoy esa familiaridad con el Misterio, con el Padre, y por tanto esa relación con la realidad que Jesús ha introducido en la historia? Se juega en ello la posibilidad de no sucumbir a la tentación del nihilismo, a la sospecha sobre la inconsistencia última de la realidad, de nosotros mismos, y acerca de la positividad de la vida. ¿Qué es lo que puede generar hijos como Jesús hoy?

²¹⁶ *Ibidem*, pp. 114-115.

CAPÍTULO 6

HIJOS EN EL HIJO

Hemos visto cómo la conciencia de Cristo estaba dominada por su pensamiento del Padre, cómo estaba definida por la conciencia del Padre. Por ello, si seguimos a Cristo, si decidimos seguirlo, «la conciencia de Dios debe penetrar en todo lo que hacemos de modo que lentamente, con el tiempo, llegue a ser habitual. [...] Pensar en Dios tiene que ver con todo, coincide con un modo de mirar cualquier cosa, a vuestra esposa y a vosotros mismos, al bien y al mal, de tal manera que el bien no pueda tornarse en orgullo, ni el mal tornarse en desesperación»²¹⁷.

En este punto puede surgir un interrogante. Jesús introdujo a sus discípulos en la conciencia de su relación con el Padre: «A cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios»²¹⁸. Y a nosotros, hoy, ¿quién nos introduce en esta relación? Es Cristo quien nos introduce siempre en la relación con el Padre. ¿De qué modo?

²¹⁷ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, op. cit., pp. 113.

²¹⁸ Jn 1,12.

1. A través de la compañía de los creyentes. El carisma

Cristo, como hemos recordado²¹⁹, irrumpe hoy en mi vida atrayéndome hacia Sí mediante una presencia, una carne precisa, determinada, un encuentro persuasivo a través del cual puedo tener la misma experiencia de relación con Él que vivieron los primeros que se encontraron con Él. Por tanto, es en el Hijo, en la relación con Cristo presente aquí y ahora, como llegamos a ser hijos, como aprendemos a decir: «Padre», a reconocer como «Padre» al Misterio que nos hace. *Abba* es el término que usa Jesús, y que expresa una familiaridad en la relación con Dios que hasta ese momento era inconcebible, impensable.

Como hace dos mil años, nosotros llegamos a ser «hijos en el Hijo» mediante la fe y el bautismo en el que recibimos el Espíritu Santo, Espíritu de Cristo, «el don precioso y necesario que nos hace hijos de Dios»²²⁰ y miembros del cuerpo de Cristo que es la Iglesia, el «pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», según la bella descripción de san Cipriano citada en *Lumen Gentium* 4, enriquecido con «dones jerárquicos y carismáticos», concedidos para contribuir de modos distintos a su edificación y a su misión. La Carta *Iuvenescit Ecclesia* sobre la relación entre dones jerárquicos y carismáticos hace referencia al principio, enunciado por Juan Pablo II, de la «coesencialidad» de estos dones, y cita al papa Benedicto XVI cuando

²¹⁹ Ver aquí, pp. 61-70.

²²⁰ Benedicto XVI, *Audiencia general*, 23 de mayo de 2012.

afirma que «en la Iglesia también las instituciones esenciales son carismáticas y, por otra parte, los carismas deben institucionalizarse de un modo u otro para tener coherencia y continuidad. Así ambas dimensiones, suscitadas por el mismo Espíritu Santo para el mismo Cuerpo de Cristo, concurren juntas para hacer presente el misterio y la obra salvífica de Cristo en el mundo»²²¹.

Por eso los movimientos y las nuevas agregaciones suscitadas por el don de carismas del Espíritu representan un testimonio significativo de cómo crece la Iglesia no «por proselitismo sino “por atracción”»²²².

El papa Francisco no deja de reclamar a estas nuevas realidades a la apertura misionera, a la necesaria obediencia a los pastores y a la inmanencia eclesial, pues «es en el seno de la comunidad donde brotan y florecen los dones con los cuales nos colma el Padre; y es en el seno de la comunidad donde se aprende a reconocerlos como un signo de su amor por todos sus hijos»²²³.

Nosotros pertenecemos a Dios, al Padre, somos «suyos» en el sentido más radical del término, es decir, somos criaturas suyas. Pero nuestra dependencia como criaturas «se quedaría en una percepción enigmática y pasajera si no nos hubiera sido

²²¹ Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia* a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia, Roma, 15 de mayo de 2016, 10.

²²² Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, en Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia*, 2.

²²³ Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia*, 10.

revelada claramente en Cristo [en Su Espíritu]: en efecto, “a Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer”». «Nuestra total dependencia, nuestro “estar hechos”, se aclara»²²⁴ únicamente en la pertenencia al Dios que se ha hecho Hombre y ha entrado en la historia. Y nosotros pertenecemos a Cristo, «no a la idea que nos hacemos de él, sino al Cristo real, a aquel que se prolonga a lo largo de la historia en la unidad de los creyentes en cuanto que unidos al obispo de Roma»²²⁵.

El Hijo nos hace familiar el misterio del Padre a través de la Iglesia y se convierte en acontecimiento para nosotros a través de la gracia del encuentro con un carisma: para nosotros es el carisma que se le ha dado a don Giussani. El Espíritu de Dios, en su libertad e imaginación infinitas, puede realizar «mil carismas, mil maneras de hacer al hombre partícipe de Cristo. El carisma representa precisamente la modalidad de tiempo y espacio, carácter y temperamento, psicológica, afectiva e intelectual, con la que el Señor acontece para mí e, igualmente, también para otros. Esta modalidad se comunica desde mí a otros, de manera que hay entre *estos* y yo una afinidad que no tengo con todos los demás, un vínculo de fraternidad más fuerte, más específico. Este es el modo en que Cristo permanece presente con nosotros día tras día hasta el fin del mundo, dentro de las circunstancias históricas que establece el misterio

²²⁴ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear Huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 81.

²²⁵ L. Giussani, *La verdad nace de la carne*, op. cit., p. 48

del Padre mediante las cuales nos permite reconocer y amar su Presencia»²²⁶.

Por tanto, el carisma «es una evidencia de la presencia actual del Acontecimiento, porque nos mueve, [...] es la modalidad con la que el Espíritu de Cristo hace que percibamos su Presencia excepcional, el modo en que nos da el poder de adherirnos a ella con afecto y sencillez»²²⁷. El carisma revitaliza la Iglesia y está en función de toda la vida eclesial. «Cada una de las modalidades históricas con las que el Espíritu nos pone en relación con el acontecimiento de Cristo es siempre algo “particular”, una modalidad particular de tiempo y de espacio, de temperamento y de carácter. Pero se trata de una cosa particular que capacita para la totalidad»²²⁸.

Juan Pablo II observó agudamente que «la originalidad propia del carisma que da vida a un movimiento

²²⁶ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 117. En la *Iuvenescit Ecclesia* se lee: «Los dones carismáticos “se conceden a la persona concreta; pero pueden ser participados también por otros y, de este modo, se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas” (Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 24: AAS 81 (1989), 434). La relación entre el carácter personal del carisma y la posibilidad de participar en él expresa un elemento decisivo de su dinámica, en lo que se refiere a la relación que en la comunión eclesial siempre une a la persona y la comunidad (Cf. *ibid.*, n. 29: AAS 81 (1989), 443-446). Los dones carismáticos en su práctica pueden generar afinidad, proximidad y parentescos espirituales a través de los cuales el patrimonio carismático, a partir de la persona del fundador, es participado y profundizado, creando verdaderas familias espirituales. Los grupos eclesiales, en sus diversas formas, aparecen como dones carismáticos compartidos» (Congregación para la doctrina de la fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia*, 16).

²²⁷ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear Huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 118.

²²⁸ *Ibidem*.

no pretende, ni podría hacerlo, añadir algo a la riqueza del *depositum fidei*, conservado por la Iglesia con celosa fidelidad. Pero constituye un fuerte apoyo, una llamada sugestiva y convincente a vivir en plenitud, con inteligencia y creatividad, la experiencia cristiana. Este es el requisito para encontrar respuestas adecuadas a los desafíos y urgencias de los tiempos y de las circunstancias históricas siempre diversas. En esta perspectiva, los carismas reconocidos por la Iglesia representan caminos para profundizar en el conocimiento de Cristo y entregarse más generosamente a él, arraigándose, al mismo tiempo, cada vez más en la comunión con todo el pueblo cristiano»²²⁹.

Este testimonio ilustra muy bien esta dinámica: «He entrado en la Fraternidad de CL este año, con cincuenta y nueve años, en el momento en que normalmente una persona termina las cosas, no las empieza. He de decir que me movía en torno al movimiento desde hacía mucho tiempo a través de una caterva de primos. Por eso el mensaje de don Giussani me llegaba siempre de refilón. Lo que más me fascinaba era encontrar la respuesta a mi pregunta: “¿Quién soy? ¿Soy cristiana en casa, en la comida con los míos, y después en el colegio no soy nadie? ¿Soy creyente en misa, los domingos, y luego en el cinefórum soy otra cosa?”. ¿Cómo podía hacer que encajara lo que sentía dentro no como bagaje educativo, sino como exigencia, con todo lo que encontraba fuera, el pensamiento único tras el 68, la superficialidad de un juicio preconcebido? Era una pregunta continua, una búsqueda en todos los ámbitos

²²⁹ Juan Pablo II, *Mensaje a los participantes en el congreso mundial de los movimientos eclesiales*, Roma, 27 de mayo de 1998.

para encontrar ese aglutinante que pudiera dar sentido a ese puzle. Esa pregunta había encontrado en la invitación de Giussani a “vivir la realidad” una primera orientación, una posibilidad concreta. Obviamente, lo que había conocido en mis abuelos era de sentido común, porque no separaban su fe de su vida, porque en cada gesto estaban atravesados por la fe de forma natural. En cambio yo, en mi vida cotidiana, me sorprendía discutiéndolo todo, y todo carecía de lógica. Desorientación, división, superficialidad en las relaciones, sin aludir a temas que no debían tocarse. Pero había escuchado, casi a hurtadillas, a un maestro que me indicaba un sendero, había una solución. Y con ella, con aquellas migajas, seguía adelante: “vivir la realidad”. Una vida intensa, cuatro hijos, mucho trabajo, muchas dificultades y muchos éxitos, una vida plena, coherente. En una búsqueda continua, porque todo ese afán y ese “hacer” era búsqueda, era deseo, era ir a tientas, era probar muchos caminos, todos los caminos disponibles. Mendigaba en cuanto me era posible una confirmación, un apoyo que no encontraba. Recibía aplausos por mi coherencia o reproches por mi exuberancia, juicios, pero no comunión. Después un imprevisto, un acontecimiento. Alguien que me pone entre la espada y la pared y me dice: “Pero ¿tú no tienes dentro de ti un Cristo vivo?”. No una respuesta, sino una pregunta. Y la respuesta estaba ya ahí, delante de mí, tenía su rostro: un Cristo vivo dentro, hoy, aquí al lado. No un Cristo que vendrá solo al final, sino que está ya aquí hoy, ahora. Para mí. Ese momento me cambió la vida. Entonces cambió mi forma de rezar, no ya como una acumulación de puntos esforzándome por seguir esquemas prefijados, sino cercanía, escucha, espera,

abandono. Y ha cambiado mi forma de moverme en la realidad, se ha convertido en un “vivir la realidad” con una Presencia al lado y por tanto con una mirada distinta, la misma mirada que he experimentado sobre mí, esa mirada que cambia a quien tienes delante porque eres tú la que ha cambiado. Todo lo que en mi vida había leído o tratado de aprender, de estudiar, de comprender, era otra cosa: no fatiga, sino evidencia. Y esta evidencia, si se profundiza en una compañía, es la música que buscaba para mi alma desde siempre.

Si la compañía generada por el carisma en la Iglesia y para la Iglesia nos toca y nos sentimos atraídos por ella, es justamente porque «traduce en experiencia concreta el encuentro con ese Hombre, lo saca de la abstracción y nos permite experimentarlo como una realidad de la que se puede vivir ahora mismo. La compañía no es una idea, un discurso, una lógica, sino un hecho, una presencia que implica una relación de pertenencia»²³⁰.

2. Autoridad: una paternidad presente

La compañía concreta en la que se produce el encuentro con Cristo se convierte por ello en «el lugar de pertenencia de nuestro yo, el lugar en el que este aprende una manera profunda de percibir y de sentir las cosas, de captarlas intelectualmente, de juzgarlas, y el deseo de proyectar, de decidir y de obrar. Nuestro yo pertenece a este “Cuerpo” que es la compañía cristiana y que le proporciona el criterio último para afrontar todas las

²³⁰ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 81.

cosas. Dicha compañía es, por lo tanto, el único modo de capacitarnos para abordar la realidad, para tocar la realidad y volvernos realistas»²³¹.

Preguntémosnos ahora con Giussani: «¿Cuál es el factor más importante de la realidad de pueblo a la que estamos llamados, de la realidad de la compañía en la que participamos?». He aquí su respuesta: «El factor más importante en la realidad de un pueblo es lo que llamamos *autoridad*»²³². La autoridad es el factor más importante de la realidad de un pueblo porque sin autoridad no se genera un pueblo. Y la autoridad es el lugar donde se vuelve evidente que Cristo vence, donde Cristo demuestra que corresponde a las exigencias del corazón de forma persuasiva. «La autoridad es una persona mirando a la cual uno ve que lo que dice Cristo corresponde al corazón. Esto es lo que guía al pueblo»²³³.

En nuestra sociedad se mira frecuentemente la palabra «autoridad» con sospecha, se la identifica con un poder que somete o con un personalismo que liga a sí a las personas. Pero en la vida de la Iglesia, en el pueblo de Dios, esta –subraya Giussani– no es, no puede ser tal: «La autoridad, la guía, es justamente lo contrario del poder; en ella no existe ni pizca, ni sombra de la palabra “poder”. Por ello, en el concepto de autoridad propio del pueblo de Dios está completamente ausente, a cualquier nivel, todo reflejo de temor, porque al po-

²³¹ *Ibidem*, p. 80-81.

²³² L. Giussani, «La alegría, la “leticia” y la audacia. Nadie genera, si no es generado», *Huellas-Litterae communionis*, n. 7/1997, p. II.

²³³ De una conversación de Luigi Giussani con un grupo de *Memores Domini* (Milán, 29 de septiembre de 1991), en «¿Quién es este?», supl. de *Huellas-Litterae communionis*, n. 9/2019, p. 10.

der le corresponde el temor y, para librarse del temor, uno debe pasar olímpicamente del poder»²³⁴.

Entonces, ¿qué caracteriza la relación con la autoridad, la pertenencia al pueblo de Dios? Tal relación está bien expresada en la palabra filiación, según la distinción de Péguy entre ser discípulos y ser hijos²³⁵: la pertenencia implica filiación, no discipulado, no mera repetición. Es por la vía de la filiación como entra en nosotros el acento de la compañía verdadera, la originalidad de un carisma, de «esa forma de enseñanza a la que hemos sido confiados»²³⁶. Giussani nos recuerda que de la autoridad se es hijo. «Un hijo toma la savia de su padre, la hace suya, está conformado por la savia que viene de su padre, está constituido por su padre. Eso le aferra totalmente. La autoridad me aferra por completo, no es una palabra que me dé miedo, que me haga temer o alguien a quien siga sin más. Me implica, al igual que Dios, que me atrae. Por ello, la palabra autoridad –que podría tener como sinónimo

²³⁴ *Ibidem*.

²³⁵ Escribe Péguy: «Cuando el alumno no hace otra cosa que repetir no ya la misma resonancia, sino un calco miserable del pensamiento del maestro, cuando el alumno no es más que un alumno, aunque fuera el más grande de los alumnos, jamás engendrará nada. Un alumno no empieza a crear más que cuando introduce él mismo una resonancia nueva (es decir, en la medida en que no es un alumno). No es que no haya que tener un maestro, sino que uno tiene que descender del otro por las vías naturales de la filiación, y no por las vías escolares del discipulado» (Cf. Ch. Péguy, *Cahiers*, VIII, XI [3.2.1907], citado en L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 83).

²³⁶ Se trata de una conocida expresión de Ratzinger: «La fe es una obediencia de corazón a esa forma de enseñanza a la que hemos sido confiados» (J. Ratzinger, *Presentación del Catecismo de la Iglesia Católica*, en *L'Osservatore Romano*, 20 de enero de 1993, p. 5). Cf. Rm 6,17.

la palabra paternidad, por tanto capacidad de generar, generación, comunicación de *genus*, comunicación de un brote de vida, es decir, el hecho de que la vida brota en mí cuando mi yo es penetrado y transformado por esta relación– va seguida de la palabra libertad, genera libertad. La libertad consiste en ser hijos»²³⁷.

La autoridad es una paternidad presente. Para ser «hijos en el Hijo», para ser hijos en Cristo, no en el Cristo de nuestra mente, sino en el Cristo real, presente aquí y ahora, para ser por tanto introducidos en la relación con el Padre, se necesita vivir una paternidad presente: se necesita una presencia que nos genere como hijos. Afirma Giussani: «Tener un padre es una posición permanente porque pertenece a la propia historia [a la historia de cada uno, puesto que todo el mundo ha tenido un padre. Pero este es el punto decisivo...]. Si en 1954 no hubiese entrado en el liceo Berchet y hubiese entrado en otro liceo habría sido otra historia completamente distinta. La disposición es permanente, pero la generación –que es lo interesante de la paternidad– es presencia, es algo presente»²³⁸.

No se produce un florecimiento de nuestra personalidad, no existe verdadera creatividad sin filiación, sin la experiencia de ser generados. «*Nadie genera si no es generado*. No “si no ha sido generado” sino “si no es generado”. Este concepto de paternidad es el concepto contra el que más ha luchado toda la cultura ilustrada»²³⁹ y, muchas veces, también los cristianos, también

²³⁷ L. Giussani, «La alegría, la “leticia” y la audacia. Nadie genera, si no es generado», *Huellas-Litterae communionis*, n. 7/1997, p. II.

²³⁸ *Ibidem*, p. IV.

²³⁹ *Ibidem*.

nosotros, que hemos tenido la gracia de toparnos con el carisma que se le ha dado a don Giussani, a través del que hemos podido descubrir de modo nuevo y vibrante aquello de lo que estamos hablando.

«Uno no puede ser padre, generador, si no tiene a nadie como padre. No [atención] si “no ha tenido” [un padre], sino si “no tiene” a nadie [en el presente] como padre. Porque si no tiene a nadie como padre quiere decir que no se trata de un acontecimiento, [...] no es una generación. Generar es un acto presente»²⁴⁰.

Jesús nos introduce en su familiaridad con el Padre llamándonos a vivir una paternidad presente en la compañía en la que nos ha atraído. Esta paternidad es el camino a través del cual se vuelve nuestra, es decir, tuya y mía, la relación con el Padre que es propia de Jesús. Para que se produzca esta novedad, para que la relación con el Padre impregne totalmente nuestra vida hasta el punto de convertirse en parámetro de cada acción y pensamiento nuestro, incluso el más ordinario y banal, se necesita una paternidad *ahora*, es decir, se necesita ser generados *ahora* por una presencia en la que Cristo se vuelve realidad experimentable, evidente y persuasiva: no podemos ser hijos en el Hijo más que a través de este ser generados ahora. Sin tal generación en el presente, no podrá llegar a ser conciencia y vida en nosotros la relación con el Padre, y ningún esfuerzo podrá arrancarnos de la nada.

Giussani subraya de forma inigualable la necesidad esencial de este «ahora»: «El acontecimiento no solo identifica lo que sucedió en un momento preciso, dando origen a todo, sino también lo que aviva el

²⁴⁰ *Ibidem*, p. IV.

presente, lo define y le da un contenido, lo que hace posible el presente. Lo que sabemos o lo que tenemos llega a ser experiencia solo si es algo que se nos da ahora: hay una mano que nos lo ofrece ahora, hay un rostro que viene hacia nosotros ahora, hay una sangre que corre ahora, hay una resurrección que acontece ahora. ¡Sin este “ahora” no hay nada! Nuestro yo solo puede ser movido, conmovido, es decir, cambiado, por algo contemporáneo: un acontecimiento. Cristo es un hecho que me está sucediendo. Entonces, para que llegue a ser experiencia lo que sabemos –Cristo, las palabras sobre Cristo–, necesitamos un hecho presente que nos sacuda y nos provoque: alguien presente, como lo fue para Andrés y para Juan. El cristianismo, Cristo, es exactamente lo mismo que fue para Andrés y Juan cuando le siguieron: imaginaos el momento en que se volvió hacia ellos, ¡cómo se quedarían! Y cuando fueron a su casa... Así fue y así sigue siendo, siempre, hasta ahora, ¡hasta este mismo momento!»²⁴¹.

Sin embargo, no es suficiente que exista esta paternidad presente, es preciso que yo esté disponible para dejarme generar por ella. De la disponibilidad para ser hijos depende toda la fecundidad de nuestra vida. «Jesús le decía a Nicodemo: “Debes nacer de nuevo”. “¿Cómo que nacer de nuevo? ¿Acaso debería entrar de nuevo en el vientre materno para poder nacer de nuevo?”. “Aquel que no vuelve a nacer no puede comprender la verdad de las cosas”. Este comprender supone

²⁴¹ L. Giussani, texto del Cartel de Pascua 2011 de Comunión y Liberación.

un nuevo nacimiento»²⁴². Quien acepta seguir a Jesús haciéndose hijo suyo se sorprenderá de la novedad que empieza a suceder en su vida.

3. La obediencia

Giussani nos invita a dar un paso más, que él considera decisivo para el crecimiento de una autoconciencia nueva. Decíamos más arriba: convertirse es recuperar la *fe* como *reconocimiento*, como inteligencia de la novedad que hay en nosotros y entre nosotros, y como *obediencia*. Y nos habíamos propuesto volver sobre esta palabra.

«La obediencia a la que esta inteligencia nos invita tiene que pasar por una suerte de horca caudina, tiene una condición inevitable que no se puede soslayar: debe hacer cuentas con lo que llamamos “autoridad”. Si lo que ahora os recordaré vale para la autoridad de la Iglesia creada por Cristo, para el obispo unido con los demás obispos y con el Papa, por analogía, por aplicación a niveles inferiores pero reales y decisivos pedagógicamente hablando, vale para cualquier presencia de la “autoridad” y para cualquier presencia con “autoridad moral” en la vida cristiana»²⁴³.

Es necesario prestar atención a este punto, porque «sin este signo» –la autoridad– «no existiría compañía entre nosotros, no existiría misterio de la Iglesia, no existiría

²⁴² L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, op. cit., p. 110.

²⁴³ L. Giussani, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

el pueblo nuevo que está caminando en el mundo, para el bien del mundo: sin autoridad no existiría la novedad que Cristo nos ha llamado a vivir juntos»²⁴⁴.

En el camino de conversión del que hablaba en 1975, Giussani observa que «la relación con una presencia que tiene autoridad moral o con la autoridad es decisiva pedagógicamente hablando: si olvidamos este factor nos convertimos en polvo que el más leve viento levanta y dispersa por toda la faz de la tierra, nos volvemos como niños llevados a la deriva, como dice san Pablo en el segundo capítulo de la Carta a los Colosenses: “...llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error”». Por ello –prosigue–, «la autoridad entre nosotros no expresa una opinión cultural que discutir, no ofrece una opinión como cualquier otra. La función de la autoridad es una propuesta en la que se juega la unidad de toda nuestra experiencia humana y cristiana»²⁴⁵.

En el pasaje que sigue se subrayan tanto la naturaleza de la autoridad como la naturaleza de la relación a la que, consecuentemente, esta nos llama a cada uno de nosotros. «La autoridad, en cuanto que propone una experiencia de vida, incluso en el detalle, requiere que se ponga en juego toda nuestra persona: la autoridad es el signo supremo del Misterio, del Misterio del designio del Padre. Es el signo supremo del Misterio que está entre nosotros como historia que se está produ-

²⁴⁴ L. Giussani, *Un avvenimento nella vita dell'uomo*, op. cit., p. 229; la traducción es nuestra.

²⁴⁵ L. Giussani, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

ciendo, que se está desarrollando». Por esto, es decir, por el hecho de que la autoridad es el signo supremo del Misterio que está entre nosotros, «la devoción atenta a la función de la autoridad es obediencia, es por obediencia al Señor, no por un cálculo; la obediencia no es el resultado de una discusión, y por eso implica el ejercicio de una fe. Entonces, no puede existir entre nosotros una autoridad moral más que dentro de la fidelidad real a la unidad de todo el movimiento; por analogía, el movimiento no tendría ninguna autoridad moral si no tratase de vivir profundamente esta devoción a la autoridad establecida por Cristo»²⁴⁶.

Este pasaje nos ofrece también los indicios, los criterios para reconocer y valorar cualquier «autoridad moral» dentro de la compañía cristiana en la que estamos implicados. Giussani es muy preciso en la descripción. «Lo que decimos del movimiento tiene siempre un valor pedagógico. El nuestro es un intento pedagógico para que madure en nuestra vida el sentido de la Iglesia: [el movimiento] es la experiencia que el Señor nos ha llamado a vivir con este fin. Por ello, una posición de autoridad que no se plantee y no se sienta y se perciba dentro de una fidelidad profunda a la vida de todo el movimiento, de la unidad del movimiento, no se mantiene, no es seguida. O bien, si consigue hacer que la sigan, es despótica, se basa en un despotismo, y por tanto es alienante, se basa de algún modo en una imposición. La autoridad entendida de forma mundana es piedra de tropiezo, no de construcción»²⁴⁷.

²⁴⁶ *Ibidem.*

²⁴⁷ *Ibidem.*

La auténtica autoridad es factor esencial de construcción. La autoridad entendida en sentido mundano, es decir como poder, es un despotismo alienante, es piedra de tropiezo, no construye. Pero estas observaciones traspasan el ámbito de una experiencia cristiana. De hecho, estamos hablando de una necesidad y una dimensión que afectan a todos, creyentes y no creyentes. Lo que sucede con el cristianismo es una intensificación, una concreción de la dinámica humana. Más allá de las figuras específicas, una auténtica autoridad (*auctoritas*, «lo que hace crecer») es factor indispensable para el crecimiento del yo, para la construcción de nuestra personalidad. La experiencia de la autoridad se anuncia en nuestra vida como encuentro con una persona llena de conciencia de la realidad, que nos introduce en el conjunto de las circunstancias encarnando una «hipótesis de significado» para interpretarlas y afrontarlas adecuadamente, llamándonos al mismo tiempo a ponerla a prueba, a verificar en primera persona su consistencia. Giussani se atreve incluso a afirmar: «La autoridad [...] en cierto modo, es mi “yo” más verdadero. Hoy, por el contrario, la autoridad se propone y se percibe con frecuencia como algo extraño, algo que “se añade” al individuo. La autoridad queda fuera de la conciencia, aun en el caso de que sea un límite devotamente aceptado»²⁴⁸.

Cuando prevalece esa extrañeza, la autoridad se percibe como un obstáculo para el crecimiento del yo y no como factor de su desarrollo. En virtud de tal extrañeza, promovida y vivida –observa Giussani–, «la cultura actual sostiene que es imposible conocerse y cambiarse

²⁴⁸ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 77.

a sí mismo y a la realidad “solo” siguiendo a una persona. La persona, en nuestra época, no es contemplada como instrumento de conocimiento y de cambio, ya que se la entiende de modo reductivo: el conocimiento se concibe como reflexión analítica y teórica, y el cambio como praxis y aplicación de reglas. Sin embargo, Juan y Andrés, los dos primeros que se encontraron con Jesús, aprendieron a conocer de un modo distinto y a cambiar ellos mismos y la realidad precisamente por el seguimiento de aquella persona excepcional. Desde el instante de aquel primer encuentro el método ha empezado a desplegarse en el tiempo»²⁴⁹.

Camus, en esa intensa narración autobiográfica que es *El primer hombre*, nos proporciona un testimonio de la exigencia constitutiva de una autoridad que no sea algo añadido extrínsecamente al propio yo, de una autoridad que sea paternidad: «He intentado descubrir yo mismo, desde el comienzo, de pequeño, lo que estaba bien y lo que estaba mal, ya que nadie a mi alrededor podía decírmelo. Y ahora reconozco que todo me abandona, que necesito que alguien me señale el camino [...] no en virtud de su poder, sino de su autoridad, necesito a mi padre»²⁵⁰.

Esto es lo que se cumple en la experiencia cristiana, mostrándose en toda su esencialidad. «Para construir se necesita un terreno sólido, absolutamente firme, pues de otro modo no se puede construir. Y ¿qué tenemos más sólido y firme que el misterio de Cristo que está entre nosotros y del que estamos seguros por la in-

²⁴⁹ L. Giussani, «De la fe nace el método», en *Huellas-Litterae* communionis, n. 1/2009, pp. III-V.

²⁵⁰ A. Camus, *El primer hombre*, Tusquets, Barcelona, 1994, p. 39.

manencia a su Iglesia, por la obediencia a la autoridad de la Iglesia, que nos ha costado tanto y que nos costará todavía más?»²⁵¹.

Después de subrayar la obediencia, Giussani –decíamos que está hablando en 1975, pero sus palabras conservan intacta su pertinencia para nuestra situación– vuelve sobre el punto inicial de su reflexión, poniendo en guardia a sus interlocutores con respecto a una antítesis: la que se da entre la búsqueda de la propia satisfacción y la búsqueda de la conversión. «Me gustaría que todos reflexionaraís sobre esta antítesis, a la cual yo atribuyo el peligro de la separación entre la raíz que alimenta, la fuente que alimenta nuestra inteligencia de la fe y nuestra voluntad, nuestra energía de compromiso cristiano, y toda la actividad que se nos pide en las circunstancias históricas que nos toca vivir. Por desgracia, nos ha tocado un tiempo en el que no podemos quedarnos en el sillón porque la casa está ardiendo. La casa humana. Pues bien, en esta antítesis yo veo el peligro de favorecer la disociación entre la raíz y el florecimiento de la planta; y la planta, separada de la raíz, está destinada a secarse: es la antítesis entre vivir el movimiento, la comunidad y la misma vida cristiana como búsqueda de una satisfacción propia y, en cambio, vivirlos como búsqueda de la propia conversión»²⁵².

La radicalidad y la claridad de esta antítesis favorecen y, de algún modo, hacen inevitable que nos midamos con ella. El peligro, que sigue existiendo como

²⁵¹ L. Giussani, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

²⁵² *Ibidem*.

tentación para cada uno de nosotros, es el de caer en la «búsqueda de la afirmación de uno mismo según lo que piensa, siente, le interesa, en lugar de una conversión de los criterios en lo que piensa, siente y le interesa. No en vano el Señor, como primera palabra, usó la palabra “*metanoia*”: es necesario cambiar los criterios de valoración. El valor de la vida, y por tanto el valor del movimiento, de la comunidad, el valor de nuestro compromiso en CL, no radica en que satisfaga tus intereses (que te estimen, que tengas amistades, que encuentres novia, novio, que tus ideas sean reconocidas), sino que el valor consiste en la conversión a la fe que sucede [en ti]. Planteémonos esto»²⁵³.

4. «El ciento por uno aquí»

Los testimonios que nos llegan constituyen la manera más sencilla de invitar a la conversión –la nuestra y la de los demás–. Me permito proponeros dos de los muchos que, por gracia, nos rodean.

Antes de que se extendiese la pandemia recibí esta carta que nos proporciona un ejemplo sencillo de la conversión continua de la que estamos hablando:

«El año pasado fue bastante duro. Mi marido y yo estábamos completamente inmersos en nuestros trabajos nuevos, y al poco tiempo nos dimos cuenta de que nos estábamos perdiendo: nos limitábamos a sobrevivir, hasta el punto de que teníamos serias dificultades en nuestra relación. Teníamos poco tiempo para hacer cualquier cosa, poquísimos amigos, que en su

²⁵³ *Ibidem*.

mayoría estaban muy lejos. En un momento dado tuvimos que pararnos para preguntarnos qué es lo que habíamos perdido. Decidimos dar un paso atrás en nuestras respectivas carreras y volvimos a participar en la Escuela de comunidad²⁵⁴, que teníamos olvidada desde hacía meses. Para poder ir juntos a la misma tuvimos que buscar una cuidadora –cuyo coste se sumaba a lo que pagábamos a la persona que cuidaba a los niños de día– y decidir dedicar a esto la única noche que podíamos pasar juntos. Enseguida nos dimos cuenta de que al ir a la Escuela de comunidad estábamos más contentos: fue evidente que era algo que nos servía también para nuestra relación. Me quedé sorprendida por la acogida que nos dispensaron allí –nunca me lo habría imaginado– y cada semana me asombro por las nuevas personas que llegan. La manera en que muchos hablan de su encuentro con Cristo en cada momento de su camino o las preguntas que se plantean suponen para mí una ocasión de encontrar nuevamente la misma Presencia que nos conquistó al principio. ¡Me está sucediendo de nuevo! Después de quince años en el movimiento, nunca me había sentido tan feliz al ir a la Escuela de comunidad. Es un trabajo que intentamos hacer también durante la semana y que ilumina la vida cotidiana. La Escuela de comunidad me enseña otra forma de mirar la realidad, más verdadera, más completa. Desde que retomamos este seguimiento, estamos más abiertos a las personas con las que nos encontramos, porque deseamos reconocer en todos el reflejo de su Presencia, y

²⁵⁴ Se refiere a la catequesis permanente en el movimiento de Comunión y Liberación.

deseamos vivir en todo la misma plenitud de corazón. Esa mirada llena de compasión y simpatía por mi persona, que es el modo con el que Cristo ha entrado en mi vida, es lo único que corresponde de verdad a mi deseo real. Todo lo demás viene después. Y nos hemos dado cuenta de que podemos percibir por todas partes su reflejo gracias a la renovación del primer encuentro. ¡Ahora tiene muchos rostros! Es apasionante ver Su compañía en nuestros vecinos, en el cura de nuestra parroquia, en nuestros compañeros o en las pequeñas cosas que nos ayudan simplemente porque suceden. Es precioso el trabajo que hemos hecho este año siguiendo: hemos reconocido lo que realmente nos sostiene con una fe más madura, más consciente, adulta, libre y gozosa. Gracias por habernos ayudado a recorrer este camino de descubrimiento y de conciencia. “Sin mí no podéis hacer nada”, dice Jesús en la última cena. Por la experiencia que hemos vivido, podemos confirmar que es verdad».

Como escribe san Bernardo, «lo que nos viene de Dios no podemos conservarlo y mantenerlo sin él»²⁵⁵. Es decir, si no vuelve a suceder su Presencia y si no la secundamos, no podremos reproducir esos frutos que ya hemos gustado. El camino a la verdad es una experiencia: esta es la genialidad del método educativo de Giussani.

Me gustaría proponer un segundo testimonio, significativo por la novedad de vida que manifiesta. Es el de una mujer joven que no puede tener hijos. «Me

²⁵⁵ San Bernardo, «Sermone I,1», en Id., *Sermoni sul salmo 90*, a cargo de los Monjes benedictinos de Praglia, Scritti Monastici, Bresseo di Teolo (PD) 1998, pp. 7-8; la traducción es nuestra.

casé hace cuatro años, y mi marido y yo enseguida empezamos a buscar un hijo, que todavía no ha llegado. Ha habido momentos verdaderamente difíciles en los que el llanto estaba a la orden del día, y nadie, ni mi marido ni mis amigos, conseguían calmarme. Para mí todo dependía de este hijo que no llegaba. Identificaba la totalidad de mi vida con algo parcial, como si la única posibilidad de felicidad para mí pasase por la respuesta al deseo de maternidad que yo tenía en la cabeza. En un momento dado, mi marido me dijo: «Vayamos a ver al cura que nos casó». Sabiendo que una de las primeras cosas que me preguntaría era si había permanecido fiel a la Escuela de comunidad, me puse enseguida a leer el texto para no responderle siempre que no. Estábamos leyendo *Por qué la Iglesia*. En un momento dado dice Giussani: «La función de la Iglesia en la historia [...] es la llamada maternal a reconocer la realidad de las cosas: que el hombre depende de Dios. [...] Si se vive con conciencia de nuestra dependencia original [...] todos los problemas se situán de una manera que facilita más su solución. [...] Porque lo que confiere a todo la perspectiva del buen camino es tener la mirada puesta en Algo más grande que los problemas concretos»²⁵⁶. ¡Qué alivio! Estaba rodeada de mi marido y de mis amigos. Un día me llamó una amiga y, hablando de sí misma, me dijo: “Te quedas embarazada, estás feliz, pero te das cuenta de que ni siquiera eso te basta. La cuestión es sobre qué apoyamos nuestra vida”. Inexplicablemente y de forma inmediata dejé de llorar, de un día para otro. He

²⁵⁶ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., pp. 215, 216, 218.

cambiado, estoy serena, hasta el punto de que puedo contar todo esto sin llorar: no he cambiado por unas definiciones, sino a través de rostros y hechos. Me he sorprendido en camino y con una mirada nueva sobre mi dificultad, que sigue existiendo. Lo que sorprende en mí es una alegría que no viene de mí, que me permite confiarme completamente al designio de Otro y que últimamente me llena de gratitud. La dificultad existe y permanece, pero la puedo mirar con serenidad. San Agustín decía: “Mi corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”. Es necesario que Otro llene mi vida para que yo suelte lo que tengo en la cabeza. No puede eliminar mi deseo, porque existe. Pero ahora ya no caigo en la pretensión de que la respuesta llegue como he pensado yo: estoy a la espera de que Otro responda a mi deseo, estoy disponible para captar esta respuesta. Al volver a partir de Cristo, esa dificultad ya no es un peso que aplasta. En cuanto me separo de Cristo, vuelven a entrar la ansiedad y el miedo, vencen mis pensamientos, vence el llanto; cuando parto de su Presencia, el juicio último es la alegría, la paz de fondo que ha invadido mi vida. Y al mirar toda mi vida, sé que Cristo no me engaña. Cuando decido volver a partir de Cristo, su presencia vuelve mi vida más verdadera, más llena de gusto, más humana, más bella. Y esto es un milagro a mis ojos y a los de los demás».

¡Cómo no quedarse en silencio, llenos de asombro, ante semejante testimonio de una humanidad cambiada por el encuentro con la presencia carnal de Cristo! La siguiente afirmación de Giussani nos ayuda a comprender todo su alcance: «Cristo no ha venido a decir: “Quien me siga podrá satisfacer todos sus caprichos,

sus ideas, sus intereses”. ¡No! Él ha dicho: “Quien me siga que cambie de criterio, que empiece a cambiar sus criterios de valoración, de valor, de juicio de valor”. Y, si uno lo hace, tendrá después el ciento por uno también de lo que parece que pierde. “Quien me siga tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí”. No existe ninguna propuesta en el mundo que sea más clara y transparente que esta, porque nos desafía en la experiencia. “Quien me siga será más, encontrará más, cien veces más”. ¡Pero dice “quien me siga”!»²⁵⁷.

Quien acepta seguir a Cristo, ser hijo en el Hijo, se convierte en un sujeto nuevo, «un protagonista nuevo en la escena del mundo»²⁵⁸, como dijo don Giussani en el Sínodo de los obispos sobre los laicos en 1987.

Esta novedad es nuestra misión en el mundo. «El significado de nuestra presencia personal y colectiva en el mundo, nuestra capacidad de salir al encuentro del hombre, nuestra capacidad de encuentro está fundada únicamente en una novedad, una novedad de vida que es experiencia hoy. Solo en la medida en que experimentemos hoy la relación con Cristo y la nueva relación entre nosotros por su Presencia, solo en la medida en que lo experimentemos hoy, conseguiremos crear más humanidad a nuestro alrededor, generar paz entre los hombres a nuestro alrededor»²⁵⁹.

²⁵⁷ L. Giussani, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

²⁵⁸ L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, BUR, Milán 2003, pp. 23-25; la traducción es nuestra.

²⁵⁹ L. Giussani, *Documentación audiovisual*, Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 14 de septiembre de 1975.

5. «Para el mundo solo es creíble el amor»

Me gustaría concluir con el deseo que expresó Giussani a los que le escuchaban en Milán aquel septiembre de 1975, para que cada uno de nosotros pueda custodiarlo en el corazón como sostén en el camino cotidiano que nos espera. «Siempre estaremos metidos en dificultades hasta el cuello, dificultades morales y físicas, personales y sociales, pero jamás seremos derrotados, como dice san Pablo en el capítulo cuarto de la Segunda Carta a los Corintios: “Llevamos este tesoro en vasijas de barro [es decir, Dios ha actuado así] para que se vea que esta fuerza tan grande viene de Dios [no de nosotros; nosotros solo somos barro]. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados; llevamos siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”, por tanto en este mundo»²⁶⁰.

Si somos fieles a la gracia que nos ha alcanzado a través del carisma de don Giussani –nosotros, que hemos sido atraídos por él y deseamos seguirlo–, si vivimos el movimiento como conversión personal al Acontecimiento presente, «centrados en Cristo y en el Evangelio», podremos ser «brazos, manos, pies, mente y corazón de una Iglesia “en salida”»²⁶¹, colaborando con el Papa en el futuro de la Iglesia en el mundo, ese futuro preconizado por el cardenal Ratzinger en la lejana Navidad de 1969:

²⁶⁰ *Ibidem*.

²⁶¹ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, Plaza San Pedro, 7 de marzo de 2015.

«El futuro de la Iglesia puede venir y vendrá también hoy solo de la fuerza de quienes tienen raíces profundas y viven de la plenitud pura de su fe. El futuro no vendrá de quienes solo dan recetas. No vendrá de quienes solo se adaptan al instante actual. No vendrá de quienes solo critican a los demás y se toman a sí mismos como medida infalible. Tampoco vendrá de quienes eligen solo el camino más cómodo, de quienes evitan la pasión de la fe y declaran falso y superado, tiranía y legalismo, todo lo que es exigente para el ser humano, lo que le causa dolor y le obliga a renunciar a sí mismo. Digámoslo de forma positiva: el futuro de la Iglesia, también en esta ocasión, como siempre, quedará marcado de nuevo con el sello de los santos [...] También en esta ocasión, de la crisis de hoy surgirá mañana una Iglesia que habrá perdido mucho. Se hará pequeña, tendrá que empezar todo desde el principio. Ya no podrá llenar muchos de los edificios construidos en una coyuntura más favorable. Perderá adeptos, y con ellos muchos de sus privilegios en la sociedad. Se presentará, de un modo mucho más intenso que hasta ahora, como la comunidad de la libre voluntad, a la que solo se puede acceder a través de una decisión. Como pequeña comunidad, reclamará con mucha más fuerza la iniciativa de cada uno de sus miembros. [...] La Iglesia reconocerá de nuevo en la fe y en la oración su verdadero centro y experimentará nuevamente los sacramentos como celebración y no como un problema de estructura litúrgica. [...] Se puede prever que todo esto requerirá tiempo. El proceso será largo y laborioso [...] pero tras la prueba de estas divisiones surgirá, de una Iglesia interiorizada y simplificada, una gran fuerza, porque los seres humanos serán indeciblemente solitarios en un mundo plenamente planifica-

do. Experimentarán, cuando Dios haya desaparecido totalmente para ellos, su absoluta y horrible pobreza. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo totalmente nuevo. Como una esperanza importante para ellos, como una respuesta que siempre han buscado a tientas. A mí me parece seguro que a la Iglesia le aguardan tiempos muy difíciles [...] Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los seres humanos como la patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte»²⁶².

Haciéndose eco de esta «profecía», de la perspectiva nueva que se abre en este tiempo, Giussani decía menos de quince años después: «Este es un momento en que sería bonito ser solo doce en todo el mundo»²⁶³. No lo decía por un exclusivismo o de forma presuntuosa, sino por la conciencia de que estamos como al principio, al comienzo de todo. Y, al igual que al principio, lo único que nos puede arrancar de la nada es la experiencia de una novedad de vida hoy.

Solo esta novedad puede ser creíble hoy. «El grano de trigo cristiano solo tiene una genuina fecundidad que da forma si no se enquista en una forma particular ilusoria junto a las formas del mundo, condenándose así a la esterilidad, sino que según el modelo de su fundador se entrega y se sacrifica como forma particular, sin angustia ante la angustia de ser abandonado y de abandonarse él mismo. Porque para el mundo, solo es creíble el amor»²⁶⁴.

²⁶² J. Ratzinger, *Fe y futuro*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007, pp. 91ss.

²⁶³ L. Giussani, *Seguros de pocas grandes cosas (1979-1981)*, Encuentro, Madrid, 2014, p. 352.

²⁶⁴ H.U. von Balthasar, *Solo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 2006, p. 126.

Índice

INTRODUCCIÓN **3**

CAPÍTULO 1

EL NIHILISMO COMO SITUACIÓN EXISTENCIAL **5**

1. Una sospecha sobre la consistencia de la realidad y sobre la positividad de la vida 5
2. La pérdida de un sentido a la altura de la vida 10
3. La libertad ante una alternativa 15
4. Un deseo inextirpable 19
5. Un grito que implica la respuesta 22
6. Un «tú» que acoja el grito 26

CAPÍTULO 2

«¿CÓMO COLMAR ESTE ABISMO DE LA VIDA?» **29**

1. Intentos insuficientes 29
2. Nuestra humanidad 37
3. «El arte de “sentir” al ser humano en su totalidad» 42

CAPÍTULO 3

«CARO CARDO SALUTIS» **47**

1. Una presencia carnal 47
2. El judío Jesús de Nazaret 54
3. Un acontecimiento 61
4. Para interceptar la verdad basta con una atención sincera 71
5. Un reconocimiento que se llama fe 73
6. Libertad y confianza 75

CAPÍTULO 4

UN CAMINO QUE DURA TODA LA VIDA **81**

1. La necesidad de un camino 81
2. La tentación de la afirmación de uno mismo 88
3. Conversión. Recuperar continuamente la fe 93

CAPÍTULO 5

LA RELACIÓN CON EL PADRE **103**

1. Nuestra vida depende de Otro 103
2. Seguir a Jesús: ser hijos 113
3. El mal y el olvido 120

CAPÍTULO 6

HIJOS EN EL HIJO **125**

1. A través de la compañía de los creyentes.
El carisma 126
2. Autoridad: una paternidad presente 132
3. La obediencia 138
4. «El ciento por uno aquí» 144
5. «Para el mundo solo es creíble el amor» 150

En esta obra el presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación se mide con este tiempo vertiginoso en el que la nada acecha de forma poderosa sobre la vida de cada persona, insinuando la sospecha sobre la positividad de la vida y la consistencia última de la realidad, que lleva a pensar que todo termina en la nada, también nosotros. Un contexto que, paradójicamente, pone de manifiesto lo insoportable que resulta vivir sin un sentido y el deseo indestructible de ser queridos y amados. Un parangón fascinante con los acontecimientos presentes y con los intentos insuficientes de sobrevivir, entre la distracción y el olvido.

La búsqueda de una respuesta que esté a la altura del desafío: un «tú» que acoja el grito de nuestra humanidad, despertando un amor por nosotros mismos y por nuestra vida. El encuentro con una comunidad cristiana que vuelve fascinante el caminar juntos. El testimonio de una fe que entra en la experiencia presente generando una conciencia y un afecto nuevos, una fe capaz de valorar todo lo verdadero, lo bello y lo bueno que se encuentra por el camino.

JULIÁN CARRÓN nació en Navaconcejo (España). Ordenado sacerdote en 1975, ha sido profesor de Sagrada Escritura en la Universidad San Dámaso de Madrid. Desde 2004 vive en Milán, a donde se trasladó llamado por don Giussani para compartir con él la responsabilidad en la guía del movimiento de Comunión y Liberación. Es presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación desde el 19 de marzo de 2005. Desde el curso académico 2004-2005 es profesor de Teología en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán. En 2015 se publicó *La belleza desarmada*, en 2017 *¿Dónde está Dios?* y en 2020 ha visto la luz *El despertar de lo humano*.